

ALIENÍGENAS I

José Carlos Canalda



ÍNDICE

PRESENTACIÓN	2
URÓBOROS	3
LA LOTERÍA DE LA VIDA	30
EL HOMBRE QUE QUISO COMPRAR UN PLANETA	35
EL PRIMER CONTACTO	41
PELEA DE GALLOS	47
EL ESPÉCIMEN	51
UN ENCUENTRO ACCIDENTADO	56
LA PRIMERA INVASIÓN	57
UN MENSAJE EXTRATERRESTRE	58
DELENDIA EST RATIO	63
EXPLORACIÓN PELIGROSA	65
EL PEOR CASTIGO	66
EL FIN DEL MUNDO	73
PLUS ULTRA	75
EVALUACIÓN NEGATIVA	83
EL CUCO	85
COBAYAS	93
REALITY SHOW	96
NO ES ORO...	104
DOS MEJOR QUE UNO	117
CROMOFOBIA	120
LOS HOMBRES DE NEGRO	135
EFECTOS COLATERALES	145
INVASIÓN	153
CONTACTO	154

PRESENTACIÓN

Uno de los tópicos más comunes de la ciencia ficción es el del encuentro -y en muchas ocasiones choque- de la humanidad con civilizaciones extraterrestres, o alienígenas tal como se dice ahora.

Como cabía esperar yo no me podía sustraer a esta tentación, por lo que un número relativamente elevado de mis relatos abordan precisamente esta temática... aunque siempre, eso sí, dándoles mi toque personal, en ocasiones humorístico e incluso mordaz. Porque las cosas no siempre tienen que ser necesariamente tal como nosotros las esperábamos, ni nuestros visitantes los *raros*.

Dada su extensión, para una mayor comodidad de lectura los he dividido en dos volúmenes, siendo éste el primero.

José Carlos Canalda

URÓBOROS

El autor advierte que cualquier parecido de los hechos, lugares o circunstancias aparecidos en esta obra con acontecimientos reales pasados o actuales NO ES pura coincidencia.

Que uno de los impropriamente llamados *platillos volantes* sea vislumbrado en cualquier punto de la geografía de nuestro planeta no tiene, hoy por hoy, especial relevancia. De hecho, ni tan siquiera la prensa más sensacionalista presta ya atención a noticias de esta índole, relegándolas en el mejor de los casos al destierro de las páginas interiores.

Pero si tal *ovni* (llamémoslo así) aparece en Nueva York, a plena luz del día y ante millones de testigos, y se sitúa sobre la vertical de la sede de las Naciones Unidas, la cuestión es cuanto menos digna de ser tenida en cuenta... Porque en aquella somnolienta tarde veraniega los estupefactos neoyorquinos pudieron observar atónitos cómo un enorme objeto fusiforme (posteriormente se calcularía su longitud en más de trescientos metros) brillaba majestuoso bajo los cobrizos rayos del sol poniente burlándose de los doctos entendidos que pretendían reducir su existencia a un mero fenómeno óptico o, como mucho, a una prosaica histeria colectiva.

Y si para el ciudadano de a pie la sensación fue de asombro cuando no de miedo, en el seno del máximo organismo internacional cundió directamente el pánico. Por primera vez en su corta historia se produjo una total unanimidad y desde el secretario general hasta el último ordenanza todos estuvieron de acuerdo... En correr, pálidos de miedo, a llamar a las fuerzas aéreas de los Estados Unidos en la esperanza de ver desaparecer a tan inoportuno visitante.

Si un experto hubiera presenciado la aparición no habría vacilado un instante en señalar una serie de peculiaridades en el comportamiento del obstinado platillo: Mientras todo *ovni* que se preciara se habría limitado a efectuar apariciones fugaces evitando sistemáticamente surcar el cielo de las grandes urbes, el pertinaz visitante insistía en mantenerse milimétricamente situado sobre el esbelto edificio burlándose de todas las leyes físicas a la par que hacía caso omiso de los ruidosos aviones que, con la típica efectividad yanqui, intentaban convencerle de que no era bien recibido. Por otro lado su actitud no podía ser aparentemente más inofensiva: Simplemente se dejaba ver, consiguiendo con ello asustar todavía más a sus aterrorizados observadores, totalmente inermes ante él.

Inesperadamente un pequeño objeto de forma lenticular se desprendió de la parte inferior del plateado huso. Burlando limpiamente a los torpes sabuesos que danzaban en torno suyo, el pequeño disco se dejó caer sobre el prismático edificio para, haciendo un ágil guiño cuando el choque parecía inevitable, aterrizar suavemente frente a la fachada principal del mismo.

Esta vez le tocó el turno de lucirse al ejército, el cual en una rápida y espectacular maniobra envolvió a la navecilla en un espeso círculo de tanques y cañones, una acción perfectamente inútil ya que nunca se atreverían a usar las armas en las cercanías de la representación diplomática; pero al menos, su prestigio de anfitriones quedaba de esta manera a salvo.

Acto seguido, y de un modo evidentemente estudiado, una escotilla se abrió en el fuselaje dejando paso a un extraño séquito; de esta sencilla y decepcionante manera se producía el tan esperado y al mismo tiempo temido primer contacto físico con seres extraterrestres. La televisión estaba allí, por lo que millones de receptores repartidos por toda la faz del planeta pudieron mostrar a sus espectadores el aspecto de los visitantes: Nada de hombrecillos verdes o pulpos de múltiples cabezas; eran hombres, algo feos esa era la verdad, pero hombres idénticos a los terrestres. Iban ataviados con unos extraños e inidentificables trajes, y sus semblantes reflejaban sin excepción un nada tranquilizador aire de superioridad.

Su intención de penetrar en el foro de las naciones era evidente. Cuando su caminar, pausado pero seguro, les condujo frente al círculo de hombres armados, se limitaron a abrirse paso a través suyo, siendo silenciosamente flanqueados por una doble fila de soldados que, no atreviéndose a detenerlos, se limitaron a escoltarlos no se sabe si con el fin de protegerlos de un hipotético peligro o bien pensando inútilmente en amedrentarlos.

En lo alto de la escalinata se hallaba el pálido y desencajado secretario general que, haciendo de tripas corazón, salía a recibirlos. Y hacia él se dirigieron los cinco seres que formaban parte de la comitiva. Hablaron en inglés, destrozando así otro de los tópicos tan utilizados por la ciencia ficción barata... Y no se anduvieron con rodeos ni con florituras, limitándose a solicitar, de una manera sencilla pero Imperiosa, una reunión urgente de la Asamblea General. Y esperaron.

Varias horas más tarde todo estaba listo. En el exterior todo seguía igual, con la nave auxiliar posada en el pavimento y el coloso de plata brillando en las alturas bajo la tenue luz de las estrellas. Los aviones se habían retirado, pero los soldados permanecían firmes en su lugar. Mientras tanto, un fuerte cordón policial trataba de contener con escasa fortuna a la nube de curiosos que intentaban aproximarse a las cercanías del iluminado edificio.

En el interior de éste, en la vasta sala donde efectuaba sus reuniones la Asamblea General, se respiraba la atmósfera de los grandes acontecimientos. La totalidad de los

embajadores de los países miembros, precipitadamente llegados desde sus residencias, estaban presentes junto a los inevitables periodistas. Todos eran conscientes de que algo muy importante iba a tener lugar en la ya histórica sala, por lo que aguardaban con impaciencia el inicio de la sesión.

Por fin, acogida su llegada con un murmullo mezcla de admiración y de miedo, hizo su entrada el portavoz de los extraterrestres. Aceptando la invitación del secretario general se encaminó a la tribuna de los oradores. Y habló.

Ni rogó ni ofreció; sencillamente exigió, hablando con la seguridad propia de quien se sabe superior y posee argumentos convincentes para demostrarlo.

Procedían de un Imperio extendido por docenas de sistemas planetarios. No eran los únicos, ya que había otros muchos estados independientes repartidos a lo largo de la inmensidad de la Vía Láctea; pero eran los más poderosos, al menos en aquella región del espacio. La Tierra había tenido la gran *suerte* -según ellos- de haber caído dentro de su zona de influencia, y ninguna otra civilización estelar osaría poner su planta en el nuestro planeta ya que estaríamos bien *protegidos*.

No venían con intenciones hostiles. No deseaban conquistar la Tierra ni diezmar a su población. Tampoco buscaban esclavos ni materias primas; tan sólo deseaban hacer de nuestro planeta un protectorado suyo encauzando su desarrollo preparándolo para formar parte en un futuro de la sociedad cósmica. Prometieron respetar en su totalidad la civilización y las culturas terrestres, pero se verían obligados a poner un poco de orden en la marcha del planeta, que según ellos iría directamente hacia la catástrofe final de continuar así.

Su programa era relativamente sencillo y evidenciaba una meticulosa elaboración. En principio quedaba suprimido el orden político vigente, ya que en adelante el planeta sería un único estado dividido en provincias mucho más lógicamente distribuidas que los antiguos países. La Tierra quedaba estructurada como un estado federal, gozando cada provincia de una amplia autonomía que le permitiría gobernarse de acuerdo con sus costumbres y su cultura. Por su parte, el gobierno central tendría en sus manos el control de la totalidad del planeta.

El Imperio de Kaltum (tal era el nombre de sus nuevos amos) se mostraba discreto: No interferiría en los asuntos internos de los terrestres, siempre y cuando no fuera directamente afectada su posición de potencia protectora. Quedaban automáticamente suprimidos los ejércitos nacionales (ellos afirmaban que ya no serían necesarios), pero el orden público quedaba por entero en manos del gobierno central terrestre. Una sola cosa les era vetada: el control del espacio más allá de la atmósfera terrestre, monopolizado éste por las naves imperiales. Los kaltumianos controlarían asimismo el comercio exterior de la Tierra, encargándose sus naves mercantes de transportar y vender las mercancías en uno y otro

sentido. Por último, también se reservaban para ellos la representación diplomática de la Tierra en el concierto galáctico. En todo lo demás, serían los terrestres los únicos dueños de sus propios destinos.

Era un buen trato, afirmaban los kaltumianos. Los terrestres sacrificaban su independencia, mucho más teórica que real, y a cambio de ello verían mejorado en gran medida el nivel de vida del planeta. El bienestar económico y social sería un hecho. Quedarían suprimidas de raíz todas las injusticias sociales existentes en la totalidad del globo, y no se lesionarían los intereses de nadie a excepción de los de aquéllos que medraban a costa de sus semejantes.

Era, pues, completamente absurdo que políticos trasnochados tuvieran la tentación de declarar la guerra santa contra el invasor, ya que nadie iba a perder su libertad o su bienestar. Aún más, muchos la iban a ver incrementada hasta límites insospechados. Por primera vez en la historia del planeta la justicia imperaría en la totalidad del orbe, y únicamente serían apartados en aras del bien común aquéllos que siguiendo caminos tortuosos hubieran alcanzado el poder lesionando los intereses de una mayoría en beneficio propio.

Se apeló al sentido común de los distintos gobiernos allí representados. Toda resistencia, amén de ilógica, era completamente descabellada, ya que los kaltumianos tenían el suficiente poder militar como para barrer de un plumazo la totalidad de las fuerzas armadas del planeta. Pero no deseaban utilizar la violencia, excepto en casos de estricta necesidad. Su buena voluntad era evidente; ¿quién rechazaría en estas circunstancias a un bienhechor?

En el transcurso de un mes llegarían a la Tierra las fuerzas de ocupación. Era éste un capítulo calificado de incómodo por sus interlocutores, pero por desgracia necesario. Esta ocupación se mantendría durante el menor tiempo posible, justo hasta que el nuevo orden político (ellos preferían decir administrativo) estuviera en pie.

Al llegar a este punto las fuerzas de ocupación serían inmediatamente evacuadas siendo sustituidas por un contingente de técnicos encargados de reformar la economía y la estructura social del planeta conforme a unos cánones mucho más efectivos y racionales. Éstos, a su vez, serían asimismo relevados de forma paulatina conforme fueran surgiendo especialistas cualificados en el seno de la nueva sociedad terrestre.

El gobierno imperial se comprometía solemnemente a no poblar el planeta con colonos originarios de sus territorios. En el aspecto económico se limitaban a exigir el pago de un razonable impuesto en concepto de tasas por la asistencia prestada, amén claro está del consabido monopolio de las relaciones comerciales con el exterior.

Y eso era todo. Los representantes imperiales se despidieron abandonando el gran edificio; minutos después la astronave kaltumiana se perdía en el infinito.

Aquella madrugada registró la más tumultuosa sesión de la Asamblea General de las Naciones Unidas en toda la historia del organismo. Los próceres de la humanidad discutieron todo un amplio abanico de decisiones a adoptar frente a la nueva e insólita situación en la que se veían envueltos, sin llegar como era de esperar a ninguna decisión; y es que, salvo honrosas excepciones, la práctica totalidad de los embajadores allí presentes resultaron ser unos perfectos cretinos.

Las propuestas realizadas por los miembros de la Asamblea fueron múltiples y a menudo descabelladas, oscilando entre la aceptación fatalista y el suicidio en masa, por supuesto sin el consentimiento previo de los interesados. No faltaron tampoco los héroes que proclamaban la defensa a ultranza de la independencia (?) del planeta; y, como de costumbre, no consiguieron ponerse de acuerdo.

Hubo países pobres, los del llamado Tercer Mundo, que suspiraron aceptando resignadamente un nuevo cambio de dueño. Los países ricos, beneficiarios en su mayoría del gran invento (para ellos, claro está) del neocolonialismo, temieron por sus intereses, por lo que alentaron a sus antiguas víctimas a oponer una tenaz resistencia frente al invasor.

Se agotaba el plazo otorgado por los kaltumianos y el ansiado acuerdo seguía sin llegar. Las grandes potencias militares (OTAN, Rusia, China), dando muestras de un patriotismo planetario demasiado hermoso para ser sincero, asumieron *espontáneamente* la labor de defender al planeta, pero muy a pesar suyo grandes zonas del planeta quedaron sin su *protectora* cobertura. Sobre el mosaico de estados que cubrían la faz de la Tierra surgieron revoluciones y contrarrevoluciones, profetas exaltados y políticos enardecidos lanzando al aire su postrer canto de cisne. Iluminados defensores de un orden nuevo llegaban a las manos con nacionalistas furibundos. Un espíritu de cruzada sacudía el mundo enfrentándose con el entusiasmo de los partidarios de la integración cósmica.

Y por fin llegó el día señalado. La Tierra mostraba, huraña y desconfiada, sus afiladas uñas. Se soñaba con vencer al invasor, y se creía firmemente en el triunfo. Sin embargo, la realidad se encargaría de enfriar los ánimos hasta a los más exaltados. El imponente aparato bélico puesto en pie por la totalidad de las potencias mundiales por primera y última vez unidas frente a una causa común, no tuvo la menor oportunidad de entrar en combate. Las naves imperiales aparecieron puntualmente, surcando el cielo con majestuosa prestancia. Su labor fue meramente disuasoria, y no dispararon un solo tiro; no hizo falta. Los generales y almirantes al mando de las fuerzas conjuntas fueron por una vez juiciosos; eran mosquitos tratando de abatir rinocerontes. Y depusieron las armas.

Los imperiales no tomaron represalias en respuesta a la infantil rabieta de sus nuevos súbditos; se limitaron a sonreír recogiendo la totalidad del armamento allí presente, desde fusiles hasta cabezas atómicas, al tiempo que enviaban a casa a los frustrados soldados.

La ocupación fue consumada en el breve plazo de tres semanas, y los nuevos dueños del planeta cumplieron fielmente sus promesas. Derribaron gobiernos, pero crearon nuevas y más eficaces administraciones. Cayeron las viejas y caducas fronteras, pero surgieron modernas circunscripciones que acabaron de raíz con ancestrales conflictos. Fueron acogidos como héroes por los ingenuos habitantes del Tercer Mundo, que veían en ellos el vehículo que erradicaría de una vez por todas su miseria endémica. Y consiguieron vencer, en un prodigio de habilidad, la desconfianza de los recelosos pobladores del mundo desarrollado. Amanecía en la Tierra.

* * *

Maurice Amadou era sin lugar a dudas una persona importante. Hijo de un funcionario del gobierno de Yaundé, capital del antiguo Camerún, no había cumplido aún los diez años cuando tuvo lugar la anexión de la Tierra por parte del Imperio de Kaltum. Pasaron los años y Amadou creció paralelamente a la transformación provocada en el planeta por sus nuevos dueños. Sus ojos infantiles vieron, como en un sueño jamás concebido, surgir de la nada multitud de cosas maravillosas que realizarían el milagro de convertir a su país, el Camerún, en una nación tan desarrollada y feliz como la mítica Europa.

El padre de Maurice, nacido en un poblado tribal y crecido en un ambiente colonial, se mostraba en un principio bastante reticente. Al fin y al cabo todos los años eran iguales, decía. Los franceses se fueron después de expoliar a su antigua colonia, y los kaltumianos harían sin lugar a dudas exactamente lo mismo.

Éste no era el caso del joven Amadou. Nacido en un Camerún ya independiente, sus ojos de adolescente veían en los galácticos a unos héroes que librarían a su país y a toda África del subdesarrollo y la incultura en los que se hallaban sumidos, lacras que las antiguas metrópolis europeas no habían podido o no habían querido subsanar. Su ingenuamente, libre de los prejuicios que condicionaban a sus mayores, hallaba imprescindible un final feliz. Y serían los kaltumianos, de eso no le cabía la menor duda, lo encargados de llevarlo a buen término.

Lo paradójico del caso fue que los hechos se encargaron de dar la razón al joven adolescente. Los imperiales se comportaron conforme habían prometido: Tras reorganizar políticamente al continente negro, hecho éste indispensable debido a la artificialidad de las fronteras heredadas por las jóvenes repúblicas, se dispusieron a estimular el desarrollo integral de toda esta virgen parte del mundo, con resultados espectaculares. Si bien el proceso transcurrió en paralelo a los del resto del planeta, la ductilidad de los africanos con

respecto a los habitantes de los otros continentes, así como su bajo nivel de desarrollo, hicieron que los logros obtenidos resultaran ser con mucho los más espectaculares.

Se construyeron carreteras y aeródromos. Se roturaron tierras hasta entonces estériles. Se desviaron ríos y se excavaron lagos en la más vasta obra de ingeniería jamás planeada por una mente humana. Se venció al inhóspito Sahara creando un vasto mar interior en la depresión del Chad, devolviendo al mítico y hasta entonces temido desierto la fertilidad que antaño poseyera. Y fue allí, en el corazón del antiguo desierto a orillas del mar del mismo nombre, donde surgió de la nada la capital de la nueva África: Neópolis.

No menos espectacular fue la construcción de una vasta red de estaciones captadoras de energía solar que, aprovechando la privilegiada situación geográfica del continente, convirtieron a éste en una región rica en energía. Energía aprovechada plenamente por la industria pesada de reciente creación que, transformando in situ las abundantes materias primas repartidas por la totalidad de la vasta geografía africana, lograron para ésta la tan ansiada independencia económica con el bienestar económico y social que llevaba aparejado.

Para triunfar hay que ser un precursor, afirma un viejo adagio, y esto es lo que ocurrió con el joven Maurice. Intuyendo acertadamente el horizonte que se abría ante sus ojos, corrió a ponerse al servicio de los instructores kaltumianos. Fue de los primeros, y en ello radicó su éxito. Tras el obligado curso de adaptación y con un nada desdeñable bagaje cultural, ingresó en una de las múltiples universidades que florecían por doquier. Una vez graduado como especialista en centrales solares su porvenir como ingeniero quedaba resuelto, y su capacidad para desempeñar todo tipo de cargos en una sociedad que valoraba exclusivamente el mérito personal de cada individuo se encargó de allanarle en buena parte el camino.

A partir de entonces su carrera fue meteórica. En el breve lapso de cinco años se encontró como máximo responsable de la red energética africana. Asimismo, y dada la peculiar estructura de la administración política impuesta por los kaltumianos, una tecnocracia del más apto, era gobernador de la provincia del Sahara, poblada por todo un mosaico de razas desde que a los iniciales pobladores árabes y africanos negros se sumaran los excedentes de población de la superpoblada Asia.

Situado en la cúspide del poder, admirado y respetado por la totalidad de los gobernantes del planeta, Amadou sólo tenía por encima de él al Gobierno Central Terrestre. Los delegados kaltumianos, respetuosos hasta el final con los acuerdos que ello mismos obligaron a aceptar, se mantenían en un discreto segundo plano prácticamente ininterrumpido, no interfiriendo en absoluto con su labor gestora. Únicamente un pequeño destacamento, al cuidado del astropuerto de Neópolis, mantenía el control del escaso tráfico interplanetario o interestelar allí existente.

No obstante las graves responsabilidades que pesaban sobre sus hombros, Amadou era tenido por un gobernante justo y popular. Y él, humano al fin y al cabo, se sentía orgulloso de ello. Se vanagloriaba del perfecto funcionamiento de la totalidad de los complicados engranajes sociales de la circunscripción bajo su mandato, presentándolo como un logro personal. Y algo había de ello, si bien gran parte del mérito correspondía a la nueva estructura social que imperaba en el planeta. El secreto del éxito era sencillo: se basaba en la inexistencia de ningún tipo de marginación social, carcoma de todas las civilizaciones. Actualmente cada ciudadano terrestre era destinatario de un puesto en la sociedad, justo aquél para el que estaba más capacitado. Cada cual rendía al máximo y todos eran felices a su modo.

A pesar de lo encumbrado de su posición, Amadou seguía siendo un hombre de gustos sencillos. Permanecía soltero, habitando en una sencilla villa de las afueras de la gran urbe; amaba la soledad y gustaba disfrutar de su escaso tiempo libre en el aislamiento que le proporcionaba su apartado retiro. Había rechazado todo intento de proteger su finca mediante un destacamento policial; “*Yo no tengo que esconderme de nadie*”, afirmaba. A duras penas admitía la existencia de un reducido número de colaboradores, sólo los estrictamente imprescindibles para el mantenimiento del edificio y el terreno colindante. Ésta era su única compañía, y aun a veces la estimaba excesiva.

En la actualidad se encontraba disfrutando de sus primeras vacaciones en el plazo de varios años, y había dado estrictas órdenes a la servidumbre con objeto de salvaguardar por encima de todo su preciado retiro. Por esta razón, le irritó profundamente el anuncio por parte de su mayordomo de una solicitud de audiencia por un desconocido presentado como representante oficial del Gobierno Provincial Europeo. Adujo una serie de excusas y protestas casi infantiles con objeto de preservar tan preciado aislamiento, pero su inquebrantable resistencia fue vencida por la machacona insistencia del desconocido visitante.

Finalmente accedió ceñudo, dando orden de que condujeran a su despacho a tan inoportuno visitante. Éste no se hizo repetir la invitación, apresurándose a penetrar en la pequeña estancia. Se había presentado bajo el nombre de Miguel Ordóñez, consejero energético de la provincia europea. Era un hombre de edad indefinida con el típico aspecto latino que su nombre pregonaba. Su boca esbozaba una sutil y estudiada sonrisa que no deformó lo más mínimo al responder casi automáticamente al maquinal saludo. Acto seguido se acomodó, sentándose al otro lado de la mesa, frente a su interlocutor aceptando la invitación de éste.

-Supongo que habrá venido hasta aquí impulsado por un poderoso motivo -comenzó Amadou con acento glacial-. Me ha pulverizado mis primeras vacaciones en el plazo de tres años. ¿Acaso no está conforme el gobierno europeo con el cupo energético enviado el

último trimestre? -indagó repentinamente preocupado-. Yo mismo supervisé la operación y puedo asegurarle que todo se desarrolló conforme los planes previstos.

-Tranquilícese, señor Amadou; le aseguro que no se trata de nada de eso -respondió Ordóñez exagerando su sonrisa-. Antes de nada, permítame disculparme por la pequeña treta que me he visto obligado a emplear para poder llegar hasta usted; no fue nada fácil romper la barrera creada en torno suyo.

-Puesto que ya ha conseguido lo que quería, y puesto que sospecho que en realidad no es usted representante del gobierno europeo, espero que ahora me conceda el honor de saber con quién estoy hablando.-el gobernador no estaba dispuesto a dar facilidades a aquel intruso.

-Vuelvo a pedirle disculpas, pero ésta era la única manera que tenía de poder dialogar con usted. Tiene toda la razón -reconoció-; en realidad, nada tengo que ver con la administración europea. Mi verdadero nombre es el de Carlos Ortega, y soy el responsable europeo del Frente de Liberación de la Tierra.

-¿Cómo ha dicho? -el asombro de Amadou era auténtico.

-Comprendo que se extrañe. No son muchas las personas que conocen la existencia del Frente... por ahora. Pero le aseguro que existe; al fin y al cabo la Tierra es colonia de una potencia extranjera, el Imperio de Kaltum. Y es lógico que exista una oposición que, por las buenas o por las malas, intente evitarlo. Esos somos nosotros -respondió con orgullo.

-Señor Ortega, le aseguro que no sé si tomarle por un embaucador o por un terrorista peligroso -respondió el gobernador-; en cualquiera de los dos casos, esta conversación está de más.

-Ni lo uno ni lo otro -le atajó el visitante-; tan sólo le pido que me escuche durante unos minutos.

-Está bien; accederé a sus deseos -concedió Amadou-. Eso sí, supongo que me permitirá que intente rebatirle.

-No deseo otra cosa -suspiró Ortega, viendo cómo la principal barrera se derrumbaba-. Déme usted sus razones.

-Son sencillas: Los kaltumianos son nuestros benefactores. Contemple nuestro planeta y compárelo con la situación existente en el mismo antes de su llegada. Honradamente, creo que tenemos motivos para estarles agradecidos. Además, si bien es cierto que en los primeros momentos hubo pequeños focos de descontentos, también es verdad que desaparecieron con el tiempo. Hoy en día se puede decir que la totalidad del planeta está satisfecha con el orden existente.

-La verdad es que los focos de descontentos, como usted los ha denominado, existían y eran más importantes de lo que usted pudiera creer. Los soldados imperiales se encargaron de exterminarlos, a veces por medios no demasiado ortodoxos.

-¡Un momento! Los kaltumianos aseguraron que la ocupación fue completamente pacífica.

-Porque así les interesaba hacerlo. Como es natural les hubiera perjudicado hacer propaganda de sus métodos... -vaciló, como buscando el adjetivo apropiado- digamos violentos. De ser hecha pública la existencia de choques armados, su reputación se habría visto seriamente dañada. No, no les interesaba, y lo ocultaron. Tampoco les resultó demasiado difícil; los núcleos armados eran débiles y escasos y habían sido empujados hasta lugares apartados al margen de todos los núcleos habitados de la Tierra.

-¿Y qué ocurrió?

-Como era de suponer, fueron rápidamente aplastados; no eran enemigo para las victoriosas legiones imperiales. Los escasos supervivientes, perseguidos como fieras, consiguieron huir refugiándose en las zonas más inhóspitas del planeta. Por el momento estaban a salvo, pero se encontraban aislados por completo. Por su parte los kaltumianos cesaron de hostigarlos; ya no representaban el menor peligro para sus elaborados planes, y el tiempo se encargaría de acabar definitivamente con ellos.

-¿Y no fue así?

-Así hubiera ocurrido, en efecto. Al fin y al cabo no eran sino un puñado de desesperados condenados a vivir inmersos en unas condiciones infrahumanas. Enarbolaban la bandera de una causa perdida y tarde o temprano desfallecerían sin que se les pudiera censurar por ello; en tales circunstancias, de nada hubiera servido convertirse en héroe.

-Ha utilizado usted el condicional. ¿Es que no sucedió de esta manera?

-¡Oh, no! Fue algo verdaderamente providencial. Estaban al mismo límite de sus fuerzas y no hubieran podido mantenerse mucho tiempo más, cuando repentinamente llegaron ellos.

-¿Ellos?

-Efectivamente. Procedían de otro estado galáctico, concretamente de la Federación Balktur. Descendieron una noche en mitad del campamento rebelde; éstos saltaron sobre sus escasas armas, convencidos de que los kaltumianos lanzaban el último y definitivo ataque sin esperar a su hundimiento. Pero no era así, y una vez deshecho el inicial equívoco fueron evacuados por sus oportunos salvadores, arrancándoles de una muerte segura.

-¿Ha dicho usted la Federación Balktur? ¡Un momento! Los kaltumianos se comprometieron a impedir la llegada al sistema solar de cualquier astronave que no portase las insignias imperiales. ¿Me equivoco?

-¡Oh, no! Le aseguro que los kaltumianos no dieron su consentimiento a la incursión de las naves de nuestros amigos. Es más -sonrió Ortega-; se hubieran apresurado a destruirlas... de haberlas descubierto, cosa que por suerte no ocurrió.

-Sigo sin comprender -vaciló-. ¿Qué razones impulsaron a estos... ¿balkturs? para ayudar a los rebeldes? ¿Por qué motivo vendrían aquí? Nada se les había perdido, y según usted corrieron un peligro real.

-Mi querido amigo, es usted un ingenuo. ¡Oh, por favor, no se ofenda! -se interrumpió condescendentemente-. Lo siento, no lo he dicho con mala intención, y le ruego que me disculpe.

Hizo una breve pausa y añadió:

-Como usted recordará, los kaltumianos afirmaron no ser los únicos, y efectivamente es cierto que existen otros estados galácticos políticamente independientes... Bastantes, esa es la verdad.

-¿Y bien? -Amadou comenzaba a impacientarse.

-Es sencillo. Las relaciones entre los distintos países no son en ocasiones demasiado cordiales. En particular existen dos... digamos potencias, que destacan sobre el resto por su mayor peso específico. Ellas dos hacen y deshacen la política de todo este sector galáctico; una de ellas es el Imperio y la otra, como es fácil suponer, la Federación.

-Y ambas no se llevan precisamente bien, supongo.

-Ha dado usted en el clavo. Si bien es cierto que no existe ningún conflicto declarado entre ambos colosos, la verdad es que el temor mutuo es lo único que los frena, ya que sus relaciones son de hecho bastante escabrosas. Se trata de algo similar a la Guerra Fría que siguió a la Segunda Guerra Mundial, sólo que a escala galáctica y aprovechando cualquier oportunidad para perjudicarse mutuamente aunque siempre de una manera subterránea, evitando en todo momento arrastrar al contrincante a una guerra de aniquilamiento que sería fatal para los dos bandos.

-Y de repente aparecimos nosotros como manzana de la discordia. Les importamos un ardite a los balkturs, pero nos utilizan como instrumento idóneo para llevar adelante sus planes. ¿No es cierto?

-Bueno, sólo en parte -masculló el rebelde-; lo cierto es que la Federación nos propuso un trato, y de aceptarlo nosotros conseguiríamos emanciparnos del Imperio. Somos una nación rica, no lo olvide, y nos están expoliando.

-Aun admitiendo esto no creo que el Frente, por mucho apoyo de la Federación que tuviera, consiguiera vencer la inercia de miles de millones de terrestres... Conviene no olvidar que en su inmensa mayoría los terrestres son fieles al Imperio.

-Se equivoca de nuevo. Hay muchos más disidentes de los que usted cree; pero me estoy adelantando al relato. Esto llegará más tarde.

»Los federales sabían -continuó- que nada podrían hacer los escasos supervivientes del Frente sin el apoyo masivo del pueblo; apoyo inexistente por completo en aquellos momentos. Por lo tanto, y paralelamente a la reorganización de la rama militar de los rebeldes, iniciaron la tarea de mostrar a la totalidad del pueblo terrestre la realidad sobre sus venerados amos.

Maurice Amadou estaba al límite mismo de la paciencia. Delante suyo, en su propia residencia, se hallaba un enemigo del orden, un loco seguramente, tergiversando unas verdades evidentes e incluso injuriando a los benefactores de la humanidad. Por una vez lamentó haberse opuesto a la presencia de policías en su posesión, aunque en realidad bastaría con la servidumbre para reducirlo. Pero había algo en la expresión de ese hombre, una patética llamada que le impulsaba aun en contra de su voluntad a seguirle escuchando hasta el final. Tiempo habría de retenerlo más tarde, se dijo.

-Le advierto que le resultará bastante difícil convencerme -dijo al fin-. Si el Imperio tuviera las turbias intenciones que usted insinúa, no creo que se hubiera portado como lo hizo; no es lógico. No sólo no nos han exigido nada a cambio de su protectorado, sino que además han realizado un esfuerzo colosal por darnos todo cuanto les hemos pedido.

-Sigue usted razonando ingenuamente, y créame que lo lamento. Nadie da algo a cambio de nada, y Kaltum no es ninguna excepción. Piensa usted igual que sus remotos antepasados cuando vieron aparecer en la selva a los primeros exploradores blancos; éstos iban cargados con cuentas de colores que regalaron a aquellos infelices negros, los cuales las tomaron por auténticos tesoros cuando en realidad no valían absolutamente nada. Así comenzó el colonialismo, engatusando con baratijas a esos pobres diablos.

-¿No tratará usted de comparar nuestro actual bienestar económico con unas míseras bagatelas? No pienso consentirlo. Además, los europeos expoliaron a sus colonias y que yo sepa, el Imperio no ha tocado ni una sola piedra de la Tierra. Es más; el comercio exterior, único privilegio que se reservaron, no se puede decir que sea un negocio demasiado boyante, ya que el nivel de transacciones comerciales, lejos de aumentar, disminuye constantemente.

-Bien, que hayan respetado a la Tierra, como efectivamente ha ocurrido, no quiere decir que no tuvieran otros sitios para explotar. Hay muchos astros diferentes en el Sistema Solar, y por un capricho del destino buena parte de ellos son verdaderos filones prácticamente inagotables de los minerales más estimados en toda la galaxia. Vivíamos en un Eldorado sin saberlo, pero el Imperio sí lo sabía y ésta es la única razón por la que han aparecido en nuestro planeta. Nosotros nunca hemos importado lo más mínimo al emperador de Kaltum. Ellos buscaban nuestros minerales, y le aseguro que se están cobrando con creces todo lo que invirtieron en nosotros.

-¡Un momento! Si fuera como usted dice, ¿no les hubiera resultado más cómodo explotar tranquilamente los distintos yacimientos dejándonos a nosotros en paz? Hubiéramos tardado muchos años en enterarnos.

-No es tan fácil. El Imperio no está solo; forma parte, muy a pesar suyo, de una sociedad galáctica que no está dispuesta a dejarle las manos libres para hacer lo que quiera. Hace ya mucho tiempo, al término de la Gran Guerra Galáctica, la mayoría de los estados existentes, incluido Kaltum que por entonces era todavía una república, firmaron un tratado conjunto. En virtud de dicho documento se consideraba al sistema planetario como la unidad territorial mínima e indivisible; dicho de otra manera, se vetaba la existencia de dos estados distintos en un mismo sistema planetario aun cuando fuera en astros distintos.

»En consecuencia, el Imperio debería anexionarse la totalidad del sistema solar, incluida la Tierra, aun cuando ésta no le interesara en absoluto. Por otro lado, tampoco podrían conquistarnos por la fuerza. Nosotros no éramos enemigo para ellos, pero si se descuidaban siempre podría surgir un *desinteresado* protector, probablemente la Federación o bien alguno de sus satélites.

»Los kaltumianos, que no querían que se les escapara la presa, optaron entonces por la solución más larga pero que al mismo tiempo era la más segura, y pusieron en marcha su maquiavélico plan. Comenzaron a estudiarnos; sus psicólogos establecieron cuáles eran las reacciones típicas de la humanidad tanto a nivel individual como colectivo. Por otro lado, las circunstancias sociales y políticas por las que atravesaba el planeta facilitaron su labor. Se presentaron como salvadores y nos convencieron; y mientras convertían al planeta en una sucursal del jardín del Edén, una perfecta bagatela para ellos, obtenían pingües beneficios extrayendo toda clase de minerales de nuestro sistema en cantidades verdaderamente ingentes. Y eso es todo.

-Me ha relatado usted una historia muy bien construida, tengo que reconocerlo. -respondió Amadou con sorna- Hasta incluso podría ser verdad. Pero... ¿Y si no lo fuera? Podrían ser ustedes componentes de un grupo subversivo. ¿Quién me garantiza la veracidad de todo lo que usted me ha relatado? Necesito pruebas.

-Las tendrá, no lo dude. Pero ahora piense un poco. Bajo su capa de amabilidad y paternalismo, ¿no encuentra usted algunas irregularidades en la conducta de nuestros... bienhechores?

-Pues la verdad, no.

-Evidentemente, razona usted exactamente igual que sus antepasados; su ingenuidad los perdió. Nosotros los europeos hemos aprendido a ser desconfiados, entre otras razones porque antes hicimos méritos sobrados para que todos desconfiaran de nosotros. Esto nos hizo ser precavidos y ver las cosas turbias desde un principio.

-¿Y cuáles eran esas presuntas anomalías?

-Se podrían resumir en una. El Imperio puso bastante empeño en satisfacer todas nuestras apetencias. Nos dieron cuanto les pedimos. Pero de una manera sutil y disimulada, aunque al mismo tiempo inflexible, nos impusieron un veto: Nos negaron el acceso al Cosmos. No podemos salir más allá de la atmósfera.

-Pero el comercio exterior...

-Tonterías. Nuestra capacidad comercial, aun en plena expansión económica, es ínfima comparada con el volumen total de sus transacciones. No influye lo más mínimo en sus resultados globales. Por otro lado, ¿cuántos terrestres han salido al espacio aun en calidad de invitados?

-Hubo una expedición.

-¡Oh, sí! A poco de conquistar el planeta llenaron una nave vieja con unos cuantos caciques de la Tierra y los llevaron hasta un planeta de su Imperio... Un suburbio, por cierto, sin la menor relación con el verdadero corazón de su estado. Y se acabó. En las universidades se enseña astronomía comparada, eso es cierto, pero ningún estudiante es llevado a conocer personalmente el universo. Clausuraron nuestro programa espacial tachándolo de caduco, pero se niegan a enseñar a nuestros ingenieros a construir naves espaciales. Los científicos se quejan de que sus investigaciones se ven sistemáticamente coartadas en el momento que abordan el tema de los viajes espaciales, pero sus protestas chocan indefectiblemente contra un denso muro de silencio. Nuestros historiadores conocen tan sólo de una manera fragmentaria y difusa a la sociedad kaltumiana. Afirman que poseen bases militares en nuestro sistema con estrictos fines defensivos, pero niegan el acceso a su ejército a los miles de jóvenes entusiastas que así lo solicitan a diario. Afirman tratarnos muy bien, pero callan cuando se les interroga sobre una futura integración de la Tierra en el Imperio.

»Hay muchos descontentos, muchas personas que se hacen preguntas que nunca les son contestadas. Tarde o temprano, estas personas pasan a engrosar nuestras filas.

-Estamos exactamente igual que al principio -respondió al cabo Amadou-. Ha hablado usted mucho, pero sigue sin aportarme la menor prueba.

-Las tengo, y bien tangibles, pero no puedo mostrárselas aquí. Deseo que las vea, convencerle de que estoy en lo cierto; pero para ello es preciso que me acompañe.

-¿Tienen acaso una base secreta?

-¡Oh, en efecto! -su sonrisa era ahora anormalmente exagerada-. Pero no aquí en la Tierra, sino mucho más lejos de lo que usted supone.

-¿Dónde, pues?

-En algún lugar del Sistema Solar. Desearía que la viese; le aseguro que merece la pena.

-¿Y si me niego? Pueden ser ustedes unos vulgares terroristas. Puedo ordenar que lo detengan.

-¡Oh, no creo que lo haga. Pienso que me acompañará; la duda ha anidado ya en su cuerpo, y no cejará en su empeño de saber la verdad ahora que conoce la existencia de otra versión.

-Bien -suspiró resignado-. Usted gana. ¿Cuándo partimos?

-En cuanto esté usted dispuesto. Apenas tardaremos una semana en el viaje, pero tendrá que preparar las cosas para que nadie sospeche nada durante su ausencia.

-Eso no es problema -gruñó-. Nadie me echará de menos.

Instantes después Maurice Amadou llamaba a su mayordomo, mientras Ortega sonreía. O mucho se equivocaba, o acababa de ganar un nuevo adepto para su causa.

* * *

Maurice Amadou gozaba de una bien merecida fama de ser una persona excéntrica. En los escasos momentos en los que se veía libre de responsabilidades gustaba de burlar hasta a sus mas íntimos colaboradores, desapareciendo del mapa para desesperación de los encargados de custodiar su seguridad personal, esquivados una y otra vez por el escurridizo gobernador.

Nadie sabía hacia donde se dirigía. Era creencia comúnmente aceptada que se refugiaba en algún remoto lugar de su Camerún natal, pero las autoridades locales solían negar categóricamente la localización de tan ilustre huésped en su territorio; y es que el astuto Amadou sabía esconderse bien, cuidándose mucho de descubrir su gran secreto y

defendiéndose de las protestas de sus airados subordinados afirmando, no sin razón, que si los magníficamente preparados servicios de seguridad no lograban dar con él, tampoco lo conseguirían unos desarrapados terroristas, por otro lado inexistentes. Y se salía con la suya.

Por esta razón, nadie se extrañó de su repentina decisión de partir con destino a su oculto refugio inmediatamente después de recibir la visita del delegado europeo; a decir verdad, todos comenzaban a extrañarse ya de su tardanza en escabullirse. No les fue difícil, pues, atar cabos; era indudable que la llegada de Ordóñez había actuado de catalizador. Conocido el agreste carácter del gobernador y dada la irritación con la que éste había recibido a su visitante, era totalmente lógico pensar que Amadou se apresuró a huir en previsión de nuevas e inoportunas visitas.

Lo que nadie sabía era que en esta ocasión Amadou se dirigía hacia un destino completamente distinto, pero no menos secreto que el de veces anteriores. Volando durante varias horas completamente solo, pilotando personalmente su turbocóptero particular y esquivando las sofisticadas redes de detección e interceptación que daban cobertura y protección a toda África, se internó en el corazón del vasto continente. Allí, en el seno de la virgen e inexplorada selva congoleña, se encontraba su destino, la base secreta de los rebeldes donde Ortega esperaba su llegada.

Era noche cerrada cuando, rondando en torno al lugar donde había sido citado, detectó el radiofaro conectado por los rebeldes para facilitar su aterrizaje. Su sorpresa no tuvo límites cuando vislumbró el destino de su largo viaje. Él esperaba encontrarse con una pista de aterrizaje semioculta en un claro de la espesa selva, pero lo que vio ante sí no fue sino un pequeño macizo montañoso, poco más que unas peladas colinas que, sobresaliendo de la oscura masa selvática a manera de una escarpada isla rodeada por un proceloso océano, semejaban ser ante sus ojos un mutilado muñón mudo testigo de una sangrienta batalla.

No cabía la menor duda sobre su destino. Unos potentes focos rasgaron la densa oscuridad de la noche africana mostrándole el lugar donde debería posarse, por lo que Amadou dirigió su pequeño aparato hasta situarlo sobre la vertical de la cima superior. Era ésta una pequeña meseta en cuyo centro, circundado por un rosario de luces verdosas, existía un espacio circular lo suficientemente grande como para aterrizar allí.

La invitación era clara, y Amadou no se hizo de rogar. Apenas se hubo posado suavemente sobre tan original pista de aterrizaje, ésta comenzó a descender hundiéndose junto con su cargamento en las entrañas del macizo. Fue incapaz Amadou de calcular, siquiera someramente, la profundidad de la sima por la que bajaba, pero debía de ser muy respetable a juzgar por el tiempo que duró el descenso.

Un leve choque le advirtió del final de la bajada, ya que la débil iluminación de la cabina apenas si bastaba para iluminar someramente el exterior del aparato. De repente, y modo de silenciosa explosión, una potente luz barrió la oscuridad reinante.

Una vez habituados a la nueva situación, sus ojos recorrieron ávidamente todo el ángulo de visión que le permitía el angosto parabrisas frontal. Se encontraba, según pudo observar, en una vasta caverna excavada en la roca. Unos potentes reflectores, invisibles desde el interior del aparato, iluminaban profusamente el interior de ésta. En el ángulo derecho, y parcialmente fuera de su campo de visión, se vislumbraba un número indeterminado de astronaves lenticulares semejantes a las utilizadas por los kaltumianos, si bien su tamaño era algo mayor que el de éstas. Casi enfrente suyo un túnel desembocaba en el extremo de la gran caverna, y por ese túnel avanzaba una comitiva de personas indistinguibles en la distancia.

Embargado por un ligero temor, Amadou descendió del aparato. Según pudo observar, la plataforma de aterrizaje se encontraba al mismo nivel que el suelo de cemento de la cueva. Eran ocho en total las astronaves allí presentes, y al otro lado pudo constatar por vez primera la existencia de unos quince turbocópteros cuidadosamente alineados.

Esbozando su sempiterna sonrisa, era Ortega quien encabezaba la marcha. El recibimiento fue breve, pero cordial. Se lamentó su anfitrión de la parquedad de la bienvenida, aduciendo la imperiosa necesidad de abandonar el planeta inmediatamente al amparo de la noche. Mientras tanto, su turbocóptero era apartado rápidamente siendo ocupado su lugar por uno de aquellos extraños discos.

-Adelante -invitó Ortega haciendo un ademán con la mano-. Nos están esperando.

Y asiendo del brazo al absorto gobernador le empujó suavemente en dirección a la abierta escotilla. No sin un poco de reparo franqueó Amadou el umbral, constatando que el interior de la nave constaba de una única y amplia estancia abarrotada de múltiples y complicados aparatos. Todo el frontal estaba ocupado por una amplia pantalla de televisión ahora desconectada, frente a la cual se extendían tres sillones destinados sin duda a la tripulación. Otros tres estaban colocados en una segunda fila, y en ellos se acomodaron Ortega y él mismo dejando paso a los pilotos que, entrando tras ellos, ocuparon rápidamente sus respectivos puestos.

El resto fue rápido, repitiéndose a la inversa el proceso anterior. Tras el largo ascenso la pálida luz de las estrellas bañó finalmente el plateado fuselaje; era ésta la única luz existente en el exterior excepción hecha del círculo luminoso que señalaba la pista, ahora bañada con una tenue tonalidad rojiza. Comenzaba el gran viaje.

La pequeña astronave esquivó fácilmente a las patrullas kaltumianas que orbitaban en torno a la Tierra, demostrando que todo lo dicho por Ortega acerca de la superioridad de la

tecnología baltur no había sido ninguna fanfarronada. Una vez rebasada la órbita lunar se abandonaron las precauciones iniciales, enfilando el rumbo hacia el exterior del Sistema Solar. Ortega, como siempre, se mostraba locuaz prestándose gustosamente a satisfacer la curiosidad del insaciable Amadou.

-Esta astronave... -preguntaba-. ¿La han construido ustedes?

-¡Oh, no! -se apresuró a responder su interlocutor- Por Dios bendito, nosotros somos tan sólo un pobre grupo clandestino, y nuestros medios materiales son hartamente limitados. Los balturs no sólo reorganizaron y adiestraron a nuestros cuadros, sino que además nos proveyeron de todo el material que nos era preciso incluyendo naves espaciales. Ellos no pueden intervenir directamente en nuestra ayuda so pena de provocar un conflicto armado de magnitudes imprevisibles, pero nos apoyan incondicionalmente en todo lo que pueden. Ellos construyeron nuestra base, y de ellos son también estas magníficas naves.

-¿Son naves de guerra? -inquirió el gobernador.

-No exactamente. Están bien armadas y nos podrían sacar de un apuro, pero su misión principal es la de reconocimiento y transporte. Con ellas nos podemos pasear impunemente por todo el Sistema Solar por delante de las mismas narices de sus torpes cruceros; tardará mucho tiempo el Imperio en alcanzar el nivel tecnológico de los balturs... Mucho - exclamó con aire profético.

-¿Pero tienen naves de guerra propiamente dichas?

-Bien, alguna tenemos. Pocas, es cierto, pero nos han bastado para dar algún disgusto a los estúpidos imperiales. Pero pronto tendremos una verdadera flota, y entonces el sistema será totalmente nuestro.

Al llegar a este punto la conversación derivó hacia un callejón sin salida. Ortega se comportaba con la exaltación propia de los revolucionarios convencidos, y a Amadou continuaban molestándole las continuas puyas a que eran sometidos sus antiguos protectores por mucho que procurara disimularlo. Irritado por la poca diplomática actitud de su interlocutor, buscó una excusa para zafarse de él sumiéndose por completo en el marasmo de sus propios pensamientos.

La astronave baltur utilizaba, al igual que las imperiales, ondas gravitacionales como energía motriz en sus desplazamientos, y esto significaba reducir a horas la duración de los viajes interplanetarios. Amadou había sido advertido de esta circunstancia, pero a pesar de ello fue sorprendido por el repentino aviso de la culminación del viaje.

-¿Dónde estamos? -acertó a balbucir.

-Bienvenido a nuestro Mar Caribe particular -saludó jocoso Ortega.

-¿Cómo ha dicho? -preguntó intrigado Amadou. Sus ojos habían barrido ávidamente la pantalla frontal observando el estrellado paisaje de siempre, sin el menor cambio aparente.

-¡Oh, lo siento! -sonrió el rebelde- Olvidaba que éste es su primer viaje por el espacio. Nos encontramos en el plano de la eclíptica, en algún lugar situado entre las órbitas de Marte y Júpiter. Esas luces que usted ve no son sólo estrellas, sino también el inmenso piélago de los asteroides.

Ahora comprendía. Aun cuando no estuviera muy versado en astronomía, pudo comprobar la existencia de una superpoblación estelar que a modo de segunda y brillante Vía Láctea se superponía a las familiares constelaciones. Allí estaban los asteroides, astros de segunda fila que por millares tachonaban el firmamento.

-Disculpe mi anterior metáfora. -insistió Ortega- Pero no puedo evitar hacer comparaciones entre este racimo de desechos cósmicos y cualquier archipiélago terrestre.

-Y su base sería... la isla de la Tortuga, ¿No es así? -remachó Amadou con ironía.

-No es una mala comparación, aunque nosotros no nos consideramos piratas. Realmente nuestro asteroide tiene un nombre propio y un número asignado en un catálogo, pero nosotros lo conocemos simplemente por *la Base*.

-¿Y cuál es su nombre?

-Créame que lo ignoro, pero lo cierto es que aunque lo supiera no se lo podría decir, como tampoco estoy autorizado a comunicarle ningún dato acerca de su trayectoria orbital... No al menos hasta que usted se haya comprometido explícitamente con nuestra causa.

-Comprendo sus precauciones -rezongó Amadou, repentinamente herido en su orgullo-. En realidad yo sigo siendo para ustedes un enemigo, o al menos alguien que trabaja para él. Bien, no insistiré, aunque la pregunta la hice movido únicamente por la curiosidad y no por deseos de espiar. Eso sí, supongo que podrá decirme cual de entre todos esos puntos luminosos es... al fin y al cabo, nos dirigimos allí.

-Por supuesto que sí -respondió con alivio Ortega-. Pero no sé si ya se podrá ver... ¡Sí, mire, ahí está! -exclamó de pronto señalando con el índice uno de entre los miles de puntitos luminosos que tachonaban el firmamento reflejado en la gran pantalla-. Ésa es nuestra base.

-¿Están a salvo allí de las flotas imperiales? -Amadou había recobrado su estudiada indiferencia tras el inicial arranque de excitación.

-Oh, sí, ya lo creo. Somos los amos de casi todo el cinturón a excepción de los asteroides mayores y de aquéllos en los que los imperiales tienen explotaciones mineras... No más de un cinco por ciento del total, mientras que por el resto de los asteroides nos podemos pasear a nuestro antojo. Nuestros poderosos enemigos -y dijo esto sin un ápice de sarcasmo- no osan internarse por este laberinto fuera de las rutas protegidas por su flota... Y hacen bien. Una vez lo intentaron pretendiendo darnos un escarmiento; nosotros habíamos atacado y destruido un convoy cargado de titanio y de cromo. Fue un acto audaz y esto les enfureció; enviaron tras nosotros a una flota completa, lo cual demostraba que se lo habían tomado muy en serio. Como es natural nos apresuramos a internarnos en nuestro refugio; ellos estaban muy irritados y nos persiguieron.

-¿Y qué ocurrió?

-Fue algo extraordinario. En espacio abierto no hubiéramos durado ni cinco minutos, pero aquí era bien distinto. Fue un auténtico tiro al blanco; bastaron un puñado de naves y, eso sí, mucha audacia, para barrer del mapa a toda su poderosa escuadra. De las cien naves iniciales veintidós fueron destruidas y al menos treinta quedaron seriamente dañadas... un verdadero descalabro, tanto más moral que material. Desde entonces se muestran mucho más circunspectos, limitándose a mantenernos a raya impidiendo que nos acerquemos demasiado a sus líneas de comunicación. Por otro lado -rió-, es todo cuanto pueden hacer.

»Además -continuó-, podrían pasar justo por delante de nuestra base sin advertir nuestra presencia. Observe.

A una indicación suya el piloto conectó una pequeña pantalla lateral que hasta entonces había permanecido apagada. En ella se reflejó nítidamente, en ampliación telescópica, un pequeño astro. Lejos de la peculiar forma esférica característica de los planetas mayores, el asteroide mostraba una extraña semejanza con un guijarro: Alargado e irregular, mostraba una abrupta y descarnada orografía acribillada por infinidad de cráteres de todos los tamaños. No había en la imagen nada que pudiera servir como referencia para estimar, siquiera someramente, las dimensiones del planetoide, pero no debería de bajar de dos o tres kilómetros la longitud del eje mayor a juzgar por el tamaño que solían tener los astros afines.

-¿Ésta es su base? -preguntó incrédulo.

-¡Ajá! ¿Qué le parece? -respondió ufano el rebelde.

-No veo ningún tipo de instalaciones en la superficie. ¿Acaso se encuentran hacia el otro lado?

-¡Oh, no! El otro hemisferio está tan pelado como éste. No hay ninguna instalación en el exterior del asteroide.

-¿Dónde está entonces la base? -el asombro de Amadou era evidente.

-¿Dónde va a ser, sino dentro? -respondió Ortega como si de la cosa más natural del mundo se tratase.

-¿Quiere decir que es una base subterránea?

-No exactamente -Ortega luchaba por reprimir su mal disimulado orgullo-. Sería más exacto decir que el asteroide entero es la base; está completamente hueco. ¿Comprende?

-Entonces, ¿eso que está ahí es una simple cáscara? -preguntó perplejo a su confundido interlocutor.

-La verdad es que nos mostramos muy orgullosos de nuestro trabajo; fue un poco difícil, pero conseguimos vaciar por completo este pedrusco. Solemos decir que hasta Keops hubiera desistido de haberle sido encargada la tarea de construir la base... lo cierto es que fue una labor faraónica -rió.

-¿Y fue necesario tal despliegue? ¿No hubiera sido mucho más fácil hacerlo en la superficie?

-Más fácil no quiere decir más seguro. Tenga en cuenta que nosotros somos unos proscritos; nada desearían más los imperiales que conocer el emplazamiento de nuestro refugio, ya que entonces lo arrasarían de inmediato. Era imprescindible mantener el secreto, ¿y qué mejor manera que ésta? Era una labor difícil pero era la que más garantías de seguridad nos proporcionaba ya que no podíamos permitirnos el lujo de correr el menor riesgo. Y por supuesto contábamos con el auxilio de la tecnología balktur, ya que de no ser así nos hubiera resultado imposible hacerlo.

Hizo una pausa y añadió:

-Por otro lado, ésta era la solución idónea. No sólo obteníamos un camuflaje perfecto, sino que además conseguiríamos una base del tamaño de una estación orbital de regular tamaño; nuestro asteroide mide cerca de tres kilómetros de largo, no lo olvide.

-Pero la gravedad exterior...

-Comprendo lo que usted quiere decir. -interrumpió Ortega- Tenemos una red de generadores gravitacionales distribuida por toda la superficie del asteroide, por lo que la gravedad exterior es perfectamente similar a la que existía originalmente; las medidas gravimétricas, aun a corta distancia, no descubrirían nada anormal. Y en cuanto al interior, hemos adaptado la gravedad artificial a nuestras necesidades. Pero observe; estamos llegando.

Maquinalmente, Amadou desvió la mirada en dirección a la gran pantalla frontal; en ella aparecía, esta vez sin ampliación telescópica, un primer plano del cercano asteroide. Aun a simple vista se apreciaba el veloz acercamiento de la gris y accidentada superficie que ahora llenaba la totalidad del campo visual, iluminando con su mortecina luz la espaciosa cabina.

Fue entonces cuando un cráter que hasta el momento había pasado desapercibido comenzó a llamar su atención; centrado en la pantalla aumentaba desmesuradamente de tamaño semejando ser una dormida boca repentinamente abierta para engullir a su confiada presa. Vio nítidamente el perfil accidentado de sus bordes proyectando una densa, casi sólida sombra, tras de sí en espectacular contraste con la cenicienta luminosidad circundante. Percibió una sombra, más negra aún si cabe que las anteriores, agazapada en el seno de la gran cicatriz que parecía aumentar de tamaño mucho más rápidamente que su contorno. ¡Cielo santo, era eso! Rápidamente comprendió Amadou que se trataba de una esclusa que, abriéndose como un diafragma, permitiría a la nave el acceso al interior hueco. No se equivocaba; instantes después atravesaban el interior de un oscuro y al parecer interminable túnel hundiéndose en las entrañas del asteroide.

A partir de aquel momento todo había transcurrido como en un sueño. Recordaba Amadou, con la nebulosidad propia de las ideas que no acaban de ser asimiladas, la febril actividad de la inmensa y casi irreal base. Recordaba asimismo la entrevista mantenida con el máximo responsable de aquel islote sideral. Había tomado contacto con los delegados balturs, había observado con admiración las poderosas astronaves de la flota rebelde. Todo parecía indicar que Ortega había sido veraz en sus afirmaciones, pero aun a pesar de tan abrumadoras pruebas Amadou se resistía con todas sus fuerzas a rendirse a la evidencia; abrigaba todavía la esperanza, fugaz esperanza, de que todo fuera una patraña, una falaz mentira urdida por un puñado de dementes.

Por desgracia para él, los últimos rescoldos de su hasta entonces inquebrantable fe se extinguieron definitivamente cuando fue invitado por Ortega a visitar distintos lugares del Sistema Solar. Accedió al fin, temeroso de dar la razón a los rebeldes en el caso de negarse; anidaba en su pecho la terrible duda de haber estado equivocado. Deseaba, y al mismo tiempo temía, enfrentarse con los hechos. No resultaba fácil hacerlo, pero Amadou se consideraba una persona de principios y no podía por tanto cometer la cobardía de encerrarse en sí mismo rehuyendo a la realidad. Dio pues el gran, el definitivo paso.

Utilizaron para el viaje tres astronaves similares a la que le trajera desde la Tierra, ya que tan escurridizas navecillas podían infiltrarse casi impunemente entre las filas imperiales. Vio Amadou cómo millones y millones de toneladas de preciados minerales eran arrancadas del subsuelo en yermos astros. Observó las inmensas bases militares, destinadas en apariencia a repeler los ataques de un hipotético enemigo exterior que quizá jamás se presentara. Y contempló con sus propios ojos la sanguinaria brutalidad de sus

antiguos amos, argumento éste que se había negado categóricamente a admitir hasta entonces.

Fue en las proximidades de Umbriel, segundo satélite de Urano, donde toparon inesperadamente con una patrulla kaltumiana: Sin que mediara el menor aviso se vieron envueltos en una vorágine de destrucción de la que a duras penas lograron escapar, dejando tras de sí los dispersos restos de una de sus compañeras. Sería este hecho el que lograra el milagro; el nuevo Amadou que retornó al asteroide sin nombre había trocado su admiración por odio, tanto más intenso cuanto mayor había sido su anterior aceptación. Había sido necesaria la inmolación de unos mártires terrestres, héroes ya y no dementes, para hacerle surgir de su letargo. A partir de entonces permanecería bien despierto.

El retorno de Maurice Amadou a Neápolis fue tan inesperado como había resultado su partida, por lo que nadie se extrañó demasiado de ello. Poco más tarde, una vez terminado su permiso, se incorporaba de nuevo a sus obligaciones; la rutina se imponía de nuevo, todo seguía igual que antes... Al menos en apariencia.

La realidad era otra muy distinta. Dada su encumbrada posición en la estructura de la administración terrestre, Amadou era ahora un importantísimo e irremplazable peón en las filas de los rebeldes. Una vez llegado el momento sería la cuña que paralizaría desde dentro el preciso engranaje impuesto por los invasores. Fueron años de labor sorda y callada, pero tremendamente eficaz. Lenta, pero tenazmente, los rebeldes fueron envolviendo al planeta en la sutil pero resistente red que les permitiría librarse de sus dominadores.

Por fin llegó el tan ansiado momento en el que el hasta entonces sumiso planeta inició la rebelión contra sus amos. Todo obedecía a un plan minuciosamente establecido y nada se había dejado al azar, comenzando de una manera aparentemente fútil en forma de protesta generalizada de ciertos sectores universitarios contra el veto impuesto a los terrestres para estudiar fuera de su planeta. La protesta fue un éxito, y en pocos días las principales universidades veían paralizadas sus actividades docentes de una manera prácticamente total.

No era una situación conflictiva, pero sí insólita. Los distintos rectores, personas competentes pero totalmente carentes de iniciativa propia, se hallaron frente a un callejón sin salida. Incapaces de solucionar por sí mismos el repentino conflicto en el que se veían atrapados, optaron por pedir ayuda a sus superiores kaltumianos a los que tanto debían. Éstos trataron de conseguir la vuelta a la normalidad actuando únicamente de mediadores, evitando en todo momento cualquier acción que pudiera perjudicar en mayor o menor grado su paternalista protectorado.

Pero a pesar de todos sus esfuerzos, los kaltumianos no lograron dominar la situación; muy al contrario, la incipiente rebelión comenzó a extenderse como una mancha de aceite. Los descontentos de todo tipo, hábilmente silenciados hasta entonces, comenzaron a aflorar

con un ímpetu irreprimible; Ortega estaba una vez más en lo cierto. Grandes masas de población se lanzaron a la calle sin un motivo definido, simplemente impulsados por la intangible sensación de malestar que reinaba en todos los ambientes. Poco más tarde la vida entera del planeta se veía paralizada por completo.

Era inevitable que tarde o temprano ocurriera un primer incidente; la masa libera los instintos atávicos que normalmente son reprimidos en el individuo aislado, el cual acaba perdiendo el delgado barniz que llamamos civilización siendo arrastrado por la muchedumbre de la que ahora forma parte. Ésta era la espoleta que haría explotar la bomba; los disturbios se agravaron cada vez más poniendo en franco peligro la estabilidad del orden público. Siguiendo con su programa establecido los kaltumianos se abstuvieron de intervenir, siendo la policía terrestre la encargada de reprimir todos los brotes de violencia; pero a pesar de sus esfuerzos pronto se vieron desbordados por la creciente marea que arrollaba al planeta. Los durante décadas dormidos instintos despertaban de nuevo con furia incontenible, desencadenando una espiral de violencia de imprevisibles consecuencias.

Finalmente los soldados imperiales acabaron perdiendo la paciencia, lo que suponía un paso más en el elaborado plan de los rebeldes. Asustados por el cariz que repentinamente tomaban los acontecimientos, irritados por verse reducidos al papel de meros espectadores, llegó un día en el que los kaltumianos decidieron dejar de seguir fingiendo; y actuaron. Una vez libres de las ataduras iniciales nada los detuvo; eran profesionales de la guerra y como tales se comportaron, aplicando a conciencia los postulados del más odioso de los oficios.

La represión fue brutal y desmesurada. Una tras otra fueron bombardeadas sin piedad las principales ciudades. Comarcas enteras quedaron salvajemente devastadas. Millones de personas indefensas fueron fríamente aniquiladas. La Muerte extendía su negro manto sobre la totalidad del planeta en algo que muchos tomaron como el principio del fin. Los kaltumianos estaban ebrios de sangre y no cejarían en su macabro empeño hasta ver satisfechos sus criminales instintos.

Tan incalificable conducta no podía sino provocar la rebelión total y absoluta del hasta entonces pacífico planeta. La humanidad entera, como un solo hombre, se arrojó a los brazos del Frente de Liberación, que rápidamente asumió la tarea de encabezar y alentar la lucha contra el cruel opresor.

Y no acababa aquí su febril actividad. Coincidiendo con la revuelta generalizada una flota sideral abandonaba su refugio de los asteroides dirigiéndose a la Tierra; eran naves balturs, pero iban tripuladas por terrestres. En las proximidades de la Luna toparon con una escuadra imperial salida para interceptarlas, y lejos de rehuirla plantaron batalla. Eran inferiores en número y mucho más inexpertos que su potente enemigo, pero luchaban por un ideal. Tenían fe en la victoria, e increíblemente vencieron.

Aquel insospechado triunfo fue hábilmente explotado por la propaganda del Frente. El ídolo tenía los pies de barro, el Imperio no era invencible; pero la guerra no estaba aún ganada. Los diezmados restos de la heroica escuadra terrestre se vieron obligados a retirarse a su refugio del cinturón de asteroides ante la inminente aparición de una nueva flota imperial llegada desde Júpiter. Recobrados de su momentánea sorpresa los kaltumianos se lanzaron como halcones sobre su indefensa presa; ahora tenían muertos que vengar, y esto les hacía aún más peligrosos.

Pero los terrestres no estaban dispuestos a dejarse someter de nuevo. Dispersos en su mayor parte por toda la inmensidad del globo, no cejaban en su perseverante empeño de hostigar al enemigo por todos los medios a su alcance. Una avispa es incapaz de matar a un buey, pero sí está a su alcance irritarlo hasta la desesperación; esa era su táctica. Los kaltumianos ejercían un control absoluto sobre las principales ciudades que no habían sido arrasadas por ellos mismos, pero éstas se encontraban ahora completamente vacías. Su paz era la del cementerio, imperando sobre los súbditos más silenciosos del mundo: los muertos. Era una guerra de nervios, y en ella los orgullosos soldados imperiales llevaban las de perder.

La actividad del Frente no se limitaba tan sólo a la lucha armada. Una delegación de sus principales mandatarios se había desplazado hasta la capital de la Federación Balktur, desde donde había sido conducida por sus anfitriones hasta la misma sede de la Sociedad Galáctica, una especie de gran foro estelar con muchas similitudes y la totalidad de los defectos de su homóloga, la ya extinta ONU terrestre. Y allí, teniendo por interlocutores a los representantes de la totalidad de los estados de la Vía Láctea, hizo oír su voz por vez primera el planeta Tierra. Fue un bello y elaborado discurso acusando de genocidio al Imperio de Kaltum y recabando la ayuda de los gobiernos allí representados para cortar de raíz tan injusta y desigual agresión. La Tierra reclamaba su derecho a vivir en paz.

Acto seguido comenzó la discusión del tema, uno de tantos en la agitada vida política del alto organismo. La verdad era que poco importaba a tan encumbrados personajes la suerte que pudiera correr un mísero planeta semibárbaro situado en el mismo extremo de la llamada *Zona de la Cultura*; por sí solo este hecho hubiera pasado completamente desapercibido. Pero era algo más, era una confrontación directa o casi directa entre los dos grandes colosos galácticos, la Federación y el Imperio, respaldados ambos por los incondicionales estados satélites que conformaban cada uno de sus respectivos bloques políticos.

La postura del Imperio estaba clara: La Tierra era de su propiedad y nadie tenía el menor derecho de inmiscuirse en sus asuntos internos. Eso terrestres eran unos *animalitos* a los que había que cuidar y alimentar ya que eran incapaces de valerse por sí mismos. Como es de suponer la Federación había adoptado la postura diametralmente opuesta; convertida

de la noche a la mañana en paladín de la libertad, abogaba con un tesón digno de un profeta bíblico en pro de la independencia total de sus protegidos.

Hablando en términos deportivos, se había producido un empate. Dada la peculiar estructura del organismo internacional ambos bloques estaban provistos de similar potencial diplomático, viéndose por lo tanto completamente imposibilitados de sacar adelante por sí mismos cualquier moción que sus contrincantes neutralizaran, y ninguno de los dos pensaba retroceder un ápice en sus encontradas posiciones. El estancamiento parecía, pues, inevitable, y así hubiera ocurrido como tantas otras veces de no mediar la iniciativa de una tercera coalición de reciente creación llamada despectivamente el *Grupo de los Pequeños* a causa de su escaso peso específico en la Gran Asamblea Galáctica. Este conglomerado de estados dispares, cuyo único nexo de unión estaba constituido por el escaso potencial económico y político de sus miembros, así como su odio indiscriminado equitativamente repartido entre ambos grandes, nada podía hacer por sí solo en el seno de la comunidad estelar. Las circunstancias les habían colocado ahora en una privilegiada situación de árbitros a la que no pensaban en modo alguno renunciar. No podían competir con ninguna de las dos superpotencias, pero resultaban imprescindibles para desviar en uno u otro sentido el fiel de la balanza.

Tragándose su orgullo Federación e Imperio trataron de atraer hacia su causa a la díscola coalición. Ésta, consciente de su importancia, nadaba y guardaba la ropa. Fueron momentos de incertidumbre, principalmente para los terrestres allí presentes que se sentían impotentes mientras su planeta era sistemáticamente devastado. Por fin se decidieron los representantes del *Grupo de los Pequeños*, incapaces de soportar por más tiempo la agobiante presión a la que se veían sometidos por ambos flancos: e inexplicablemente, y por primera vez en los anales de la Sociedad Galáctica, imperó la cordura. Con el decisivo apoyo del pequeño tercer bloque, la Federación Balktur consiguió ver aprobada su propuesta con la lógica oposición del Imperio y de sus acólitos.

Fue redactado un bonito documento, en las seis lenguas oficiales de la galaxia, condenando la intervención del Imperio en el planeta Tierra. Se reconocía el derecho a la autodeterminación de los terrestres instando a la potencia colonizadora a retirar la totalidad de sus tropas acantonadas en el Sistema Solar, concediéndole la independencia total en el más breve plazo posible. Para terminar, y sin abandonar en ningún momento el lenguaje ampuloso característico de este organismo, se hacía un enésimo llamamiento a la concordia galáctica... Puro trámite, se entiende.

Como es lógico suponer, la Gran Asamblea Galáctica no tenía el menor poder decisorio. El Imperio podía perfectamente negarse a cumplir lo ordenado, cosa ésta que era la que solía suceder normalmente sin que llegara a modificar substancialmente el difícil equilibrio de fuerzas existente en la galaxia. Por ello fue necesario un pequeño gesto por parte de la Federación para *convencer* a su reticente vecino de que era preferible que

aceptara la resolución: Unas oportunas maniobras militares en las proximidades de la frontera común obraron el milagro. La Federación pujaba fuerte, y el Imperio optó por retirarse malhumorado; la Tierra no valía una guerra. David había vencido a Goliath.

* * *

Ha pasado el tiempo. En el Museo Mundial de la reconstruida ciudad de Nueva York, capital del planeta Tierra, se guarda celosamente como un preciado tesoro el Acta de Independencia. Abandonados a su suerte por la antigua metrópoli, sólo había sido posible reconstruir el maltratado planeta gracias a la generosa ayuda de la Federación Balktur.

Hoy ya están cerradas las otrora sangrientas cicatrices, y el planeta rebosa prosperidad gracias a las jugosas exportaciones de minerales procedentes de los inagotables yacimientos existentes en el Sistema Solar, cuya explotación está en manos de una sociedad mixta constituida por partes iguales con capitales terrestre y balktur. Puesto que la Tierra carece por ahora de industria pesada capaz de manufacturar sus inmensas riquezas, se encarga de ello la Federación. Quizá en un futuro...

Retirado el veto de sus anteriores colonizadores, la Tierra es hoy miembro de pleno derecho de la Sociedad Galáctica. Maurice Amadou, nombrado embajador plenipotenciario frente a tan alto organismo por parte del gobierno terrestre, es asimismo el portavoz del *Grupo de los Pequeños*, bloque en el que está integrado el planeta a pesar de los frustrados intentos de la Federación por arrastrarlo hasta su zona de influencia. Desde la llegada de Amadou el *Grupo* se muestra infinitamente más activo, luchando incansablemente por erradicar del seno de la galaxia cualquier tipo de colonialismo existente. Y amenazan con conseguirlo... si les dejan, claro.

LA LOTERÍA DE LA VIDA

-Así que le agrada nuestro planeta, estimado Ras Tolf.

-En efecto, señor Pelayo -respondió el rollizo humanoide rebulléndose en la para él estrecha butaca-. Puede creerme cuando le aseguro que la Tierra me ha entusiasmado. He recorrido todo el cosmos y he visitado multitud de planetas, pero sólo en la vieja Tierra he encontrado un encanto especial, algo que no alcanzo a definir pero que no obstante me ha satisfecho plenamente.

-Bien, me alegro que así sea -comentó sonriente el anfitrión-; al fin y al cabo, para un planeta que vive del comercio es imprescindible presentar una buena imagen pública. Lamentablemente, la Tierra no es ahora sino una sombra de lo que fue.

-Supongo que se referirá al patrimonio artístico perdido en la *Gran Hecatombe*. ¿No es así? -le interrumpió el comerciante galáctico visiblemente inquieto-. Porque no creo que ningún terrestre en su sano juicio sea capaz de añorar aquella lamentable época.

-Pagamos un alto precio por nuestro error, y no deseamos en modo alguno que algún día pueda volverse a repetir -respondió con voz crispada el terrestre-. Los horrores de la *Gran Hecatombe* son un estigma que acompañará para siempre a nuestra raza; éste es nuestro castigo, la pesada herencia que recibimos de nuestros padres, y sólo nosotros hemos de cargar con ella puesto que nuestra especie fue la única responsable.

-Discúlpeme si he herido sus sentimientos; puede estar seguro de que no era esa mi intención. -intervino el atribulado Ras Tolf al tiempo que agitaba nerviosamente la copa de licor que sostenía en su extraña mano; su distinto metabolismo no había sido óbice para que se mostrara como un entusiasta admirador de las bebidas terrestres.

-¡Oh, no! No tiene usted por qué disculparse. Ya estamos acostumbrados. Además, se trata de algo que ya está completamente superado.

-En efecto -respondió de nuevo el huésped en un claro intento de recuperar el terreno perdido-. Verdaderamente es admirable el tesón con el que su raza se ha abierto camino en la galaxia, sobre todo si tenemos en cuenta que tuvieron que partir de cero.

-Ni aun eso -puntualizó Pelayo-. No están lejanos los tiempos en los que los galácticos se apartaban de nosotros como si estuviéramos apestados.

-Bien, mis antepasados tenían sus motivos... ustedes habían sojuzgado a media galaxia imponiendo su ley a sangre y fuego. Era algo que jamás había pasado en toda la historia conocida, y fue necesario adoptar unas medidas sumamente desagradables para que la paz y el orden volvieran a reinar en todo el orbe conocido.

-Sí, esa fue la *Gran Hecatombe*, que aniquiló al ochenta por ciento de la población terrestre y extirpó de raíz su amenaza... pero los prejuicios de sus congéneres son ahora totalmente injustificados. Existe en la Tierra un movimiento pacifista fuertemente arraigado, y puedo asegurarle que ningún terrestre podría ahora estar de acuerdo con nuestro antiguo imperialismo; es algo que ha quedado arraigado en nuestra cultura a lo largo de varias generaciones.

-De todas maneras, estará usted de acuerdo conmigo en que la raza humana presenta singularidades que son inexistentes en el resto de las especies inteligentes que habitan en el cosmos -comentó Ras Tolf, maniobrando hábilmente hacia temas menos espinosos-. ¡Oh, por supuesto que con esto no quiero decir que estos matices sean necesariamente negativos!

-Amigo Ras, la especie humana es un caso único en el universo, y como tal hay que estudiarla. Nosotros los hombres somos capaces de las mayores proezas, pero también podemos alentar insospechadas aberraciones. Somos a la vez santos y diablos, monjes y guerreros, filántropos y asesinos. Tan sólo conociendo y comprendiendo esta paradójica dualidad podrá un extraterrestre llegar a entendernos.

-Sí, desde luego son ustedes algo insólito -reconoció el humanoide aceptando el cigarrillo que su interlocutor le ofrecía-. Existen millares de civilizaciones poblando todo el universo conocido, todas diferentes entre sí; pero tan sólo una de ellas, la suya, ha mostrado poseer ese salvaje instinto que le condujo a la *Gran Hecatombe*.

-Nosotros lo llamamos violencia -aclaró Pelayo al tiempo que encendía los dos cigarrillos-. Y lo que no es sino un fenómeno extraño y repugnante para la inmensa mayoría de las civilizaciones, algo a lo que recurrieron en una única ocasión impelidos por un pánico sin igual en toda su historia, resulta ser una constante en la historia de mi planeta, algo consustancial a la especie humana. Y por paradójico que resulte, los mayores avances tecnológicos de nuestra civilización han sido inducidos por circunstancias violentas como las guerras o las revoluciones.

-Pero esa violencia ha desaparecido; usted mismo lo ha dicho hace tan sólo un momento.

-Mejor sería decir que se ha sublimado. Nuestra especie es agresiva, y esto es algo que jamás podremos evitar. Lo que sí resultaba factible, y así lo entendieron los dirigentes que se hicieron con el poder después de la *Gran Hecatombe*, era encauzar

esta agresividad hacia una manifestación positiva de este instinto; y afortunadamente lo consiguieron.

-¿Se refiere a la actividad comercial?

-En efecto. ¿Comprende ahora el éxito que hemos tenido como comerciantes? ¿Entiende por qué nos hemos hecho con el control económico de toda la galaxia? Yugulado nuestro estímulo, lo que había sido hasta entonces el motor de nuestra sociedad, necesitábamos otro que lo sustituyera. Y lo conseguimos con el comercio, para el que estábamos particularmente dotados puesto que un buen vendedor siempre precisará de cierta dosis de agresividad, por muy inofensiva que ésta sea. Sencillamente no teníamos rival; como afirma un viejo refrán de mi planeta, matamos dos pájaros de un tiro.

-Lo que bien mirado no deja de ser otra reminiscencia de su pasado violento -sonrió Ras Tolf-. Pero esto es ya agua pasada. ¿No es éste otro refrán terrestre? Ustedes han sido plenamente admitidos en la comunidad galáctica y, prescindiendo de algunos rescoldos de incompreensión totalmente irrelevantes, los antiguos temores han pasado a mejor vida. Ahora forman ustedes una sociedad estable y desprovista de violencia por completo.

-No fue fácil; tuvimos que luchar contra una herencia ancestral sumamente pesada. Lo más duro no fue modificar nuestro comportamiento con otras civilizaciones, sino construir un nuevo esquema de sociedad. Teníamos que canalizar también nuestra agresividad interracial, que no era menos peligrosa que la anterior; nos iba en ello nuestra identidad como pueblo.

-¿Cómo lo lograron?

-De forma similar al caso anterior, encauzando la violencia innata de todos aquéllos que no podían descargarla comerciando con el exterior, que eran la inmensa mayoría de los pobladores del planeta. Ya que no podíamos suprimirla y ni tan siquiera sustituirla, optamos por institucionalizarla, por ritualizarla. Controlada de esta manera la violencia social dejó de ser peligrosa; observe el resultado.

Una vez dichas estas palabras, Pelayo se incorporó de su asiento conectando el televisor que se hallaba situado frente a su huésped. Al tiempo que la inicial sinfonía de colores se descomponía en las nítidas figuras de una retransmisión al aire libre, el terrestre continuó dando explicaciones a su interlocutor.

-En toda sociedad -explicó a su huésped-, hasta en la más perfecta, existen siempre algunos inadaptados, algunos parásitos que para nada sirven excepto para perturbar la compleja marcha de los engranajes sociales. En la Tierra estos indeseables habían sido desde siempre confinados en cárceles, hospitales o manicomios en un intento de

neutralizar sus efectos perturbadores. Algunos, más hábiles, consiguieron escapar al filtro impuesto por la sociedad, llegando en ocasiones a escalar hasta los puestos más elevados del poder con resultados nefastos para sus eventuales súbditos y para sus inocentes vecinos.

-Pero esto... ¡Es una ejecución pública! -exclamó horrorizado el extraterrestre, incapaz de apartar la vista de la sangrienta escena que se desarrollaba ante sus ojos-. ¡Es aberrante!

-Tiene usted razón; pero por desgracia ésta es la única válvula de escape que impide a nuestra sociedad desmoronarse víctima de sus propias tensiones internas - respondió Pelayo con pesadumbre-. El hombre es morboso por naturaleza, se trata de otra de las consecuencias de su agresividad innata. ¿Por qué no aprovecharlo? ¿No es mejor el sacrificio ritual de un pequeño número de personas que el peligro de una guerra generalizada, de una nueva hecatombe?

»En un principio se pensó en utilizar para estos fines a los delincuentes, a los inadaptados sociales, a todos aquellos individuos potencialmente perturbadores que así podrían ser útiles para la sociedad; pero este método no dio resultado, ya que pronto descubrimos que estos inadaptados eran en realidad tan normales como cualquier otro miembro de nuestra sociedad, siendo su único pecado que simplemente habían tenido peor suerte... aunque también se podría pensar que, de una u otra manera, todos los demás eran tan anormales como ellos. En realidad cualquier humano es un psicópata en potencia, basta con presionarle en el lugar adecuado para que reaccione comportándose como tal. Por esta razón, nuestros sociólogos concluyeron que la totalidad de las personas podrían ser catalogadas como inadaptadas, o asociales, dependiendo únicamente de sutiles criterios de comparación. No era justo, pues, que tan sólo unos pocos entraran en el juego.

»Se estableció entonces un sistema de sorteo en el que habrían de participar absolutamente todos los ciudadanos terrestres, desde el propio presidente hasta el más insignificante de los mendigos. Todo aquél que fuera designado por el azar se vería obligado a actuar como víctima en el ritual de la muerte, espectáculo que retransmitido a todo el planeta consigue aplacar la sed de sangre que nos ahoga.

-¡Pero esto es monstruoso! -exclamó el extraterrestre al borde mismo de la histeria-. Ustedes, unos seres civilizados, ¿cómo pueden hacer esto?

-Amigo mío, existió una vez en este planeta una gran civilización que comprendió perfectamente este problema. Los antiguos emperadores romanos sabían que tenían que mantener saciado material y socialmente a su pueblo, y lo consiguieron a base de pan y circo. La alimentación no es hoy en día ningún problema, y en lo que respecta a lo segundo nos hemos limitado a sustituir a los antiguos gladiadores profesionales por

personajes anónimos, por seres que pudieran ser nuestros vecinos o nuestros amigos, que podríamos ser nosotros mismos, puestos allí por el veleidoso azar con independencia de la valía personal. El riesgo de ser elegido es lo suficientemente pequeño como para que no desaparezca al estímulo que siempre supone el peligro, y la totalidad del planeta lo acepta como una muerte más, tan natural como las producidas por una enfermedad o un accidente. Puesto que los participantes son reconocidos como héroes y el estado compensa económicamente a sus herederos, se considera un honor entregar la vida por un fin tan noble como es el de beneficiar a toda la sociedad.

-¡No puede ser! -objetó el visitante-. En cualquier otro planeta eso conduciría a una violencia indiscriminada, a una espiral de caos y de destrucción...

-No es éste el caso -respondió con afabilidad su anfitrión-; ya le advertí que los humanos éramos bastante singulares al respecto. Además, cualquier otra manifestación de violencia está severamente prohibida, por lo que la agresividad latente de nuestra sociedad está así lo suficientemente controlada como para que no represente el menor peligro.

-Ustedes los terrestres siempre serán diferentes -acertó a exclamar el visitante estelar antes de escabullirse rápidamente hacia el cuarto de baño. Mientras tanto, el sangriento espectáculo continuaba su curso.

EL HOMBRE QUE QUISO COMPRAR UN PLANETA

-¿Y me garantiza usted que es un planeta virgen?

-Totalmente. -respondió el rigeliano al tiempo que invaginaba la trompa en un gesto que para su especie expresaba indiferencia- Nuestras ofertas gozan de garantía total durante tres generaciones; tenga en cuenta que nos hemos ganado el prestigio gracias a la seriedad de nuestro trabajo.

-Supongo que tendré que creerle. -suspiró el terrestre encogiéndose de hombros- Naturalmente, desearíamos visitar el planeta antes de formalizar el contrato.

-Por supuesto; jamás intentaríamos forzarlos a cerrar un trato sin que ustedes quedaran total y absolutamente satisfechos. Somos profesionales, y como tal nos hemos comportado siempre desde que se fundó la compañía hará aproximadamente unos... tres mil años terrestres. -concluyó el extraterrestre tras efectuar un rápido cálculo mental.

-Tres mil años... -se admiró el representante del gobierno federal terrestre- Por aquel entonces nosotros aún guerreábamos con arcos y flechas.

-¿Y por eso se extraña? -le interrumpió, divertido, su interlocutor- Su civilización es una de las más recientes de la galaxia. Hay culturas que cuentan con centenares de miles de años de antigüedad; años terrestres, por supuesto.

-Sí. Esa ha sido nuestra desgracia. -suspiró el terrestre.

-Nadie puede ser culpado por ello; las leyes de la evolución son sumamente caprichosas. Su actual nivel de civilización es sólo eso: una casualidad debida a que su origen como especie inteligente es todavía muy reciente.

-Sea lo que sea, lo cierto es que llegamos tarde al reparto del pastel; muy tarde.

-Tiene razón. Las leyes galácticas son tremendamente estrictas en lo que respecta a la colonización de planetas ya habitados, pero permiten que el primer descubridor de un astro virgen, considerando como tales a aquéllos que carezcan de vida inteligente, pueda tomar legalmente posesión de él.

-Eso sería hace mucho tiempo; ahora no hay ya ninguno disponible.

-Por desgracia, eso es cierto. Gran parte de los planetas habitables de la galaxia han desarrollado por si mismos su propia vida inteligente autóctona, y aun cuando no hayan desarrollado sino un nivel tecnológico mínimo son de hecho un coto cerrado en el que nadie puede intervenir de ningún modo; naturalmente hubo también planetas colonizables,

pero éstos fueron ocupados hace ya mucho tiempo por culturas más antiguas que les tomaron la delantera.

-Y mientras tanto, mis compatriotas se hacían literalmente unos encima de otros, sin que haya sitio en la Tierra para que puedan vivir con un mínimo de dignidad.

-Este es un problema común a la mayoría de las culturas jóvenes que se encuentran actualmente en plena fase de expansión y a duras penas consiguen controlar el crecimiento de su población. Por este motivo nació nuestra compañía; somos un grupo de expertos que nos dedicamos a explorar la galaxia en busca de planetas susceptibles de ser colonizados. Puesto que no representamos a ningún gobierno, podemos vender los derechos de propiedad al mejor postor.

-Luego todavía quedan planetas vírgenes...

-Por supuesto; si no fuese así, nuestra compañía habría dejado hace mucho de existir. No obstante la galaxia está superpoblada y no es infinita; los planetas escasean y los pocos que se descubren se encuentran en el borde del disco galáctico, muy apartados de los grandes centros de población. Su calidad, sin embargo, no tiene por qué envidiar a la de cualquier otro astro habitado de la Vía Láctea.

-Pero resulta un tanto extraño comprar un planeta...

-¿Por qué? Ustedes los terrestres todavía se encuentran imbuidos por sus prejuicios provincianos. En la galaxia hay millones de sistemas planetarios, y no es extraño que una civilización se extienda sobre varios centenares de ellos. Un planeta aislado es algo intrascendente, y aún lo sería más de disponerse de un mayor número de sistemas vírgenes. Eso hace que ninguna nación esté dispuesta a desprenderse de los que posee, por lo que somos nosotros los únicos que estamos en disposición de vender nuestros descubrimientos.

-A un precio bien elevado, por cierto.

-No somos nosotros quienes imponemos las tarifas, sino las leyes de la oferta y la demanda. No obstante la propiedad no se limita al planeta sino a la totalidad del sistema; podemos garantizarles que gracias a la explotación minera del mismo en poco tiempo podrán amortizar con creces la inversión. Y esto, claro está, sin contar con el beneficio que les supondrá aliviar la presión demográfica de su atestado planeta.

-Comprendo sus argumentos. -respondió con desagrado el terrestre- Pero en mi planeta no podemos comprender cómo puede bastar con que alguien descubra un planeta para que éste pase automáticamente a ser posesión suya sin necesidad de que lo colonice.

-Las leyes galácticas llevan mucho tiempo promulgadas; mucho más que los años de vida de la compañía. -respondió el rigeliano volviendo a invaginar la trompa- Puede que

cuando se dictaron se pensara que los descubridores de planetas siempre actuarían en representación de un gobierno legalmente constituido; lo cierto es que no prohibían en modo alguno nuestra actividad, y nunca desde entonces han sido modificadas. Por otro lado tenga usted en cuenta que nuestros descubrimientos siempre acaban revirtiéndose en algún gobierno, por lo que en realidad tan sólo somos una especie de exploradores contratados que ahorran a los planetas los enormes gastos de la exploración galáctica; además, si nuestras prospecciones dan resultado negativo, como ocurre bastante a menudo, somos nosotros quienes corremos con las pérdidas y no los clientes, que de esta manera trabajan sobre seguro.

-Bien, no vamos a discutir ahora por esto. -interrumpió el presidente de la Tierra- Lo importante es que el planeta merezca realmente la pena. Supongo que no les importará que enviemos un equipo de expertos; ya sabe, biólogos, geólogos, etcétera.

-Por supuesto que no. El cliente manda. ¿Cuándo estará lista su delegación?

* * *

-Su excelencia el representante de la Liga Galáctica. -anunció el secretario.

-¡Que pase! -exclamó el presidente de la Federación Terrestre al tiempo que ordenaba maquinalmente los objetos depositados sobre la superficie de la amplia mesa- ¡Que pase!
-Volvió a repetir presa de un repentino nerviosismo.

El embajador en la Tierra del máximo organismo político de la galaxia era un ser perteneciente a la raza de los khum, una de las civilizaciones más antiguas y evolucionadas de todo el universo conocido. Su pequeño y delgado cuerpo, de apenas metro y medio de altura, rematado además por una descomunal y desproporcionada cabeza, le hacía aparecer aún más insignificante al lado de los casi dos metros de su fornido interlocutor; sin embargo, sus respectivas expresiones dejaban entrever justo lo contrario: A la firme actitud de un humanoide que se sabía superior a todos los niveles se enfrentaba la intimidada figura del corpulento terrestre.

-¿Recibió el comunicado oficial de la Liga? -interrogó el khum haciendo caso omiso del saludo con que le recibía el presidente.

-Sí, su excelencia; precisamente tengo aquí una copia. -farfulló el máximo representante del planeta al tiempo que le alargaba un papel con su temblorosa mano.

-¡Bah! -exclamó el galáctico al tiempo que rechazaba el documento- Conozco de memoria su contenido; lo único que me interesa es comprobar que se haya cumplido la orden.

-¡Pero su excelencia! ¿Cómo vamos a hacer eso? El planeta nos pertenece legalmente. Adquirimos sus derechos.

-Mi querido amigo, el hecho de que aún no pertenezcan a la Liga no les exime de respetar sus leyes; en cuanto a derechos y obligaciones, no existe distinción entre los estados asociados y los miembros de pleno derecho. Y eso lo saben perfectamente ustedes.

-Precisamente por eso; contamos con un contrato perfectamente legal de compraventa que nos califica como propietarios de *Nueva Tierra*.

-No se llama *Nueva Tierra*, sino *Planeta Virgen*; y no es propiedad suya sino de la Liga Galáctica. -gruñó el khum.

-¡Pero la ley sanciona la posesión de todo planeta deshabitado! -protestó el terrestre sin demasiada energía- Y *Nuev... Planeta Virgen* lo está.

-Indudablemente. ¿Pero no le parece a usted demasiada casualidad que sea éste el único planeta deshabitado de aquí a las Nubes de Magallanes?

-¿Qué quiere decir?

-Que esas leyes fueron promulgadas hace muchos millones de años terrestres, cuando sus antepasados todavía reptaban por los mares de su planeta y existían aún numerosos sistemas estelares susceptibles de ser colonizados.

-Pero ahora...

-La ley no ha sido revocada, eso es cierto, pero ha quedado completamente obsoleta ya que ahora no queda, mi querido amigo, el menor resquicio ocupable en toda la galaxia; los planetas se pueblan muy deprisa, sin duda.

-Existe uno. -insistió con tozudez, el terrestre.

-El único. ¿Y cree usted que no era conocido por nosotros? Por el Gran Creador, no sea tan ingenuo.

-No comprendo la razón por la que ustedes renunciaron a explorarlo si es que verdaderamente lo conocían.

-Por supuesto que lo conocíamos. -replicó molesto el khum- ¿Pero a usted no le entra en la cabeza que si se encontraba deshabitado era precisamente porque nosotros queríamos que fuera así?

-No veo la razón.

-Pues le aseguro que existe. Hay una rama de la filosofía... Ustedes la llaman ecología, creo.

-¿Ecología? -se extrañó el presidente- ¿Acaso quiere decir que...?

-En efecto, mi querido amigo. Celebro que por fin lo haya comprendido. *Planeta Virgen* es una reserva natural, la única que queda en toda la galaxia; y como es normal, deseamos conservarla como tal a toda costa.

-Pero entonces, la compañía que nos cedió los derechos de colonización... -musitó el presidente terrestre, totalmente abrumado.

-¿Esos? Tan sólo son unos truhanes que se encuentran fuera de toda ley; unos delincuentes especializados en timar a naciones inexpertas como la suya.

-¿Y nuestro dinero?

-Se les devolverá siempre que se consiga recuperarlo; ahora bien, no deseo desilusionarles, pero lo cierto es que esos granujas han vendido ya diecisiete veces *Planeta Virgen* sin que nunca hasta ahora hayamos conseguido ponerles la mano encima. Lo siento, pero la culpa ha sido tan sólo suya por ingenuos y demasiado avispados. Tendrían que haber consultado con nosotros, y quizá entonces habríamos podido detenerlos.

-¿Qué podemos hacer ahora? -preguntó el presidente al borde mismo del desmoronamiento físico.

-Nada, salvo evacuar el planeta; y den gracias a que no se les ha impuesto una sanción atendiendo a su inexperiencia. Otra vez deberán ser más conscientes de lo que hacen. No quiero que tomen esto como una amenaza, pero insisto en que sus naves deberán abandonar totalmente *Planeta Virgen* antes de que expire el plazo que les hemos concedido; de no hacerlo así, nos veremos obligados a desalojarlos por la fuerza, lo que provocará indefectiblemente su expulsión definitiva de la Liga. Y ahora, si me lo permite, me retiraré para informar a mis superiores.

Mientras el khum abandonaba la estancia, el presidente comenzó a garabatear nerviosamente en sendas hojas de papel la orden de evacuación de *Nueva Tierra* así como su dimisión irrevocable; no obstante su peculiar estado de ánimo, aún pudo alcanzar a oír lo que murmuró el representante del gobierno central galáctico en el momento de atravesar la puerta de su despacho.

-¿A quién se le ocurre creer que la gente pueda ir vendiendo tranquilamente planetas así como así? ¡Ojalá pudiera yo disponer de un mundo perdido lejos de la civilización!
¡Ojalá!

EL PRIMER CONTACTO

El gran momento había llegado. Sobre la amplia explanada habilitada a propósito en las afueras de Nueva York, flotando ingravidamente a sólo medio metro de altura, el gran disco volador aguardaba, indiferente hacia todo aquello que tenía lugar en torno suyo, a que llegara la hora del primer contacto físico entre la humanidad y una civilización extraterrestre.

La explanada, por el contrario, bullía de actividad. Más capital del mundo que nunca, Nueva York había visto incrementarse hasta límites nunca conocidos su ya de por sí numerosa colonia diplomática, gracias a la llegada de numerosos jefes de estado y de gobierno que habían querido presenciar personalmente el histórico acto. Para todos ellos había sido habilitada una tribuna circular que rodeaba por todos los lados al platillo; tribuna que, desde hacía ya varias horas, se encontraba completamente repleta.

Por la parte exterior de la tribuna había un segundo andamiaje circular en el que se apiñaban varios miles de periodistas encargados de cubrir la noticia; no ocurría así con las cámaras de televisión ya que la única cadena que había conseguido los derechos exclusivos de retransmisión, pagándolos por cierto a precio de oro y efectuando no obstante el mejor negocio de la historia de la teledifusión, había optado por situar sus cámaras en cuatro altas torres construidas ex profeso para tal fin por detrás de la tribuna de la prensa, junto con un quinto equipo instalado a bordo de un helicóptero que revoloteaba en torno al escenario del acontecimiento.

El tercer y último círculo estaba formado por un impresionante aparato militar que incluía, junto con fuerzas acorazadas y piezas de artillería, la ostensible presencia de varias escuadrillas de aviones y helicópteros que surcaban continuamente el purísimo azul del cielo. Aun cuando se sabía a ciencia cierta que las intenciones del extraño visitante eran completamente pacíficas, el alto mando norteamericano había ordenado el despliegue de sus mejores fuerzas más por afán propagandístico (no se sabía a ciencia cierta si para impresionar al extraterrestre o más bien a los egregios visitantes) que por efectividad real; en el caso hipotético de que el platillo volante se mostrara hostil, no podrían atacarlo sin destruir al mismo tiempo a las dos tribunas con sus ocupantes incluidos... Suponiendo que tan sofisticado aparato fuera vulnerable a las armas terrestres, hecho éste que muchos expertos se atrevían a poner en duda.

Los científicos, por su parte, habían quedado marginados a pesar de ser ellos quienes consiguieran establecer el primer contacto... Pero puesto que el extraterrestre hablaba a la perfección varios idiomas, los responsables de la organización estimaron que su presencia era sencillamente innecesaria. Además, así se evitarían situaciones embarazosas en cuestiones de protocolo.

Tan sólo faltaban ya algunos minutos para que el platillo abriera la puerta mostrándose a los ojos de miles de millones de personas de todo el planeta el único tripulante de aquella maravillosa nave venida de allende las estrellas. Tan sólo unos minutos, que habían precisado varios años de febril actividad.

Todo había comenzado hacía ya casi cinco años, cuando un astrónomo descubrió casi por casualidad un pequeño puntito luminoso que se movía dentro de la constelación de la Osa Mayor. Según todas las cartas estelares en tal posición no podía haber nada, pero el punto continuaba moviéndose con rapidez apenas a medio grado de la estrella Alcor, burlándose aparentemente de todos los astrónomos que tenían la vista fijada en él.

La cuestión resultaba ser todavía más espinosa si se tenía en cuenta que prácticamente todos los astros del sistema solar se movían sin excepción dentro de la estrecha franja del zodiaco, muy alejada de la constelación circumpolar de la Osa Mayor. No podía ser, pues, un asteroide desconocido; tampoco era un cometa, y la rapidez de su movimiento excluía tajantemente la posibilidad de que pudiera tratarse de un cuerpo situado más allá de las fronteras del sistema solar.

Bastó una sencilla medición de su paralaje para acabar definitivamente con la encendida polémica suscitada en el seno de la comunidad científica acerca del origen y la naturaleza del extraño cuerpo, y de hecho sorprendió a todos el comprobar que, en contra de lo que se creía, el móvil se encontraba realmente próximo... Ya que eran apenas unas cuantas decenas de miles de kilómetros las que separaban a la Tierra de su visitante, el cual había adoptado una órbita polar en torno a nuestro planeta. Se trataba, como se pudo asimismo calcular, de un cuerpo muy pequeño, quizá tan sólo de algunos centenares de metros de diámetro.

Mientras periódicos y revistas hablaban alegremente de la posibilidad de una invasión extraterrestre procedente de otras estrellas (Marte por aquel entonces estaba ya muy devaluado) e incluso no faltaban quienes afirmaban que la Tierra se encontraba frente a la segunda venida de Cristo, Mahoma o Buda según gustos personales, los astrónomos, mucho más pragmáticos ya que al fin y al cabo era ésta su obligación, decidieron enfocar un radiotelescopio hacia el cuerpo al tiempo que cruzaban los dedos...

Y por increíble que parezca, obtuvieron resultados positivos. El objeto respondió inmediatamente a las llamadas de la Tierra emitiendo a su vez un mensaje completamente ininteligible pero indudablemente codificado por una mente inteligente. Ya iniciado el contacto lo demás resultaría muy sencillo, máxime cuando transcurridos apenas algunos meses su interlocutor se mostró perfectamente capaz de expresarse con toda corrección en idiomas tales como español, ruso, inglés, chino, francés e italiano.

Con media comunidad científica volcada en el estudio de la astronave (porque ya no cabía la menor duda de que lo era), no se tardó mucho en poder dialogar con el ser que

tripulaba el vehículo interestelar. Y, por vez primera en la historia, los hombres fueron conscientes de que no eran los únicos... ni probablemente los primeros.

El intercambio de información, al cual accedió gustosamente el alienígena, resultó ser sumamente fructífero para ambas partes. Los científicos terrestres pudieron obtener de primera mano todo un aluvión de datos que, sin ayuda, hubieran tardado varios siglos en recopilar, y el extranjero por su parte pudo saciar su curiosidad acerca de temas tales como la evolución de la vida en la Tierra o la articulación de la compleja trama social de los habitantes del planeta.

No hubo apenas límites a este intercambio de ideas; tan sólo se plantearon reservas (lógicas, al menos para los responsables gubernamentales) a la hora de comunicar secretos militares o tecnológicos, mientras que por parte del visitante resultaron infructuosos todos los intentos de obtener información sobre su metabolismo e, incluso, sobre su propio aspecto físico.

Fueron muchas las cábalas que se hicieron acerca de la razón de esta aparentemente absurda negativa, pero la promesa hecha por el extraterrestre de que pasado un tiempo prudencial descendería sobre la Tierra, hizo acallar todos los rumores. De hecho la nave había descendido ya... ¿Pero qué estaría haciendo en estos momentos el ser que se cobijaba tras sus recias paredes metálicas?

Djxlmrqs -ésta era la transcripción más aproximada que se podía hacer de su enrevesado nombre- ultimaba los preparativos para el contacto. De hecho tan sólo le faltaba ya un último detalle no por ello menos importante: tenía que decidir la forma física más apropiada para el acontecimiento ya que él, al igual que la totalidad de los miembros de su especie, carecía de forma propia pudiendo adoptar la más apropiada para cada momento.

Éste, y no otro, había sido el motivo de su negativa a dar el menor detalle sobre su aspecto; conocía perfectamente las perniciosas consecuencias que habían acarreado los bruscos contactos entre su especie y varias civilizaciones primitivas, choques agravados por la peculiar fisiología de la misma, única en toda la superpoblada galaxia. *Djxlmrqs* era plenamente consciente del riesgo en que incurriría en el caso de que se mostrara ante los terrestres con su verdadero aspecto, y por ello había decidido adoptar una forma rígida - ¡con lo incómoda que resultaba!- que mantendría mientras las circunstancias así lo aconsejaran.

Pero a pesar de que el plazo de tiempo se agotaba, *Djxlmrqs* continuaba aún en su cómoda y habitual conformación ameboide. Tan sólo necesitaría algunos segundos para adoptar su disfraz, pero aún dudaba sobre cual escoger. Evidentemente una forma demasiado extraña o amenazante alarmaría de forma innecesaria a los terrícolas, pero por otro lado estaba convencido de que tampoco sería conveniente mimetizarse en un ser humano ya que su conocimiento de la especie, obtenido exclusivamente a través de las

emisiones de televisión captadas en órbita, no era lo suficientemente completo como para atreverse a correr el riesgo de incurrir en un embarazoso y desagradable error.

Lo más factible sería, sin duda, adoptar la forma de algún ser que, sin ser humano, sí fuera conocido por sus anfitriones; esto le permitiría acercarse a ellos sin demasiados problemas mientras que la posibilidad de un error quedaría de esta manera muy minimizada. Rápidamente recordó una forma humanoide que había tenido ocasión de contemplar en un corto fragmento de una de las ficciones que los humanos denominaban películas y que él, al ser incapaz de comprender a pesar de entender perfectamente los diálogos, solía dejar de lado apenas visualizados algunos momentos.

Recordaba perfectamente la apariencia física de aquel ser, y por lo tanto, no tendría la menor dificultad en adoptar un aspecto en todo semejante a él; con una pequeña salvedad. A pesar de la gran versatilidad de su cuerpo, su masa siempre tenía que mantenerse constante y, aunque podía modificar en ciertas proporciones su volumen, existían de hecho unos límites que no se podían rebasar. *Djxlmrqs* conocía perfectamente el tamaño de los terrícolas y sabía que, por mucho que se comprimiera, su cuerpo seguiría siendo algo más grande de lo ideal.

Encogiéndose filosóficamente de hombros (o mejor dicho, realizando el gesto equivalente ya que, a pesar de su nueva forma corporal, *Djxlmrqs* ignoraba estas pequeñas costumbres terrestres), el extraterrestre se dirigió hacia la puerta de la nave desgranando mentalmente los segundos. Cuando por fin llegó el momento abrió triunfalmente la misma, enfrentándose al rectángulo azul de cielo que se recortaba frente a sus recién formados e inoperantes ojos. El contacto era ya un hecho.

* * *

Faltaban tan sólo unos segundos para que la puerta de la nave se abriera. En la explanada, el silencio se podía cortar con un cuchillo. En el centro de la misma, frente el majestuoso aparato, se encontraban tres personas: el presidente de los Estados Unidos de América, el secretario general de la Organización de las Naciones Unidas y el alcalde de la ciudad de Nueva York. Estos tres insignes políticos serían por derecho propio quienes dieran la bienvenida al extraño en nombre de toda la humanidad; bienvenida que estaba ya a punto de producirse.

Una de las cuestiones que mayor polémica había desatado en todo el planeta era la hipotética constitución física del recién llegado. Había quien opinaba que tenía que tratarse necesariamente de un humano o un humanoide, aunque no faltaban tampoco los defensores de la tesis que postulaba que una evolución convergente en dos planetas separados por un abismo de varios años luz era poco menos que imposible, por lo que cabía esperar con toda seguridad el descubrimiento de una forma de vida totalmente extraña a los esquemas imperantes en la Tierra. Otros había también, aunque éstos eran minoritarios, que defendían

todo un abanico de posibilidades que iban desde los enanos cabezones hasta los pulpos flotantes, pasando por todo un aquelarre de seres tan aberrantes como cerebros gigantes, insectos monstruosos, vegetales andantes o robots autorregenerables... Sólo una de estas teorías, como mucho, tendría razón, ¿pero cuál?

Pronto, muy pronto, saldrían todos de dudas. La puerta ya se estaba abriendo y, tras ella, se perfilaba el bulto del extraño que salió finalmente a la luz... Que levantó su mano a la vez que formulaba en voz alta un ritual y estudiado saludo... Y que...

Nunca se supo quién de entre todos los allí presentes gritó primero; lo cierto fue que apenas unos segundos después toda la explanada era un maremágnum de lamentos, exclamaciones de terror, carreras e imprecaciones. Jefes de estado, periodistas y militares desde generales hasta soldados, democráticamente hermanados en su pugna por huir desesperadamente del interior del triple recinto, dejaron desalojada la amplia explanada en un tiempo tan breve que, apenas unos minutos después de abierta la puerta de su nave, el extraterrestre se encontró con que era el único ser vivo existente en varios kilómetros a la redonda. Los aviones habían desaparecido del cielo como por ensalmo y, para alivio de los telespectadores, las abandonadas cámaras de televisión mostraban tan sólo porciones impolutas de cielo.

Sorprendido y, por vez primera en su vida perplejo, *Djxlmrqs* recorrió con sus sentidos (sería inútil definirlos como visión) el desolador entorno que le rodeaba: Tan sólo quedaban las vacías gradas y el heterogéneo material precipitadamente abandonado por sus propietarios, material que abarcaba desde baterías de cohetes tierra-aire hasta teléfonos portátiles y cámaras fotográficas pasando por las olvidadas cuartillas del discurso presidencial que yacían ahora a sus pies; esta abigarrada colección de objetos inanimados era cuanto restaba de la espectacular comisión de bienvenida que aguardara en torno a él apenas unos minutos antes. Y de repente, tuvo la desagradable impresión de que su misión había fracasado estrepitosamente.

¿Por qué razón? Probablemente nunca lo sabría. Lo cierto era que nada le quedaba ya por hacer allí y que un segundo intento de acercamiento resultaría tan infructuoso como el primero. De repente se sintió incómodo: había olvidado que aún continuaba con la incómoda y rígida conformación humanoide que de nada le servía ya, por lo que automáticamente la disolvió volviendo a adoptar la ameboide que le era propia.

Pensativo volvió a su cabina. Él no era un científico sino un simple comerciante que se había desviado inadvertidamente de su ruta yendo a parar a una de las regiones más salvajes y atrasadas de toda la galaxia. Sí, ya le habían advertido que poco podría obtener intentando comerciar con tan primitivos seres, y también sabía que, precisamente por eso, nadie se había molestado en viajar hasta allí desde hacía varias revoluciones galácticas. Pero él había creído que al menos podría amortizar el gasto energético, y por otro lado un

insignificante retraso de algunas revoluciones planetarias apenas le haría perder algo de tiempo.

Pero algo había ido mal a pesar de su meticuloso acercamiento. ¿Habría sido su caracterización? Lo dudaba. En el fragmento de película del cual se había inspirado, este humanoide (Frankenstein se llamaba, si no recordaba mal) convivía con los humanos sin que éstos mostraran demasiada extrañeza... ¡Si hasta los niños y los ancianos se relacionaban amistosamente con él! Y el hecho de que su altura fuera ligeramente mayor que la del original, apenas unos cuatro metros según el sistema de medidas terrestre, no había modificado substancialmente su aspecto.

Lamentándose por toda la energía despilfarrada tan inútilmente, *Djxlmrqs* se acomodó frente a los controles al tiempo que seleccionaba cuidadosamente su próximo destino: tendría que ser lo suficientemente rentable como para que le permitiera cubrir las pérdidas de su fracasado viaje a la Tierra. Afortunadamente la mayoría de los habitantes de la galaxia solían ser mucho más inteligentes... Ahora comprendía por qué nadie visitaba nunca este planeta; desde luego, él no volvería a perder el tiempo tan miserablemente. ¡Al precio que estaba la energía!

-*¡Qué extraños son los terrícolas!* -suspiró al tiempo que conectaba el contacto de su astronave.

Y se marchó.

PELEA DE GALLOS

UNO

Era un soleado día de abril cuando la desconcertante, pero no por ello menos cierta noticia saltó a los teletipos de las agencias informativas: Suiza y Austria, dos de las naciones más pacíficas y civilizadas del planeta, se habían enzarzado repentinamente en una violenta disputa armada.

Los motivos que provocaron este conflicto bélico, como suele ocurrir en estos casos, permanecían razonablemente confusos, difiriendo según fuera uno u otro de los bandos la fuente de información consultada. Parecía ser, no obstante, que todo había comenzado a causa del minúsculo principado de Liechtenstein, poco más de ciento cincuenta kilómetros cuadrados desgajados en su día del extinto Imperio Germánico; este pequeño estado, empotrado entre los dos países beligerantes, gozaba desde hacía mucho de soberanía propia, aunque tenía establecidos algunos vínculos políticos con su vecina Suiza.

Hasta entonces la situación había permanecido estable, pero repentinamente tanto un país como el otro habían manifestado de forma simultánea su deseo de incorporar a sus respectivos territorios el pequeño principado. Austria alegaba el carácter germánico de sus pobladores, mientras Suiza aducía a su favor la larga vinculación mutua entre ellos; pero lo cierto era que, mientras los habitantes del principado asistían atónitos a una disputa que ni deseaban ni habían provocado, los ejércitos de sus dos vecinos, unas fuerzas armadas caracterizadas durante largo tiempo por su carácter estrictamente defensivo, se enfrentaban violentamente a todo lo largo de su frontera común en una guerra de conquista propia de pasados siglos.

Pasaron los días y, mientras toda Europa contemplaba perpleja esta confrontación que nadie se hubiera atrevido a sospechar, la guerra abierta entre los dos pequeños países centroeuropeos alcanzaba rápidamente unos niveles realmente alarmantes en una región caracterizada desde hacía mucho tiempo por su gran estabilidad política. Todos los países europeos veían con estupor la fulgurante escalada de un conflicto que ni deseaban ni se veían capaces de controlar, al tiempo que ciudades tan cargadas de simbolismo como Viena, Salzburgo, Berna o Ginebra, eran despiadadamente bombardeadas y convertidas en poco más que unos informes montones de escombros.

La guerra duró exactamente treinta y un días, pero sus consecuencias fueron tan trágicas como irreversibles. Aceptada al fin la tregua propuesta por las Naciones Unidas, tanto Austria como Suiza tendrían tiempo para lamerse sus heridas... Heridas que necesitarían mucho tiempo para cicatrizar. Amén de las siempre lamentables, y en este caso

cuantiosas, pérdidas humanas, había que sumar el práctico hundimiento de dos de las hasta entonces más sólidas economías del planeta.

Pero lo más grave, empero, fue la irreversible pérdida de prestigio por parte de dos estados que habían basado hasta entonces su política internacional en una estricta neutralidad y en un escrupuloso respeto de la paz y la libertad entre los pueblos. Así, mientras Austria se veía sacudida por un estupor nacional sin parangón desde los lejanos días del desmembramiento del imperio austro-húngaro y la posterior anexión a la Alemania nazi, apareciendo entre sus frustrados habitantes una peligrosa tendencia a la asunción de un régimen político autoritario, Suiza contemplaba cómo se desmoronaba su peculiar y hasta entonces sólida economía a la vez que surgían en su seno toda una serie de tensiones separatistas que amenazaban con hacer estallar a esta nación en mil pedazos. Mientras tanto los sufridos habitantes del pequeño y torturado Liechtenstein volvían a recobrar su ahora garantizada independencia, al tiempo que contemplaban desolados el triste estado en el que había quedado su minúsculo país, todo un símbolo a partir de entonces de las altas cotas a las que podía llegar la estupidez humana.

Bastantes años después haría fortuna una frase acuñada por alguien cuyo nombre la historia ha olvidado. La frase en cuestión, afirmaba lo siguiente:

De entre todos los miles de guerras y conflictos de los cuales la historia ha guardado recuerdo, existe una, la de los Alpes, que pasará a los anales del planeta como el ejemplo más absurdo, estúpido y gratuito del comportamiento humano. Después de esta inútil guerra, jamás nadie en este planeta podrá dejar de sentir la vergüenza de considerarse perteneciente a esta irracional humanidad; nadie podrá evitar reconocer que, pese a nuestros varios milenios de historia, continuamos estando aún mucho más cerca de los animales que de las especies civilizadas que presumiblemente deben de poblar la incommensurable vastedad del universo.

DOS

En algún lugar de la vasta galaxia dos seres dialogaban. Para los ojos de un terrestre tan sólo existirían las estrellas brillando inmutables y marcando con sus puntos de luz los estrechos límites de la percepción humana; pero estos seres existían, en forma de radiación distinta a todo lo conocido, y aun lo sospechado, por los científicos de aquel remoto rincón del cosmos conocido con el nombre de la Tierra... Existían sin duda, extendiendo sus inmateriales cuerpos a lo largo de centenares, quizá miles de parsecs.

Indudablemente eran seres inteligentes, regidos sus cuerpos y sus mentes por unas leyes físicas diferentes por completo a las habituales entre los terrestres, pero no por ello menos eficaces... Ya que estos seres no solamente eran plenamente conscientes de su existencia, sino que estaban además perfectamente capacitados para interrelacionarse con su entorno inmediato, un entorno que era de hecho la totalidad de la galaxia, gracias a un sistema sensorial ni tan siquiera soñado por las limitadas mentes terrestres. Y hablaban a su manera, intercambiando información merced a un sofisticado sistema de símbolos y conceptos abstractos que dejaba atrás, muy atrás, a cualquier rudimentario lenguaje humano... Sería imposible por ello transcribir de una manera exacta su diálogo a cualquiera de los idiomas inteligibles para nosotros, pero aunque de una manera inevitablemente parcial y necesariamente aproximada, se puede suponer que decían algo parecido a lo siguiente:

-¿Ves cómo tenía razón? Fue una lucha muy interesante.

-Pero violaste las normas pactadas; acordamos que no los induciríamos más allá del tercer nivel.

-¡Oh, no exageres! Únicamente elevé en medio (*unidad de medida intraducible*) el potencial normal de alteraciones psicosociales; esto no pudo tener ninguna consecuencia cualitativa, sino tan sólo levemente cuantitativa.

-No estoy de acuerdo contigo; estos seres presentaban un nivel de inercia social treinta (*intraducible*) mayor que la media planetaria; jamás se hubieran enfrentado entre sí de no haberlos incitado de la manera en que lo hiciste.

-¿Ya estáis molestando de nuevo a ese planeta? -interrumpió una tercera voz-. Vais a conseguir que el Gran Consejo prohíba vuestros absurdos juegos.

-Será porque tú nos denuncies -le espetó con brusquedad el primero de los interlocutores-. Siempre te estás metiendo en nuestros asuntos.

-Tiene razón -le apoyó su compañero-. ¿A ti qué te importan nuestros juegos? A nadie hacemos daño con ellos.

-¿A nadie? ¿Y qué me decís de esos pobres seres?

-¿No pensarás que esos míseros animales puedan tener sentimientos? Apenas alcanzan el subnivel cinco de inteligencia, uno de los más bajos de toda la galaxia.

-Aunque así sea, a su manera tienen una cierta actividad mental. Son seres vivos, y como tales hay que respetarlos.

-Son animales. -terció su otro interlocutor- Y como animales hay que tratarlos. Además, nosotros no hacemos nada ilegal.

-Ilegal no, pero carente de ética sí. ¿Os parece poco dañino haberos dedicado a azuzar durante cinco (*medida de tiempo indeterminada*) a estos inocentes seres para que se peleen entre ellos? Sois los culpables de la práctica totalidad de sus conflictos violentos, conflictos que son vuestra distracción pero que suponen la mayor lacra de su corta historia. ¿Es que no podéis dejarlos en paz?

-Yo creo que no le falta razón -intentó mediar uno de los dos amigos-. La verdad es que nos estamos pasando un poco... Hemos impedido que estos seres alcanzaran un mayor desarrollo social y los hemos convertido en una de las razas menos avanzadas de la galaxia. Sin embargo hemos fomentado su desarrollo tecnológico y les hemos puesto al borde mismo de la autodestrucción, lo que nos dejaría sin distracción.

-¡Bah! Ya buscaríamos otros sustitutos. Hay muchos planetas habitados en la galaxia.

-¡Pero no es eso! -exclamó el proteccionista-. No tenéis el menor derecho a inmiscuirnos en su vida. Nuestro movimiento propugna la no intervención en la ecología galáctica, y no dudéis que tarde o temprano conseguiremos...

-Puede que acabéis saliéndoos con la vuestra -cortó secamente el más irreductible de sus dos oponentes-. Tú y toda esa caterva de proteccionistas reprimidos que sólo sabéis disfrutar impidiéndonos cualquier diversión a todos los demás; pero mientras tanto, haremos lo que nos venga en gana con nuestro planeta. De nada servirán tus tontos escrúpulos, así que haz el favor de dejarnos en paz.

Mascullando el equivalente a las maldiciones humanas, el tercer ser se alejó hacia otras regiones galácticas al tiempo que los dos amigos retornaban a su, para ellos, inocente juego. En la Tierra, mientras tanto, acababa de estallar una nueva guerra.

EL ESPÉCIMEN

Era mi período libre, el primero que disfrutaba en tres ergos, y mis hijos me recordaron una vez más mi incumplida promesa de llevarlos a visitar el bestiario. A mí, la verdad, me apetecía más enfrascarme con mi inconclusa teoría del Campo Hipergaláctico, pero las obligaciones familiares eran las obligaciones familiares... Así pues, fuimos al bestiario. Una vez allí, mientras los chicos se divertían observando en su propio ambiente a los enormes y estúpidos drombellarios, a los escurridizos sípteros y a tantos otros animales procedentes de los más remotos confines de la galaxia, yo me escabullí sigilosamente en busca de la Sala de Pensamientos más próxima en un intento postrero de encontrar siquiera un momento para poder desarrollar mi teoría.

Pero no pude llegar a ella ya que, apenas hube abandonado la zona donde dejara a los chicos, me encontré frente a Dwinn, un antiguo compañero de mis tiempos de estudiante al que hacía muchos plonii había perdido el rastro. Por tal motivo nuestro mutuo saludo resultó ser notablemente más afectuoso de lo habitual; por fortuna, el lugar en el que nos encontramos estaba completamente vacío a excepción de nosotros dos. Pasadas las efusiones iniciales, mi amigo me explicó que se había especializado en la captura y conservación de animales exóticos que posteriormente vendía a los bestiarios de toda Ulm; precisamente se encontraba ahora en la capital con objeto de supervisar la correcta aclimatación de su última captura, un extraño bípedo de metabolismo basado en el carbono y el oxígeno al cual había encontrado en el interior de un tosco vehículo que vagaba sin rumbo por las proximidades de la Gran Nebulosa.

Yo nunca he sido demasiado aficionado a la exobiología, pero Dwinn se mostraba sumamente orgulloso de su trabajo -“*No puedes imaginarte lo delicado que resulta recrear con exactitud el medio ambiente de tan extraños seres sin que descubran que se hallan fuera de su hábitat normal*”, me dijo- e insistió en enseñarme el fruto de su último trabajo. Era evidente que no podía rechazar su invitación sin mostrarme descortés, por lo que muy a mi pesar tuve que acceder a regañadientes a acompañarlo; por fortuna, mi amigo estaba tan entusiasmado que no llegó a descubrir mi mal disimulada desgana.

Juntos nos dirigimos hacia una zona del bestiario que se encontraba cerrada al público -estaba en remodelación, me dijo Dwinn de pasada- hasta llegar finalmente frente a una de las barreras energéticas que constituían el límite entre la zona pública del bestiario y los distintos habitáculos de los animales. Mi amigo la atravesó sin vacilar y yo le seguí a continuación no sin cierto reparo por mi parte. No sé definir con exactitud que era lo que yo esperaba encontrar tras la barrera, pero a fuer de ser sincero he de reconocer que me sorprendí.

A pesar de mi cuidado en evitarlo Dwinn debió de captar al menos una parte de mis pensamientos (siempre he tenido la poco recomendable costumbre de pensar en voz demasiado alta), por lo que se volvió hacia mí preguntándome con afabilidad no exenta de diversión la razón de mi sorpresa, sorpresa que con toda seguridad esperaba.

-¿Curioso, eh? Puesto que ignorábamos absolutamente todo acerca de su hábitat natural, optamos por reproducir lo más minuciosamente posible el interior de su vehículo... Y aquí tienes el resultado. -concluyó con satisfacción.

Realmente he de reconocer que me sorprendí; no había la menor duda de que mi amigo había realizado un excelente trabajo. Nos encontrábamos en un pequeño cubículo de apenas diez o doce kicler cúbicos, todo él abarrotado de primitivos pero curiosos aparatos de operación manual hasta cierto punto similares a los que nuestra propia especie había utilizado en los albores de la civilización. La luz, observé con desagrado, era demasiado mortecina y tenía un repulsivo sabor a rancio, mientras la atmósfera, traslúcida y oscura, apenas si dejaba ver a su través debido sin duda a su alta densidad y a su gran riqueza en gases pesados, oxígeno y nitrógeno probablemente... Un ambiente escasamente acogedor para nosotros pero que sin duda debía de responder a las necesidades biológicas de su forzado inquilino.

Durante un instante me estremecí con desasosiego ante la posibilidad de quedar allí atrapado; era una idea completamente absurda, por supuesto, ya que como adulto que era sabía de sobra que en realidad me encontraba en un plano dimensional distinto... Pero lo cierto es que jamás he conseguido librarme del todo del absurdo temor que me invade siempre que visito cualquier complejo hiperdimensional, por lo que no es de extrañar que el realismo del montaje contribuyera, y no poco, a desatar mi atávico e incontrolable temor.

-En efecto. -comentó Dwinn haciéndose eco de mi muda pregunta- Éste es su medio ambiente natural.

-Pero la luz... -conseguí balbucir una vez repuesto de mi momentáneo trastorno.

-Las radiaciones cortas son muy perjudiciales para su organismo; lo mataríamos en muy poco tiempo si utilizáramos radiación de más de treinta far de frecuencia. Reconozco que es una incomodidad tener que observarlo en esta semipenumbra, pero... ¿qué le vamos a hacer? -se resignó con filosofía- Por cierto; ¿te has fijado en él?

Agudizando la vista conseguí no sin esfuerzo ampliar mi campo de visión hasta descubrir, en un extremo del habitáculo y sobre un reposador adaptado a su cuerpo, al curioso espécimen. ¡Gran Hacedor! ¿Cómo podían existir tales aberraciones de la Naturaleza? Porque tal ser era realmente extraño, el más extraño que jamás había tenido ocasión de contemplar. Por lo que pude apreciar, se trataba de un pequeño animal de apenas medio kicler de altura con tan sólo cuatro extremidades (dos, al parecer, con utilidad

puramente motora y las otras dos, las superiores, manipuladoras) y una pequeña cabeza (realmente era minúscula, incluso en comparación con la ridícula envergadura del ser) situada incongruentemente en la parte superior de su enteco cuerpo. Ignorante, por supuesto, de nuestra presencia, manejaba con sus torpes y rígidos miembros superiores uno de los aparatos situados frente a él al tiempo que emitía unos sonidos de baja frecuencia totalmente ininteligibles para mí.

-¿Es éste el animal? -pregunté a mi amigo- ¿Es inteligente?

-¡Oh, no! Apenas algo más que un trurz. -respondió con displicencia- Posee cierta capacidad tecnológica en el nivel subcinco y es capaz de emitir pensamientos moderadamente articulados, pero su pequeña mente tiene unas enormes limitaciones; imagínate que ni tan siquiera puede comunicarse telepáticamente o teleportarse...

-¿Que no puede...? ¿Cómo se desplaza entonces? ¿Cómo se comunica con sus semejantes?

-De la manera más primitiva que puedas imaginarte. Se desplaza apoyándose en sus dos extremidades inferiores y, en lo que respecta a sus medios de comunicación, parece ser que genera algún tipo de ondas elásticas en la atmósfera que le rodea; esas dos prominencias que posee a ambos lados de la cabeza tienen la función de recoger estas ondas que modula con la cavidad situada en la parte inferior de la misma.

-Pero si yo le he oído hablar en onda larga...

-Los sonidos que has oído son producidos por un aparato que transforma las ondas mecánicas en otras energéticas de baja frecuencia; fíjate si será primitivo su sistema sensorial, que tan sólo es capaz de detectar directamente una estrecha franja de la zona central de frecuencias, concretamente entre las cuatro y las siete décimas de far... Y eso lo hace exclusivamente con los dos pequeños órganos que posee en la parte superior de la cabeza, ya que el resto de su cuerpo es prácticamente insensible a cualquier clase de radiación. Por ello, gran parte de estos aparatos no tienen otra misión que la de recoger e interpretar toda la información que se escapa a su limitada percepción.

-Ciego, mudo... Y sin embargo se lanzó al cosmos. -comenté distraídamente al tiempo que escudriñaba con curiosidad por todos los rincones de la pequeña habitación.

-No le faltó valor. -corroboró mi amigo- Sobre todo, teniendo en cuenta que el cascarón de su nave apenas si era capaz de desarrollar una velocidad de tres macklas ¡por el espacio normal! Desconoce el hiperespacio y ni tan siquiera tenía protegida a su nave con un simple campo de fuerza; de no haber sido rescatado, la radiación de onda corta le hubiera matado en muy poco tiempo... Aunque de todas formas no creo que llegue a vivir más de tres o cuatro ergos; son unos seres realmente efímeros.

-¿Qué vais a hacer mientras viva?

-Dejarle tal como está ahora. Él cree que continúa en su vehículo ya que sus aparatos de detección han sido modificados de forma que den medidas falsas pero coherentes con las que obtendrían de continuar en el espacio. Estará protegido y cuidado y jamás se dará cuenta del cambio ni sospechará lo más mínimo de nuestra existencia. A su modo será feliz, y podrá morir por causas naturales.

Retornábamos a la agradable claridad del corredor cuando pregunté a mi amigo sobre la procedencia del alienígena; a pesar de mi inicial desinterés, había terminado por sentir curiosidad por el mismo.

-No lo sabemos con exactitud; -confesó éste- pero en todo caso debe de ser originario de alguno de los sistemas situados más allá del Tercer Brazo, ya que fue allí donde lo encontramos. Aunque todavía no hemos terminado de descifrar sus cartas estelares, sí podemos afirmar que no corresponden a ninguna región habitada del espacio.

-El Tercer Brazo... Eso está bastante lejos. -comenté sorprendido al tiempo que llamaba a mis despreocupados hijos.

-Sí, realmente está lejos, máxime si tenemos en cuenta lo primitivo de su vehículo. -corroboró Dwinn al tiempo que bloqueaba el campo de fuerza- Creemos que debió de perderse, ya que su rumbo no conducía hacia ningún lugar habitado en el momento en que lo interceptamos; probablemente sería arrastrado por una tormenta gravitatoria que le hizo atravesar la Gran Nebulosa antes de acabar a la deriva. Por cierto; descubrimos también que no dispone de más medios de comunicación que la simple modulación de radiación de onda larga, la misma que tú has oído antes. Ignoramos cómo pudo arriesgarse a viajar tan lejos de su planeta sin disponer siquiera de un sencillo comunicador hiperespacial; lo que demuestra una vez más que se trata de unos animales realmente estúpidos.

Mientras tanto mis hijos habían llegado. Recogí a ambos, no si protestas por su parte, en sus respectivos alvéolos y me despedí de Dwinn frotándole amistosamente los tentáculos. Ya me retiraba, cuando de repente me volví y le pregunté.

-¿Habéis podido descifrar su lenguaje? -acababa de recordar aquellos extraños sonidos que tan ininteligibles me habían parecido.

-¡Oh, sí! Por supuesto. -sonrió mi amigo- No resultó nada difícil, pero lo cierto es que no resulta nada interesante lo que dice; como ya te expliqué, su actividad mental es muy limitada. No hace sino repetir una y mil veces una llamada de socorro a su planeta, aunque no sé por qué se comporta de una manera tan ilógica; suponiendo que su aparato tuviera la suficiente potencia como para que sus ondas moduladas pudieran llegar hasta su base, aun en el caso de que hubiera continuado en el mismo lugar donde le encontramos una

hipotética expedición de socorro no habría podido llegar a él sino hasta mucho después de su muerte.

-¿Tiene nombre su planeta? -realmente no me importaba lo más mínimo, pero a pesar de todo seguía teniendo curiosidad.

-Sí, lo tiene, pero se trata de un nombre muy limitado ya que no define ninguna de las características del mismo; por absurdo que parezca se trata de un simple vocablo sin el menor significado: *La Tierra*, me parece que es.

Instantes después, y ya definitivamente despedidos, mis hijos y yo retornábamos a casa; todavía me quedaba algo de tiempo para dedicarme a cosas bastante más importantes que el estudio de los animales primitivos, por muy peculiares que éstos pudieran llegar a ser. Mis hijos, por supuesto, opinaban de otra manera.

UN ENCUENTRO ACCIDENTADO

No, realmente no se puede decir que el primer contacto entre extraterrestres y humanos fuera demasiado afortunado... Y es que, todavía hoy, en muchas regiones del mundo la gente continúa pasando mucha, pero que mucha hambre.

Además, para mayor desgracia, los extraterrestres resultaron ser muy poco nutritivos.

LA PRIMERA INVASIÓN

La primera invasión extraterrestre fue realmente breve; duró, exactamente, diecisiete días. Una vez que los enormes platillos volantes abandonaron definitivamente el cielo de la Tierra, la embriaguez del júbilo impidió a los terrestres preguntarse el porqué de tan repentina marcha.

Más tarde, cuando el planeta comenzó a recobrar el pulso perdido, esta información no tardó en ser declarada secreto de estado y como tal silenciada por la práctica totalidad de los gobiernos terrestres. Sin embargo, durante bastante tiempo circularon multitud de rumores jamás desmentidos sobre las causas que habrían motivado su súbita partida: Al parecer, para el delicado paladar de los extraterrestres la carne humana había resultado ser demasiado dura.

UN MENSAJE EXTRATERRESTRE

La excusa de que los ovnis sólo se aparecían a personas aisladas en lugares remotos sin dejar luego la menor huella tangible de su paso, principal argumento de aquéllos que negaban sistemáticamente su existencia, quedó pulverizada por completo el día en el que oleadas de platillos volantes invadieron los cielos de todo al planeta al tiempo que arrojaban centenares de millones de unos extraños objetos que rápidamente despertaron la curiosidad, cuando no el interés, de todos aquéllos que tuvieron acceso a ellos sin distinción de razas, cultura o edad.

Desde las sofisticadas ciudades europeas hasta las más recónditas junglas tropicales, desde la misma megalópolis neoyorquina hasta las remotas y desoladas estepas de Asia Central, no hubo prácticamente ningún rincón de la Tierra, a excepción de ambos polos, que se viera libre de la invasión de las extrañas octavillas... Porque eso eran, o parecían ser, las oblongas y flexibles láminas que constituían el regalo de los desconocidos extraterrestres.

Como era natural, las reacciones ante tan insólito hecho resultaron ser sumamente variadas. Hubo algunas culturas primitivas, como sucedió con numerosas tribus de pigmeos o de papúes, que interpretaron la lluvia de objetos caídos del cielo como un legado de los dioses, venerándolos como tales. En algunos países con regímenes totalitarios los dictadores de turno ordenaron rápidamente su recogida calificando a las octavillas como propaganda subversiva... Aunque la reacción más curiosa fue sin duda la protagonizada por algunos miembros de la secta amish la cual, como es sabido, rechaza de plano todo aquello que se pueda identificar con el progreso tecnológico; convencidos éstos de que tan sólo podía tratarse de una maniobra de las fuerzas del averno, intentaron infructuosamente purificar con el fuego todas aquellas octavillas caídas sobre su territorio, optando finalmente ante su fracaso -el fuego fue incapaz de producirles la más mínima mella- por arrojar los objetos diabólicos fuera de su colonia, consiguiendo así que los impíos pobladores del exterior cargaran con los frutos de sus pecados.

Mientras tanto el Vaticano guardaba un sepulcral silencio al tiempo que negaba categóricamente todas aquellas noticias aparecidas en los medios de comunicación según las cuales la jerarquía católica habría procedido al urgente envío de exorcistas a varias zonas rurales del sur de Italia; las jerarquías musulmanas, o al menos algunas de ellas, clamaban airadamente contra la impiedad occidental, e incluso el representante ante la ONU de un pequeño país africano llegó a solicitar una reunión urgente del Consejo de Seguridad para debatir y condenar la nueva agresión de las potencias occidentales a los países del Tercer Mundo. Los defensores de la existencia de visitantes extraterrestres, por su parte, iniciaron una fuerte campaña de prensa en todos los medios de comunicación europeos y norteamericanos, es decir, en aquéllos que les dejaban, habiendo quien incluso

llegó a manifestar que las ya famosas octavillas traían un mensaje destinado a salvar al mundo del holocausto nuclear. Los detractores de estas teorías, por el contrario, reaccionaron a su vez con un mutismo total, llegando a correr algunos rumores no confirmados que afirmaban que la muerte accidental de un conocido astrónomo norteamericano había sido en realidad un suicidio provocado por un grave descubrimiento suyo.

Pero urgía una solución. El método científico afirma que todo aquel hecho constatable experimentalmente ha de ser estudiado y reproducido por observadores independientes, por lo cual, aplicando esta metodología que tan buenos resultados había rendido a la civilización occidental, científicos de todo el mundo comenzaron a estudiar con todo detenimiento las abundantes muestras de tecnología alienígena que ahora tenían en sus manos... Sin que sus resultados pudieran ser calificados sino como sumamente decepcionantes.

Las hojas estaban compuestas, según se pudo determinar por métodos espectroscópicos, por un material sintético, probablemente un polímero, cuya constitución escapaba por completo a todo lo conocido hasta entonces por la química terrestre. Y si bien los elementos que lo componían eran perfectamente conocidos (media docena de metales ligeros, abundante flúor, carbono, algo de oxígeno y silicio y bastante hidrógeno), nadie alcanzó a explicar cómo estos átomos podían llegar a enlazarse entre sí para constituir el material en cuestión.

Pero lo más sorprendente de todo eran, sin duda, sus insólitas propiedades físicas. Más duro que el diamante a la vez que tenaz y resistente a los cortes, e inatacable por el calor o la presión, demostró ser asimismo totalmente inerte frente a los más enérgicos reactivos químicos. Tanto los rayos X como los gamma fueron incapaces de atravesarlo a pesar de que el grosor de las láminas no excedía de algunas décimas de milímetro y a pesar también de que ni el plomo ni ningún otro metal pesado estaban presentes en su composición. Su densidad, por último, era inhabitualmente baja, apenas algo superior a la de un plástico corriente, lo cual contribuía todavía más al desconcierto de los estudiosos.

Sin embargo, y a pesar de tratarse del material más indestructible e inerte que jamás había pasado por mano humana alguna, su apariencia externa no podía ser más inofensiva llegando a aparentar, incluso, una atractiva fragilidad. Suavemente irisado a la vista - realmente era muy difícil precisar cual era su auténtico color-, al tacto se mostraba aterciopelado y agradablemente cálido. Según un estudio de la universidad de Berkeley, las octavillas reflejaban toda la gama de la luz visible junto con algo del ultravioleta cercano, lo que hacía suponer que su lugar de procedencia debía de ser un planeta que girara en torno a una estrella algo más caliente que nuestro sol, o bien uno cuya atmósfera dejara pasar bastante más radiación ultravioleta que la de la Tierra. También emitía, merced a un

no demasiado bien comprendido mecanismo de fosforescencia, la radiación infrarroja que era, al parecer, la responsable de la tibieza de su superficie.

No menos intrigó a los investigadores la emisión de un suave ronroneo -no acertaron a calificarlo de otra manera- de muy baja intensidad y al límite de la audición humana, a una frecuencia de unos cincuenta hertzios, perfectamente detectable con los instrumentos adecuados. Según todos los indicios se trataba de un sonido suavemente modulado y cíclico, con un período de repetición de algo más de veintitrés segundos.

No obstante su importancia, ninguno de estos hechos que tan alborotada tenían a la comunidad científica mundial llegaron a trascender en profundidad al gran público, mucho más interesado en otra faceta no menos intrigante de las omnipresentes láminas: Su mensaje escrito, porque sin duda alguna eso debía de ser la extraña sucesión de puntos y trazos que aparecía grabada en una de sus caras. Fuese lo que fuese, se pudo comprobar que en todos los casos se trataba de la misma disposición gráfica, sin que variara lo más mínimo de una octavilla a otra.

Huelga decir que tampoco en este campo se pudo obtener la menor información fidedigna ya que tanto los más prestigiosos lingüistas como los más afamados expertos en claves y códigos secretos se estrellaron contra el muro del fracaso más absoluto. De nada sirvieron los ordenadores más potentes y los programas más sofisticados; el mensaje continuó siendo tan indescifrable como el primer día, sin que el hecho patente de que las fluctuaciones luminosas y sonoras estuvieran ligadas con toda probabilidad a la extraña escritura sirviera en lo más mínimo para arrojar algo de luz sobre tan oscuro e impenetrable problema.

Como cabe suponer, tamaño fiasco trajo como consecuencia una sensación de frustración colectiva que llegó a hacer tambalearse peligrosamente a los hasta entonces sólidos pilares del racionalismo cartesiano. Cuestiones admitidas como evidentes y universales se mostraban ahora particulares y propias de la especie humana, mientras la creencia de que la inteligencia era un fenómeno universal y compartido por encima de la disparidad de los soportes biológicos comenzaba a resquebrajarse por momentos; quizá los famosos mensajes de que eran portadoras las sondas espaciales norteamericanas fueran, a la postre, tan ininteligibles para sus hipotéticos receptores como las octavillas lo eran para los terrestres.

Nunca se hubiera sabido en que habría podido acabar esta profunda crisis de no mediar un nuevo factor que consiguió acabar, si bien de una manera inesperada, con ella: Tres meses escasos después de la aparición de las octavillas, y cumpliendo escrupulosamente con las más clásicas descripciones de la literatura de ciencia ficción, un enorme platillo volante se cernió majestuosamente sobre el cielo de Nueva York en las proximidades del inconfundible edificio de las Naciones Unidas. Es evidente que no resultó necesario que sus tripulantes preguntaran por el responsable máximo del planeta tal como parecían

mandar los cánones; vista la patente relación existente entre el vehículo espacial y el mensaje extraterrestre, el secretario general del alto organismo internacional se aprestó a convocar inmediatamente en sesión extraordinaria a la Asamblea General a pesar del carácter festivo del día.

Apenas unas horas después (previamente los alienígenas había establecido contacto por radio solicitando una entrevista), una delegación de los extraños visitantes hacía su histórica entrada en el gran foro internacional mientras la televisión se encargaba de retransmitir sus imágenes por todo el mundo: tres hombrecillos entecos con grandes cabezas calvas y unos enormes ojos facetados que parecían escrutar hasta el menor detalle de su entorno. No, su piel no era de color verde sino más bien tirando a cetrina... No se puede pedir a los escritores de literatura fantástica que acierten en todo.

Para empezar, y hablando en un impecable inglés (luego se supo que también dominaban a la perfección el español, el francés, el ruso y el chino junto con otra media docena más de idiomas terrestres), se apresuraron a pedir disculpas por su tardanza en aparecer a raíz de ser lanzados los folletos... Pero teníamos que comprender que les había llevado cierto tiempo aprender algunos de nuestros idiomas, al tiempo que necesitaron realizar también un estudio completo de los gérmenes y microorganismos patógenos existentes en el aire de nuestro planeta, en prevención de posibles infecciones frente a las cuales pudieran encontrarse inermes.

Acto seguido pasaron a debatir el tema en cuestión. Sí, habían sido ellos los autores del mensaje... Aunque todo se debía a un involuntario error que lamentaban profundamente. El verdadero destino de las octavillas era un sistema solar cercano, apenas a unos cuantos centenares de años luz de la Tierra; inexplicablemente, el convoy que las transportaba se había desviado de manera inadvertida de su ruta, circunstancia ésta que podía ocurrir con bastante facilidad al transitar por el hiperespacio al carecerse allí de posibles referencias que puedan servir de ayuda a la navegación. Lo cierto era que habían acabado en las proximidades de la Tierra sin haber advertido su error, por lo que procedieron a sembrar el planeta con las octavillas que tanto nos habían intrigado.

Como era de suponer, el mensaje de las mismas tenía forzosamente que sernos indecifrible por completo: Redactadas en idioma galáctico y acompañadas por una serie de mensajes luminosos, sonoros y táctiles comprensibles tan sólo para determinadas razas planetarias, difícilmente podrían haber sido interpretadas por una civilización atrasada (en relación con la media, por supuesto; se apresuraron a matizar) y que por ello se hallaba al margen de la organización galáctica. Pero la interferencia era ya inevitable y sólo cabía intentar subsanarla de la mejor manera posible, razón por la que habían decidido romper el aislamiento al que la Tierra, al igual que otros mundos primitivos, estaba sometida.

Ellos se comprometían a recoger la totalidad de las octavillas lanzadas que, a causa de su indestructibilidad y lo abultado de su número, estaban comenzando a causar problemas;

y, a modo de indemnización, prometían cedernos ciertos importantes conocimientos en el campo de la medicina y la agricultura. Lamentablemente aún no estábamos preparados para incorporarnos a la comunidad galáctica, razón por la que deberíamos continuar valiéndonos por nuestros propios medios todavía durante algún tiempo.

Realmente fueron muy amables; comprendieron también la curiosidad humana hacia las indescifrables octavillas cuyo misterio accedieron a explicar pese a que, volvieron a insistir, no estaban destinadas a nuestro planeta. Sí, estaban compuestas de un material condensado por métodos desconocidos para la tecnología terrestre que, lamentablemente, no podían describir con detenimiento al no ser expertos en la materia. En cuanto al mensaje en sí, éste se componía de dos palabras: La primera se podía interpretar aproximadamente como *absorba*, ya que en muchas razas no humanoides el concepto *beber* no tenía demasiado sentido. La segunda, por su parte, era completamente intraducible al tratarse de un nombre propio bajo cuya denominación se conocía en toda la galaxia -perdón, en casi toda- a una popular bebida refrescante o, según los casos, un líquido absorbible.

Evidentemente esta bebida no se comercializaba en la Tierra ni se haría mientras ésta se hallara aislada de la comunidad galáctica, circunstancia ésta muy lamentable ya que la calidad del refresco, elaborado con ingredientes procedentes de varias docenas de mundos distintos, superaba a todo lo conocido. Sí, ellos hubieran estado encantados de podérsela suministrar; por cierto, ¿habían olvidado decirnos que eran los representantes exclusivos de la marca en este sector estelar? Pero las leyes galácticas eran muy estrictas al respecto prohibiendo taxativamente el comercio con planetas cerrados al tráfico interestelar.

Desde entonces han pasado varios años y la Tierra ha recobrado su ritmo habitual. Los extraterrestres cumplieron con su promesa de recoger todas las octavillas; sin embargo, todavía no han vuelto para, tal como prometieron, enseñarnos cómo combatir el cáncer o el sida, o cómo hacer fértiles a los desiertos... De hecho, los únicos recuerdos que quedan en nuestro planeta de la primera visita procedente de otros mundos son, además de la avalancha de papel impreso conservado en las hemerotecas, los varios millones de octavillas que conservan, a modo de recuerdo, numerosos ciudadanos de todos los países del planeta; aunque, de hacer caso a rumores no confirmados, varias cajas de botellas de la famosa bebida estarían celosamente custodiadas en los sótanos del Kremlin y de la Casa Blanca.

DELENDIA EST RATIO

Durante miles de millones de años, los pkarr habían practicado a todo lo largo y ancho de la galaxia lo que para ellos era simplemente una saludable y necesaria profilaxis aunque sus víctimas no hubieran dudado un instante en calificarlo como genocidio: el exterminio masivo y total de todas aquellas especies animales en las que hubiera brotado la chispa de la inteligencia.

Bajo su punto de vista tan drástico comportamiento no podía ser más lógico. Habiendo sido los primeros en abandonar la pura y simple animalidad y también los primeros en recorrer hasta el final la larga senda del intelecto, no deseaban que nada ni nadie pudiera llegar a disputarles su secular dominio de la galaxia. Para ellos la Vía Láctea no era sino su patrimonio personal que les pertenecía en exclusiva por el simple hecho de haber llegado los primeros... Y a buen seguro que no estaban en modo alguno dispuestos a compartirla con nadie.

Esto no quiere decir ni mucho menos que los pkarr se propusieran exterminar hasta el último brote de vida: Amén de que probablemente no hubieran podido llegar a hacerlo, lo cierto es que les gustaba disfrutar de todo aquello que les ofrecía su posesión galáctica incluido el universal fenómeno de la vida... Siempre y cuando su nivel de inteligencia no rebasara el correspondiente a un simple animal.

De hecho, los pkarr se comportaban igual que lo pudiera haber hecho un jardinero celoso de su trabajo mimando los arriates de flores al tiempo que arrancaban tanto las malas hierbas como todos los brotes de árboles que pudieran amenazar con su futuro crecimiento al majestuoso ejemplar que se alzaba solitario dominando toda la extensión del jardín.

Un buen día los responsables de uno de los sectores de la galaxia estimaron necesario erradicar un brote de inteligencia que se había producido en el tercero de los nueve planetas que conformaban el sistema solar de una pequeña estrella amarilla. La operación de limpieza se desarrolló, tal como cabía esperar, de una manera tan rápida como precisa; apenas tres ciclos temporales después la amenaza había sido conjurada al tiempo que se evitaba el menor trastorno en el delicado equilibrio ecológico del planeta, en el que todo seguía igual que antes a excepción del exterminio de varios miles de millones de seres vivos e inteligentes; al fin y al cabo, a ellos también les gustaban los animales.

* * *

A pesar del tiempo transcurrido desde que tuviera lugar la catástrofe, nadie en la Tierra ha conseguido aún explicarse la razón de la brusca extinción de todos los insectos sociales que poblaban el planeta a causa de una repentina esterilidad de las reinas de hormigas,

termitas y abejas, las cuales habían dejado de poner huevos... Y esto sin que se produjera el menor trastorno en equilibrios ecológicos tan delicados como la polinización o los hábitos alimenticios de tantos y tantos insectívoros, todos ellos reajustados tan perfecta como misteriosamente. De hecho, los únicos que parecieron echar de menos a los extintos insectos fueron los aficionados a la miel y a todos sus derivados.

EXPLORACIÓN PELIGROSA

El mismo día en que los extraterrestres aterrizaron por fin en la Tierra buscando establecer contacto permanente con sus habitantes racionales, tuvieron que marcharse horrorizados al descubrir que los terrestres -idénticos a ellos si bien mucho más atrasados culturalmente como, por otro lado, cabía esperar- eran esclavizados y cruelmente devorados por unos bípedos salvajes con los que fue totalmente imposible mantener la más mínima comunicación.

Y es que, a las primeras de cambio, estos bárbaros asesinos descuartizaban a cuantos exploradores caían en sus manos mostrando además especial predilección por las extremidades inferiores de los mismos a las que, en su burdo lenguaje, denominaban con el nombre de *jamones*.

EL PEOR CASTIGO

Es sabido por todos que la incorporación de la Tierra a la comunidad galáctica supuso, hace ahora varias décadas, un cambio trascendental y drástico en la vida de los terrestres. La tecnología, la economía, la práctica totalidad de las disciplinas científicas... Nada podía ser igual desde que descubrimos que no estábamos solos en el cosmos, y además comenzamos a relacionarnos -no siempre con resultados positivos- con los miles de civilizaciones que existían en la galaxia.

Sin embargo, y a pesar de que todos nosotros nos hemos visto afectados en mayor o menor medida por esta relación (¿quién no tiene en su casa algún producto alienígena?), lo cierto es que la interrelación cultural ha sido mucho menos intensa que la económica o la tecnológica, como por otro lado era fácil suponer. Y así, aunque hoy nos es familiar el aspecto físico de las principales razas extraterrestres y los medios de comunicación nos inundan con más noticias sobre ellos de las que podemos asimilar, lo cierto es que aún hoy son muy pocos los terrestres que se han relacionado en profundidad con nuestros vecinos.

Nada de particular tiene, por otro lado, esta circunstancia, repetida durante siglos a menor escala en nuestro planeta cuando la inmensa mayoría de las personas nacían, vivían y morían sin desplazarse mucho más allá de su lugar de residencia y sin relacionarse prácticamente nunca no ya con extranjeros, sino incluso con viajeros procedentes de fuera de su región... A pesar de saber perfectamente que existían otras muchas naciones en el mundo.

Comerciantes, navegantes (ahora sustituidos por astronautas), políticos, diplomáticos, científicos, algunos periodistas... Y poco más. Estos colectivos sí mantenían relaciones continuadas con los extraterrestres e incluso, en ocasiones, habían trasladado su residencia a otros planetas; pero se trataba de una fracción ínfima de la población de nuestro planeta y además, salvo en contadas excepciones, no solían preocuparse demasiado por las peculiaridades culturales y sociales de las razas extraterrestres. En consecuencia, estas culturas eran tan desconocidas en la Tierra como la cultura terrestre lo era fuera de nuestro sistema solar.

Sin embargo, el estudio de las mismas era tan apasionante como variadas resultaban ser sus diferencias. Si en la propia Tierra existían ya contrastes culturales importantes a pesar de tratarse de una única especie proveniente de un tronco común, es fácil imaginarse la infinita cantidad de variantes que podían encontrarse al comparar las distintas sociedades que habitaban en las estrellas. De hecho, muchas de estas peculiaridades eran imposibles de entender para una mente ajena a quienes las habían generado, lo que había provocado la creación de una especie de esperanto cultural que permitía las relaciones entre las distintas especies al precio de reducir éstas a un plano estrictamente superficial.

Realmente era muy difícil, cuando no prácticamente imposible, sumergirse en el seno de la mayor parte de las sociedades alienígenas, y eran muy pocos los terrestres que lo habían conseguido. En lo que a mí respecta mi profesión (recorría planeta tras planeta en busca de mercancías susceptibles de ser importadas a la Tierra) me facilitaba relativamente las cosas, por más que mi interés innato se estrellara casi siempre contra el férreo muro de la incomunicación intercultural. No obstante, y a pesar de todo ello, creo que puedo presumir de ser uno de los pocos terrestres que han llegado a comprender relativamente bien a los alienígenas... Aunque con ello no dejaba de ser el tuerto que reinaba en el país de los ciegos.

Estaba, pues, más que curado de espantos cuando llegué a Kalpunt, el planeta capital del imperio autuni. Era este imperio una de las grandes potencias tecnológicas y económicas de la confederación galáctica, pero su extremada lejanía de la Tierra había hecho que nuestros contactos con ellos fueran extremadamente limitados. Sin embargo yo estaba interesado en un nuevo modelo de convertidor de energía que acababan de patentar, por lo que me presenté allí con la mente libre por completo de prejuicios pertrechado con la escasa bibliografía que pude encontrar sobre los autunis.

En la práctica esta información me resultó muy poco útil, ya que se trataba de traducciones bastante malas de unos originales vaisaii que intentaban explicar el modo de vida autuni... Desde un punto de vista vaisaii, lo cual me era de muy poca ayuda dado que estos últimos no eran menos extraños que mis anfitriones ante los ojos de un terrestre.

Mucho más prácticos resultaron ser los consejos del encargado de negocios terrestres (ni siquiera teníamos embajada allí), un locuaz italiano que vegetaba en aquel perdido rincón del cosmos purgando probablemente el castigo a alguna inconfesada negligencia cometida en el desempeño de su labor diplomática. Reunido en su residencia con la totalidad de la colonia terrestre residente en Kalpunt (él, su estirada esposa y un sirviente que parecía mudo en llamativo contraste con la verborrea de mi anfitrión), tuve ocasión de conocer entre chisme y chisme algunos pequeños retazos de la compleja idiosincrasia autuni.

Así, supe que incluso bajo los tolerantes criterios que regían las relaciones internacionales, los autunis eran unánimemente considerados como unos bichos bastante raros. Reservados y herméticos, eran extremadamente celosos de su intimidad digamos cultural, aunque eso no impedía que se comportaran escrupulosamente con los escasos visitantes que recalaban en sus planetas. Respetuosos siempre con sus huéspedes, cultivaban la hospitalidad hasta extremos insospechados aunque, eso sí, manteniendo siempre las distancias.

-Son amables hasta la exasperación y te abruman con todo tipo de detalles. -se explayaba el diplomático bajo los efectos del excelente vino que había tomado la precaución de traer conmigo- Pero no intentes siquiera hacerte amigo suyo; te rechazarán

de plano aunque, eso sí, lo harán con toda la cortesía del mundo procurando no herir en lo más mínimo tu sensibilidad. Llevo ya tres años aquí -se lamentó- y no he conseguido hacer ni un solo amigo entre ellos; menos mal que están los representantes diplomáticos, porque si no...

-Lamento por usted que sea así; -respondí- pero a mí eso no me tiene por qué afectar demasiado. Al fin y al cabo, lo único que pretendo es comprarles una patente.

-Entonces no tendrá ningún problema en tratar con ellos, ya que son unos excelentes vendedores aunque, eso sí, fríos como un témpano.

-Me las he visto bastante peores. -comenté a mi vez- Recuerdo que una vez, en el Cinturón Voort...

El resto de la velada discurrió sin mayor interés, si exceptuamos el empeño puesto por mi anfitrión en demostrarme sus habilidades cantando arias de Verdi. En fin; como ya dije, me las había visto peores.

Al día siguiente recibí la visita del *acompañante*, una institución del gobierno autuni destinada a todos (en verdad pocos) los visitantes; se trataba de unos funcionarios especiales, expertos en relaciones exobiológicas, cuya misión era acompañarnos allá donde fuéramos ayudándonos a resolver todos cuantos problemas pudieran surgirnos en nuestras relaciones con los nativos. También oficiaban de intérpretes, lo cual era muy de agradecer teniendo en cuenta lo enrevesado de su idioma.

Mi acompañante, al que llamaré Juan dado que sería imposible transcribir su verdadero nombre, era un buen chico... Todo lo buen chico que pudiera ser alguien tan hierático y distante como un autuni. Se desvivía por atenderme en todos los detalles con la cortesía típica de su raza, a la vez abrumadora y distante, pero en el fondo yo sabía que nunca podríamos intimar ni aun cuando conviviéramos durante años; los autunis no despreciaban a ninguna otra raza ni se sentían superiores a ella, pero aunque las respetaban jamás se mezclaban con ellas.

No voy a relatar, por innecesario, todos los pormenores de mi viaje, que por cierto pude saldar con éxito; pero sí deseo comentar, por ser representativo del carácter de esta raza, un episodio que me impresionó vivamente. Estábamos una noche Juan y yo de vuelta a nuestra residencia después de una maratónica sesión de negociaciones, cuando éste conectó la televisión o, por hablar con mayor propiedad, el equivalente autuni de ella. Yo no le prestaba la menor atención dado que maldito era lo que entendía, pero Juan mostró un gran interés por la noticia que estaban retransmitiendo en esos momentos.

Según me explicó, se trataba de un juicio sumarísimo contra un gran criminal, criminal según las leyes locales ya que yo no conseguí enterarme de cual había sido su delito. Este

juicio se había desarrollado con gran expectación durante el equivalente a varias semanas terrestres, y en ese momento se iba a emitir el veredicto.

Tras asistir embozado a la retransmisión durante más de una hora, Juan se dirigió finalmente a mí pidiéndome disculpas a la vez que me explicaba cual había sido la sentencia: El reo había sido condenado a cinco penas de muerte.

Bien, posteriormente supe que la justicia autuni era extremadamente severa, pero al fin y al cabo una condena tan reiterativa no era necesariamente extraña a mis ojos; al fin y al cabo los tribunales terrestres también solían fallar sentencias de este tipo cuando el reo era considerado culpable de varios delitos por más que en la práctica la condena real fuera muy inferior a la teórica. Al fin y al cabo, le comenté jocosamente, a nadie se le podía privar de libertad por un tiempo superior al de sus expectativas de vida, ni por supuesto se le podía ejecutar más de una vez.

-Te equivocas. -me rebatió- Cuando aquí se sentencian cinco condenas de muerte, es que son cinco sentencias de muerte. Ni una menos.

-Me tomas el pelo. -respondí- ¿Cómo se puede matar a alguien más de una vez? ¿Acaso los autunis tenéis más de una vida? -me burlé- En la Tierra tenemos un animal doméstico que dice tiene siete vidas, aunque lo cierto es que se muere exactamente igual que cualquier otro.

En realidad Juan no tenía el menor parecido con un gato... Ni con cualquier otra especie animal de la Tierra incluyéndonos a los humanos, y de hecho no sólo su aspecto físico vagamente humanoide, sino también su metabolismo eran completamente distintos a los nuestros. Sin embargo, la fisiología de su organismo era equivalente a grandes rasgos a la nuestra: Tenían un cerebro, un corazón, un aparato digestivo, un esqueleto... Y desde luego, eran tan mortales como cualquier hijo de vecino.

-El equivocado eres tú. -era evidente que no había captado mi ironía- Nosotros morimos exactamente igual que vosotros, aunque nuestra medicina está mucho más avanzada que la vuestra y en consecuencia, la longevidad de nuestra especie es superior.

Posteriormente sabría que la medicina autuni había conseguido erradicar prácticamente todas las enfermedades, no sólo las infecciosas sino también las degenerativas, por lo que la mortalidad de esta raza se debía básicamente a los accidentes y los suicidios. Eran precisamente estos últimos la forma en la que acostumbraban a acabar su vida los autunis; esto se debía a que, de acuerdo con las peculiaridades de su filosofía, estimaban que la existencia de cada persona debía concluir cuando ésta decidiera libre y voluntariamente que habían quedado cubiertas todas las metas que se habían trazado en la vida... Pero cuando morían, morían del todo, y por supuesto tan sólo una vez.

-De acuerdo. -me mostré conciliador- Era tan sólo una broma. Lo que quería decir, es que tan sólo la primera ejecución podrá ser real, mientras el resto resultarán ser meramente simbólicas; en mi planeta hubo períodos históricos en los que se hizo algo similar. -añadí, no sin cierto estremecimiento, recordando episodios tales como cuando la Inquisición quemaba a los reos después de haberlos estrangulado, o cuando éstos eran descuartizados con posterioridad a su ejecución.

-Te equivocas de nuevo. -insistió- En este caso las cinco ejecuciones serán reales, ya que el reo ha sido condenado a morir cinco veces; ni una menos.

-Pues tú me dirás cómo lo van a conseguir; como no sea que las primeras veces lo maten mal... -la ironía volvía a escapárseme a pesar de que sabía de sobra que se trataba de algo completamente ajeno a la austera idiosincrasia autuni.

-Es mucho más simple que todo eso. -fue la sorprendente respuesta- Sencillamente, al reo se le resucita después de cada ejecución excepto, claro está, la última. Y para que el castigo sea todavía más ejemplar, entre una ejecución y la siguiente el condenado sufre un prolongado período de prisión. En total, calculo que el proceso completo durará alrededor de cincuenta o sesenta años terrestres.

Era cierto. La medicina de mis anfitriones hacía auténticos milagros ya que no sólo conseguía mantenerlos con vida, y en perfecto estado físico, durante períodos de tiempo equivalentes a varios siglos, sino que además era capaz de resucitar a la inmensa mayoría de los fallecidos en accidente, a excepción de aquéllos en los que el cuerpo quedaba destrozado o el cerebro sufría daños irreversibles. Una combinación de sofisticadas prótesis artificiales y de trasplantes de órganos cultivados *in vitro* a partir de muestras de tejidos procedentes de los propios pacientes, unida al dominio de técnicas de reanimación insospechadas para los terrestres, tenían la virtud de operar el aparente milagro.

Aunque en principio estas técnicas habían sido desarrolladas de cara a salvar las vidas de los accidentados, eran también utilizadas para la aplicación de las sucesivas penas de muerte. El reo era ajusticiado por vez primera utilizando métodos que no dañaban al cerebro ni destruían el cuerpo, pero que provocaban realmente su muerte. El cadáver era entonces conservado en un estado de hibernación suspendida mientras con las muestras de tejidos que habían sido tomadas del cuerpo previamente a la ejecución se cultivaban los órganos que era preciso reemplazar. Cuando éstos estaban listos se reanimaba al cadáver y se hacían las operaciones necesarias para que éste volviera a la vida, dejándole a la espera de la siguiente ejecución.

-Me parece una crueldad de lo más refinado. -comenté a Juan una vez hube comprendido la totalidad del proceso.

-Él cometió crímenes gravísimos y ha de pagar por ello; es lo justo, y es la ley. -
respondió.

-Supongo que la ejecución será un proceso doloroso y cruel, algo que cause auténtico
espanto...

-Todo lo contrario. Es completamente indolora y extremadamente rápida, por lo que el
reo no sufre lo más mínimo. Nuestra justicia es severa, pero no somos ningunos sádicos.

-Entonces... -mi perplejidad era auténtica.

-El castigo no está en el hecho físico de morir varias veces; para nosotros la muerte no
es ninguna tragedia sino un simple tránsito que todos nosotros deseamos cuando llega
nuestra hora. El castigo verdadero -enfaticó- estriba en el dolor que le produce al
condenado saber que su alma será liberada varias veces de su cuerpo pero permanecerá
prisionera del mismo puesto que tarde o temprano se verá obligada a retornar a él.

Poco era lo que yo conocía de las creencias, más filosóficas que religiosas, de los
autunis, pero no ignoraba que creían en la existencia del alma considerándola como el
estado final y definitivo de cada individuo. Su vida mortal sería así algo equivalente al
período larvario de los insectos, una etapa de formación cuya única misión era la de
prepararlos para su verdadera vida de adultos, a la cual accedían voluntariamente cuando
cada autuni estimaba que estaba preparado para ello.

Se comprende así que la pena de muerte fuera para ellos un terrible castigo, no por el
hecho en sí de perder la vida sino por la circunstancia de acceder al estado *adulto* (valga la
metáfora) antes de estar preparado para ello. Aún más, las múltiples condenas a muerte
añadían el castigo accesorio de condenar al alma a retornar de nuevo a su estado larvario -
es decir, mortal- después de haberse visto libre de las ataduras carnales.

-Comprendo... -admití al fin.

-No, es imposible que lo puedas comprender. -me rebatió- Nunca podrás hacerlo,
puesto que tu mente es incapaz de entender nuestra filosofía más profunda. Como mucho, -
concedió- podrías llegar a tener una idea más o menos aproximada, pero nunca pasarás de
ahí; ni la estructura de tu mente ni tu formación cultural te lo permiten. Somos demasiado
diferentes para ello.

-Supongo que tienes razón... En fin; -suspiré- quedémonos con los grandes avances de
vuestra medicina, capaz de resucitar a los muertos. ¡Ojalá en la Tierra tuviéramos algo
similar!

-No serviría para nada, salvo para crearos problemas. Por idénticos motivos yo
tampoco puedo comprender en profundidad vuestros procesos mentales a pesar de que he

sido especialmente preparado para ello, pero sé que los humanos tenéis un concepto completamente distinto al nuestro de lo que es la muerte. Lo que para nosotros es simplemente un tránsito, una metamorfosis que nos conduce a un estadio superior, a vosotros os aterra puesto que lo veis como un final al que intentáis evitar por todos los medios. Vuestro instinto de conservación es tan fuerte, tan animal, que lejos de utilizar nuestros conocimientos para conseguir que la muerte llegara a su hora y no antes, los emplearíais para intentar convertirnos en inmortales.

-Pero nuestras religiones... -objeté.

-Sí, sé perfectamente que todas vuestras religiones os prometen una vida después de la muerte; pero sinceramente, ¿creéis en ello? ¿Existe siquiera algún terrestre que desee la muerte a toda costa convencido de que le espera una vida mejor? ¿Conoces algún suicida que ponga fin a su vida no por huir de los problemas que le atenazan, sino porque busque el tránsito a la espiritualidad?

-Me temo que no. -confesé.

Y eso fue todo. No tenía ya ningún sentido seguir hablando sobre un tema acerca del cual carecíamos de cualquier punto en común, por lo que tácitamente decidimos derivar nuestra conversación hacia temas menos comprometidos. Al fin y al cabo ésta y no otra era la misión de mi acompañante, y no la de intentar iniciarme en sus arcanos escatológicos. Y yo lo acepté, prefiriendo una disertación sobre el mucho más inofensivo, aunque no menos incomprensible para mí, arte plástico autuni.

Desde entonces ha pasado bastante tiempo durante el cual he visitado un buen número de planetas, todos ellos exóticos bajo el prisma de la mente humana; pero nunca he vuelto a encontrarme con ningún caso que me haya impresionado tanto como el estoicismo de los autunis.

EL FIN DEL MUNDO

El fin del mundo llegó cuando menos se esperaba, y lo hizo de la manera más discreta que nadie hubiera imaginado jamás: Simplemente, el Sol se apagó. No fue una extinción gloriosa en forma de nova o supernova tal como predecían las teorías astrofísicas, ni tampoco colapsó sobre sí mismo para formar una de esas extrañas estrellas enanas que tanto intrigaban a los astrónomos... Simplemente se apagó, como se apaga una lámpara al apretar el interruptor. Seguramente esta insólita muerte estelar hubiera hecho correr ríos de tinta (o megabytes de información) en los círculos científicos, pero ya nadie quedaba vivo para certificar su defunción.

La extinción de la vida en la Tierra fue rápida y relativamente tranquila, y duró los escasos días que ésta tardó en enfriarse. Cuando el moribundo planeta terminó de radiar al espacio los últimos restos de la postrer energía recibida del Sol, quedó convertido en un astro inerte en el que había desaparecido todo atisbo de seres vivos. Tan sólo su calor interno, insuficiente a todas luces para alentar vida, impedía que su enfriamiento fuera total, pero eso ya no importaba puesto que la Tierra había muerto para siempre.

* * *

Los ecologistas (en realidad este término no es correcto, pero de alguna manera había que denominarlos) del Séptimo Sector Galáctico estaban realmente indignados. El Gobierno Sectorial, desoyendo todas las protestas y todas las recomendaciones, finalmente había llevado a cabo el controvertido proyecto de construcción de la nueva y a todas luces desmesurada estación de tránsito intergaláctico.

Es sabido que las estaciones de tránsito son unos enormes vórtices energéticos que distorsionan la estructura pluridimensional del espacio creando los atajos que permiten cruzar el universo de un extremo a otro sin necesidad de estar sometidos a las restricciones relativistas; tales estaciones de tránsito son imprescindibles para el desarrollo de las civilizaciones galácticas, por lo que nadie, ni tan siquiera los ecologistas más radicales, cuestiona su existencia. Sin embargo, dado que su construcción origina daños irreparables en el medio ambiente al precisar un volumen de muchos parsecs cúbicos completamente libre de estrellas, es conveniente elegir bien el lugar de su emplazamiento buscando que la inevitable destrucción de estrellas sea lo más limitada posible.

Y aquí es donde comenzaron las discrepancias entre el Gobierno Sectorial, que consideraba imprescindible la construcción de la nueva estación de tránsito para potenciar el desarrollo económico de uno de los sectores más deprimidos y olvidados de la galaxia, y unos ecologistas que se oponían frontalmente a la destrucción de uno de los escasos parajes naturales que milagrosamente se había conservado completamente virgen hasta entonces.

En las estrellas amenazadas de destrucción, afirmaban estos últimos, existían unos ecosistemas ricos y variados que presentaban una enorme biodiversidad a la que era preciso preservar.

Las estrellas *desactivadas* -éste era el eufemismo utilizado por los políticos- apenas pasarían de unos cuantos miles, contraatacaba a su vez el consejero de Obras Públicas del Gobierno Sectorial, y en sus sistemas planetarios no había nada digno de ser preservado ya que en ellos tan sólo vivían tan sólo unas cuantas formas inferiores de vida que ni tan siquiera habían logrado desarrollar la navegación interestelar. Su desaparición, según este alto cargo, no supondría pues ninguna pérdida irreparable. Había que dar paso al progreso, remachaba con énfasis en sus intervenciones públicas, y esto no se podía hacer sin pagar algunos costes.

Era una lucha desesperada de David contra Goliat, pero en esta ocasión era el gigante quien llevaba las de ganar. En un movimiento desesperado los defensores de la región amenazada constituyeron una coordinadora de defensa del patrimonio que se dirigió al Gobierno Central Galáctico denunciando lo que consideraban una actuación ilegal del Gobierno Sectorial, al tiempo que reclamaban la suspensión del controvertido proyecto así como la conversión en parque natural de toda la zona objeto de discusión. Por desgracia para ellos el Gobierno Central hizo oídos sordos a sus reivindicaciones alegando que el Gobierno Sectorial tenía transferidas todas las competencias sobre medio ambiente, por lo que era a él a quien debían dirigirse.

Así pues, la estación de tránsito se construyó finalmente para desesperación de todos aquéllos que se habían manifestado contrarios a ella. Por fortuna sus movilizaciones no fueron del todo baldías, ya que a la luz de los escándalos financieros desatados poco después de la inauguración de este centro de comunicaciones (se descubrió que los propietarios de las zonas limítrofes a la estación de tránsito, parientes y amigos todos ellos de varios de los consejeros, habían hecho espléndidos negocios especulando ferozmente con las plusvalías de sus propiedades) el Gobierno Central se apresuró a promulgar una ley intentando cortar de raíz con estos abusos.

Por desgracia la nueva ley, aplaudida unánimemente por la inmensa mayoría de los sectores sociales, no llegó a tiempo para impedir que se destrozara bárbaramente un ecosistema singular en todo el ámbito de la galaxia.

PLUS ULTRA

La *Plus Ultra* no era una astronave cualquiera. Tampoco era un simple prototipo. Era más, mucho más. Era el cénit de la civilización humana, el exponente máximo de su tecnología y de su orgullo como raza. Era el broche de oro que culminaba miles de años de ininterrumpida evolución. Era la llave de la Última Frontera.

El hombre, ser inquieto y curioso por naturaleza desde el mismo instante en el que había prendido en él la chispa de la inteligencia, había amado siempre los retos buscando con afán la manera de vencerlos. Por esta razón el espíritu de la frontera, fuertemente arraigado en su alma, le había empujado durante milenios en busca del Más Allá. Un Más Allá cada vez más lejano, cada vez más tentador, cada vez más esquivo.

Primero fueron las Columnas de Hércules, el *Finis Terrae* de la Antigüedad. Posteriormente lo fue el océano Atlántico, el *Mar Tenebroso* que alimentara tantas leyendas medievales. A lo largo de varios siglos las fronteras se establecieron en los continentes americano y africano, en las vastedades asiáticas, en la pléyade de islas que constelaban el océano Pacífico, en los dos polos, en las selvas vírgenes, en las cordilleras inaccesibles, en las profundidades abisales... Y cuando toda la inmensa extensión del globo terrestre había sido hollada por la inquieta estirpe de Adán, cuando los mapas no mostraban ya ninguna región en blanco, surgió el gran reto del espacio.

El hombre pisó la Luna, envió sondas a los principales astros que giraban en torno al Sol y, finalmente, exploró todos ellos. Durante algún tiempo, largo frente a una vida, pero inmensamente breve en comparación con la historia de la humanidad, alentó de nuevo la vieja y perdida ilusión de explorar nuevos lugares y descubrir tierras vírgenes, no por inhóspitas menos cautivadores. Y la poesía anidó de nuevo en su espíritu.

Pero al igual que ocurriera con la vieja y entrañable Tierra, también el Sistema Solar se acabó quedando pequeño. Y entonces el hombre buscó nuevas metas en las que poder volcar su afán. Sin embargo, la barrera era esta vez infinitamente mayor. El salto a las estrellas, aun a las más próximas, se mostraba imposible a causa de lo desmesurado de las distancias que las separaban de nuestro planeta, y lo seguiría siendo aún durante mucho tiempo.

Pese a las dificultades, la humanidad no cejó un solo momento en su empeño, pero hubieron de pasar siglos antes de que pudiera estar en condiciones de dar el gran salto que le permitiera franquear la última y definitiva frontera.

Y el gran momento había llegado. Fueron precisos los esfuerzos ininterrumpidos de varias generaciones de científicos y técnicos, y se habían consumido ingentes cantidades de recursos de todo tipo en aras del ansiado fin que ya era una tangible realidad: La *Plus*

Ultra, la astronave destinada a alcanzar las estrellas por vez primera en la historia de la humanidad.

El espíritu de los exploradores, por largo tiempo adormecido, volvió a brotar con fuerza en el alma de quienes sólo por los libros de historia conocían a personajes tales como Nearco, Marco Polo, Vasco de Gama, Cristóbal Colón, Magallanes, Cook, Livingstone, Admunsen y tantos otros que a lo largo de los siglos habían logrado que la curiosidad triunfara sobre todas las dificultades interpuestas en el camino por la siempre arrogante Naturaleza. Y así, una nueva estirpe de aventureros intrépidos y arrogantes floreció en el viejo tronco de la varias veces milenaria civilización.

No faltarían voluntarios para la gran expedición, a pesar de la incertidumbre que se cernía no ya sobre su desarrollo, sino incluso sobre las propias vidas de los participantes en la misma. Científicos de acrisolada valía, astronautas curtidos por largos años de navegación a lo ancho de todo el Sistema Solar, militares aguerridos pese a la ausencia total de conflictos bélicos desde varias generaciones atrás... Así pues, bien podría afirmarse sin riesgo a incurrir en error, que la *Plus Ultra* contaba con la mejor tripulación posible.

El viaje sería largo, la astronave era de gran tamaño y los experimentos a realizar muy numerosos y complejos, a lo cual había que sumar la presencia en la *Plus Ultra* de un pequeño pelotón de soldados cuya misión era defenderla de posibles ataques de algún ignorado enemigo. Por ello su dotación era numerosa, casi quinientas personas entre tripulantes, científicos y soldados, cada uno de los cuales tuvo que competir con millones de rivales para lograr el ansiado puesto. Después de la selección vino un no menos duro entrenamiento que sólo los más capaces -y ellos lo eran- habrían sido capaces de superar, lo que no impidió que se produjeran un elevado número de bajas rápidamente cubiertas por los aspirantes que habían sido rechazados en la primera selección. Y finalmente... La gran aventura estaba a punto de tener lugar.

La *Plus Ultra* había invertido varios meses en recorrer todo el Sistema Solar, e incluso había realizado algunas incursiones en el espacio profundo hasta más allá de la Nube de Oort, límite teórico del Sistema Solar. Había llegado, pues, mucho más lejos que cualquier otro objeto, tripulado o no, construido por la tecnología terrestre, pese a lo cual todos estos vuelos de prueba suponían tan sólo una porción infinitesimal del recorrido que habría de efectuar en su viaje definitivo con destino a la estrella Tau Ceti, elegida, a pesar de no ser la más cercana al Sol, por su similitud con la estrella central de nuestro sistema planetario, lo que permitía esperar la existencia de planetas similares a la Tierra girando en torno suyo.

Durante toda esta etapa la *Plus Ultra* se había comportado con total satisfacción, rebasando con creces las previsiones más optimistas aunque sin rebasar en ningún momento la velocidad de la luz. El ensayo del propulsor hiperlumínico, auténtica razón de ser de la astronave, tendría lugar con el viaje definitivo; el gran tamaño, y la no menor complejidad de este sistema propulsor, habían impedido estudiar su funcionamiento en

sondas automáticas, mientras la especial naturaleza del vuelo imposibilitaba asimismo hacerlo con la propia *Plus Ultra* gobernada por control remoto, al no ser posible mantener el contacto con ella una vez rebasada la velocidad de la luz.

Esta misma limitación impediría asimismo la comunicación por radio entre los controles de tierra y la tripulación de la *Plus Ultra* una vez iniciado el histórico viaje; dado que la astronave se desplazaría, durante la mayor parte de su recorrido, a velocidades hiperlumínicas, las ondas de radio jamás la podrían alcanzar al ser más veloz que ellas mientras que, al llegar a su destino, se encontraría a varios años luz de distancia o, lo que es lo mismo, con varios años de demora frente a una hipotética conversación con la Tierra. Por esta razón, serían los propios tripulantes los que traerían las noticias de su viaje a su retorno a la Tierra, en una curiosa y paradójica similitud con lo ocurrido durante la época de las grandes exploraciones oceánicas.

Se calculaba que la *Plus Ultra* tardaría entre tres y cuatro meses en llegar a su destino, por lo que la duración total del viaje se podía estimar en al menos un año teniendo en cuenta también tanto el viaje de retorno, como un tiempo mínimo necesario para una exploración de los hipotéticos planetas del sistema de Tau Ceti, período de tiempo que en realidad sería mayor al ser necesario prever cualquier posible retraso. No se trataba de un tiempo excesivo comparándolo con el invertido habitualmente por centenares de astronaves en sus recorridos a través del Sistema Solar, pero lo que sí suponía una novedad y un notable inconveniente, era la circunstancia de que durante todos estos meses en la Tierra no se tendría noticia alguna de la expedición. Si todo salía bien no habría más problemas que un molesto retraso en el conocimiento de los resultados de la misión, pero si sucedía algún percance, la única respuesta sería el silencio. Pero como nada se podía hacer por evitarlo, tan sólo cabía confiar en la suerte.

Así pues no habría vuelo experimental alguno, y la propulsión hiperlumínica sería probada por vez primera durante su histórico viaje a Tau Ceti. Éste era un riesgo que resultaba preciso asumir, y así lo hicieron la totalidad de los integrantes de su dotación.

Respecto a los efectos que el viaje hiperlumínico pudiera provocar en el organismo humano, tan sólo cabía especular. Los estudios teóricos predecían unas distorsiones espaciales muy importantes prácticamente imposibles de cuantificar, razón por la cual el interior de la *Plus Ultra* estaría protegido por un campo de fuerza -o de éxtasis, conforme a la terminología de sus constructores- que, al menos sobre el papel, debería contrarrestar los perniciosos efectos de este fenómeno. A diferencia de lo postulado por tantos y tantos escritores de literatura de anticipación, no tendría lugar la famosa dilatación temporal presuntamente predicha por la Teoría de la Relatividad, al menos de forma apreciable, debido a una serie de fenómenos imposibles de demostrar sin recurrir a las complicadas teorías que permitían justificar la posibilidad real de que un móvil pudiera viajar a mayor velocidad que la luz.

El día fijado para la partida de la *Plus Ultra* rumbo a su lejano e incierto futuro fue celebrado por toda la humanidad como no se había hecho desde muchas generaciones atrás... Y ciertamente, la ocasión lo merecía. Anclada a la estación orbital L4, situada en uno de los puntos de Lagrange de la órbita lunar, la *Plus Ultra* se encontraba respetuosamente rodeada por miles de astronaves ansiosas de presenciar en directo el inicio de su histórico viaje. Claro está que su verdadera partida, entendiendo como tal la propulsión de los impulsores hiperlumínicos con su consiguiente desaparición de la vista de sus espectadores, tendría aún que esperar.

Inicialmente era preciso realizar una compleja maniobra que la sacara del plano de la eclíptica, ya que la constelación de la Ballena a la que pertenecía Tau Ceti no se encontraba en el zodiaco. Una vez establecido su rumbo, la *Plus Ultra* debería viajar a velocidades sublumínicas hasta rebasar la nube de Oort, por ser ésta la única forma posible de evitar el riesgo de colisión -peligro remoto, pero real y de nefastas consecuencias para los viajeros si llegaba a ocurrir- con alguno de los numerosos desechos que salpicaban esta desolada región del espacio. Esta precaución resultaría inútil a su llegada a Tau Ceti dado que se ignoraba la distribución de su hipotético sistema planetario, razón por la cual se había optado por abandonar la velocidad hiperlumínica a una distancia prudencial a esta estrella, similar al radio de la nube de Oort solar más un margen razonable de seguridad.

Comenzar el viaje hiperlumínico a una distancia tan grande del Sol tenía asimismo una segunda ventaja, la de minimizar los efectos de su campo gravitatorio sobre la trayectoria de la astronave, más desviada de su objetivo cuanto mayor fuera la atracción sobre la misma. Teniendo en cuenta que se trataba de realizar a ciegas un salto de casi doce años luz, y que la posible existencia de obstáculos en su destino resultaba completamente desconocida, toda precaución sería poca.

Y finalmente llegó el momento. La *Plus Ultra* desatracó de la estación orbital, se alejó majestuosamente de ella unos miles de metros y, tras enfilear la proa, conectó los motores convencionales que habrían de llevarla hasta los confines del Sistema Solar, seguida por varios centenares de astronaves que la acompañarían hasta Júpiter, primera escala de su largo periplo. Para abandonar el plano de la eclíptica estaba prevista una complicada carambola cósmica que precisaba del efecto conjunto de las atracciones gravitatorias de Júpiter y el Sol, la cual no estaba al alcance de las pequeñas astronaves que viajaban con ella. Una vez estuviera fuera de la eclíptica, la *Plus Ultra* sería escoltada por dos cruceros de la Armada que, a su vez, se volverían sobre sus pasos en la nube de Oort, dejando a los expedicionarios a merced de su propio destino.

Esta etapa duraría varios días, pasados los cuales comenzaría realmente el reto. Hasta entonces todo resultaría familiar, puesto que los viajes por el Sistema Solar hacía mucho tiempo que se habían convertido en rutinarios. En el momento previsto la *Plus Ultra* llegó al lugar marcado como origen de su viaje interestelar, con las tripulaciones de los dos

cruceros como únicos testigos privilegiados de la hazaña. Los cruceros tenían previsto retransmitir en directo el momento en el que la *Plus Ultra* conectara los motores hiperlumínicos penetrando en el enigmático hiperespacio, pero las señales de vídeo no llegarían a la Tierra sino hasta muchas horas después a causa de su lejanía.

El programa se desarrolló conforme a lo previsto. Para los miles de millones de espectadores repartidos por todo el Sistema Solar, la *Plus Ultra*, que había apagado previamente los motores convencionales y navegaba por inercia, comenzó a rodearse de una tenue luminosidad que, poco a poco, fue acrecentándose hasta difuminar la silueta de la astronave que se vislumbraba en su interior. Finalmente, tras un súbito destello, nave y aureola desaparecieron quedando en su lugar tan sólo el vacío, el mismo vacío desierto que estuviera en ese lugar desde los albores del universo. La Gran Aventura había comenzado.

La brusca desaparición de la *Plus Ultra* ante los ojos de los observadores había sido predicha por los científicos responsables del proyecto, razón por la cual nada de inquietante se encontró en ello; claro está que, de existir algún tipo de percance, tampoco habría habido manera alguna de saberlo. Tendrían que pasar bastantes meses, quizá un año o más, para que el retorno de los expedicionarios sirviera para dar a conocer los resultados del viaje. Y, si el tiempo transcurría y los viajeros no volvían... Bien, entonces éstos habrían pasado a engrosar la larga relación de desaparecidos en el transcurso de todos los viajes de exploración realizados por la especie humana desde el origen de los tiempos.

Justo un año después de la partida de la *Plus Ultra* comenzaron los preparativos para recibirla en su regreso. Evidentemente no se podía conocer el momento exacto de su llegada, razón por la cual se destacó a un crucero a la zona del espacio en la que se presumía que aparecería. La misión de esta astronave era la de hacer de vigía y mensajero de la buena nueva, así como también la de auxiliar, si fuera necesario, a los expedicionarios.

Transcurrido un mes desde el apostamiento, el crucero fue relevado por otra unidad similar. Nada de inquietante tenía este retraso; antes bien, podía ser indicativo de una fructífera misión que hubiera requerido un tiempo superior al inicialmente previsto para ser llevada a cabo.

Pasó otro mes más, y un tercer crucero ocupó el lugar del segundo. Y un cuarto... Y un quinto. Al cumplirse el año y medio sin tener noticias de la *Plus Ultra*, los responsables del programa comenzaron a inquietarse. No obstante, la autonomía prevista para la expedición, contando exclusivamente con sus propios medios, rebasaba holgadamente los dos años, razón por la que todavía resultaba prematuro preocuparse.

Finalmente llegaron los dos años sin tener noticias de la *Plus Ultra*. Treinta meses después de su partida, se ordenó al crucero destacado en la nube de Oort su regreso a la Tierra. A los tres años se dio por perdida a la expedición. Un año después, se declaraba

oficialmente muertos a sus tripulantes, todos los cuales fueron nombrados héroes de la humanidad y homenajeados póstumamente.

El proyecto *Plus Ultra* había recibido un golpe mortal con el fracaso de la expedición, pero ello no supuso el final de la ambición humana por hollar los confines del universo. Se ordenó una investigación exhaustiva que abarcaba la totalidad de las facetas del mismo, y se instó a los científicos a una revisión completa de la teoría hiperlumínica. Realizado esto, serían los técnicos los encargados de escudriñar la existencia de posibles fallos en la construcción del prototipo. Y finalmente se construiría una nueva nave mucho más segura y fiable que su antecesora, la cual intentaría de nuevo el gran reto. Este proceso llevaría años, muchos años, y posiblemente ninguno de los contemporáneos del vuelo de la *Plus Ultra* viviría lo suficiente para verlo; pero la vida de una persona era apenas un soplo en el devenir de la humanidad, y ésta sí vería cómo era conquistado definitivamente el espacio. Tan sólo se trataba de una cuestión de tiempo.

* * *

-Bien, asunto zanjado.

-¿Estás seguro de ello?

El primero de los dos seres -resultaría imposible describirlos de manera más precisa- mostró su extrañeza a su compañero.

-Por supuesto que lo estoy. Desaparecida su astronave, y cuestionada la viabilidad de los viajes interestelares, lo lógico sería que renunciaran a intentarlo de nuevo, resignándose a vivir dentro de los límites de su sistema. Si son mínimamente razonables, no volverán a repetirlo.

-Yo no estaría tan seguro de ello... Podrían comportarse ilógicamente y construir una segunda nave.

-Que asimismo interceptáramos, con lo cual volverían a estar en la misma situación. Por muy irracionales que sean, tarde o temprano acabarían convenciéndose de la inutilidad de su intento... Al menos, hasta que maduraran lo suficiente para integrarse en la comunidad galáctica.

-Nunca lo harán. Los informes sociológicos son concluyentes: Se trata de una especie paranoica, incapaz de madurar socialmente.

-Pero sus avances tecnológicos son espectaculares; apenas necesitaron unas cuantas generaciones, y eso que además son efímeros, para expandirse por todo su sistema estelar desarrollando incluso los principios del vuelo intergaláctico... Algo que hasta a nosotros nos llevó muchísimo más tiempo.

-Ahí es donde radica precisamente su gran peligrosidad. Especies inmaduras hay a miles en el cosmos, pero que a esta inmadurez se suma tan increíble creatividad es algo realmente inaudito; por ello, no tenemos otra solución que la de bloquearlos impidiéndoles abandonar su sistema. ¿Imaginas lo que podría ocurrir si llegaran a expandirse por nuestro territorio?

-Sería el caos... Supongo.

-Peor aún. Si la galaxia es estable desde épocas remotas, se debe a que su equilibrio se apoya en un respeto absoluto a las normas de convivencia por parte de todas las culturas que la integran. No existe ningún mecanismo de control que permita neutralizar posibles interferencias perniciosas, porque ello jamás ha sido necesario. Así pues, si apareciera esta perturbación... Estaríamos completamente inermes.

-Por fortuna, bastaba con aislarlos para acabar con el problema; y esto es justo lo que hemos hecho.

-El peligro está es que no cejen en su empeño...

-Les daría lo mismo, ya que capturaremos todas sus astronaves. Nunca podrán salir de sus planetas.

-¿Y qué haríamos con los tripulantes?

-Pues exactamente lo mismo que hemos hecho con los de su primera nave; recluirlos en realidades virtuales especialmente diseñadas. Ellos creerán haber llegado a su destino, y pensarán que no pueden regresar a su planeta por haberse averiado su vehículo. Así pues, vivirán razonablemente felices creyendo que colonizan un mundo virgen. Es una verdadera lástima que su vida sea tan efímera; he solicitado que se permita su reproducción de forma controlada, al menos durante varias generaciones, ya que de no ser así me resultaría sumamente difícil estudiarlos con detenimiento... Pero ya sabes cómo son los burócratas.

-Comprendo tu postura, pero a mí personalmente no es esto lo que más me preocupa respecto a estos seres. Por supuesto que no propongo exterminarlos, ya que esto está prohibido por las leyes de protección de los espacios naturales, pero ¿no habría sido preferible habernos dado a conocer comunicándoles la prohibición de abandonar su sistema? Tengo mis dudas de que mantenerlos engañados, creyendo que no pueden dominar los vuelos interestelares, pueda ser la mejor táctica.

-¡Bah! Piensa con lógica. Cualquier ser mínimamente racional comprendería la necesidad de renunciar a sus intentos una vez sufridos varios fracasos consecutivos. ¿Cómo crees que han evolucionado todas las especies pensantes de la galaxia? ¿Repitiendo una y otra vez los mismos errores? Sería algo completamente absurdo.

-Yo no estaría tan seguro... Aunque en el fondo, supongo que debes estar en lo cierto.

* * *

Mientras duró la conversación entre los dos seres, en la Tierra habían transcurrido varios años, los suficientes para que fuera construida la *Plus Ultra II*. Mucho más potente que su antecesora, contaba asimismo con una importante novedad: Un sistema de comunicación hiperlumínica que le permitiría estar en contacto continuo con la Tierra durante la totalidad del viaje. Como había dicho el presidente federal en su discurso de despedida, la humanidad estaba destinada a conquistar las estrellas por encima de todas las dificultades que pudieran atravesarse en su camino.

EVALUACIÓN NEGATIVA

El primer contacto entre los terrestres y unos visitantes llegados de las estrellas nunca llegó a consumarse, aunque los primeros ni siquiera llegaron a sospecharlo. Y ya no habría una segunda oportunidad. Los visitantes, unos seres pacíficos y sabios descendientes de una antiquísima civilización, eran curiosos y gustaban de ayudar a otras razas jóvenes en el largo y tortuoso camino de la evolución, pero procuraban evitar cualquier tipo de conflicto que pudiera acarrear el encuentro. Así pues, cuando tropezaban con una especie inmadura o presumiblemente peligrosa, simplemente hacían una anotación en sus registros evitando a partir de entonces cualquier relación con ese planeta, lo que por lo general suponía para sus habitantes la pérdida de las enormes ventajas de acortar en decenas de miles de años el siempre complicado, y muchas veces arriesgado, camino hacia la madurez.

Los visitantes eran cautos, y antes de darse a conocer procedían a estudiar discretamente las sociedades objeto de su interés. Habitualmente establecían una red de escucha que les permitía interceptar las emisiones de radio y televisión, las cuales una vez descifradas les proporcionaban toda la información necesaria para sus fines, decidiendo entonces si el contacto tenía lugar o no.

El estudio de las emisiones terrestres les sumió inicialmente en la perplejidad. A diferencia de cualquier otro planeta investigado por ellos hasta entonces, la información recibida parecía carecer por completo de coherencia. El problema no eran la multitud de idiomas y dialectos diferentes -lo cual por cierto era una clara muestra de primitivismo social- hablados en nuestro planeta; los traductores automáticos se encargaron de resolverlo sin la menor dificultad.

No. El verdadero problema era otro muy distinto: Resultaba materialmente imposible encajar toda esa información contradictoria en un marco lógico. Los visitantes habían conocido multitud de razas distintas, cada una de las cuales desarrollaba unas pautas de conducta ajenas por completo a las de los demás, pero jamás se habían encontrado con una en la que, aparentemente, se dieran todas ellas de forma simultánea. Parecía, en definitiva, como si la totalidad de la población terrestre estuviera simultáneamente loca.

Por fortuna, un afamado investigador dio finalmente con la clave que permitiría resolver tan complejo rompecabezas. Al parecer, los terrestres habían desarrollado una insólita habilidad, desconocida por completo en el resto de la galaxia, denominada por ellos fantasía. No les resultó fácil a tan sesudos escudriñadores comprender la esencia de este fenómeno, aunque finalmente llegaron a la conclusión de que se trataba de algo así como de la capacidad para recrear falsedades que, aparentemente, eran entendidas como tales, y aceptadas, por sus interlocutores. Qué placer podían encontrar los terrestres en una mentira

era algo que se escapaba por completo a su comprensión, pero ciertamente cosas más raras -aunque no tan insólitas- habían conocido los visitantes en su divagar por el cosmos.

Puesto que los visitantes desconocían el concepto de lo falso, a la hora de analizar la información recopilada tropezaron con el inconveniente de discernir entre lo verdadero y lo que no lo era. Por suerte disponían de potentes herramientas para resolverlo: Aprovechando la experiencia conseguida tras estudiar miles de mundos, desarrollaron unos poderosos algoritmos lógicos capaces de separar el grano de la paja. Al fin y al cabo, pensaron, las raíces más profundas del pensamiento racional eran similares para la totalidad de las especies inteligentes que poblaban el cosmos, independientemente de su fisiología o de sus propias peculiaridades mentales. No podía haber, pues, la menor posibilidad de error.

Los algoritmos así diseñados no pudieron funcionar mejor, eliminando todo lo indeseable -es decir, aquella enigmática e incómoda fantasía- dejando libre la información correspondiente a la idiosincrasia real de los terrestres. Y el resultado, lamentablemente, fue negativo.

Los terrestres, según quedó reflejado en el informe final del estudio, eran unos seres extremadamente inmaduros y de ínfimo nivel de inteligencia que difícilmente lograrían, aun con ayuda, alcanzar un mínimo desarrollo intelectual o cultural. Eran, pues, un callejón sin salida que tarde o temprano acabaría extinguiéndose por si solo. Convertidos, pues, en una mera curiosidad para los estudiosos -la memoria de la investigación fue consultada por miles de eruditos intrigados por tan rara aberración-, la raza humana fue catalogada como irrecuperable y condenada a depender de su propio y sombrío destino.

Nunca llegarían a tener conciencia los terrestres del riguroso examen al que fueron sometidos con resultados tan negativos, y probablemente fuera mejor así; porque si hubieran conocido las razones verdaderas del rechazo, su perplejidad habría resultado ser todavía mayor que la de sus estrictos censores: Porque los algoritmos lógicos utilizados por éstos habían cometido un trágico error, descartando como falso aquello que en realidad era cierto -noticias, informativos, documentales- en la creencia de que tales aberraciones no podían ser cometidas por ningún ser vivo mínimamente civilizado. ¿Qué era, pues, lo que los algoritmos habían dado equivocadamente por real, precisamente lo que había motivado la evaluación negativa al ser interpretado de forma errónea como el espejo de la realidad social e intelectual de la Tierra? Pues algo completamente distinto, aunque sumamente frecuente en las emisiones televisadas del planeta: Concursos, culebrones, programas de cotilleo, espectáculos, partidos de fútbol... Es decir, todo aquello considerado comúnmente como telebasura.

No es de extrañar que no se aprobara el examen.

EL CUCO

Todo comenzó hace varios años, cuando con mi flamante título de periodista bajo el brazo y un matrimonio recién estrenado al que era preciso mantener, logré ser contratado por uno de los grandes diarios nacionales cuyo nombre no viene a cuento. He de advertir que mi entrada en el periódico fue por la puerta trasera, encargándoseme una de las tareas más bajas en el escalafón de las noticias, la crónica de sucesos, por debajo incluso -al menos en mi particular escala de valores- de secciones tan deleznable como los cotilleos frívolos o los reportajes deportivos.

Pero teníamos que comer y mi mujer se encontraba en paro, razón por la cual tuve que olvidarme de mis remilgos y dedicarme a algo que para mí tenía claras connotaciones carroñeras. No es que el periódico para el que trabajaba diera especial relevancia a este tipo de noticias, que no se la daba, pero siempre había algún acontecimiento que cubrir, generalmente escabroso, en las cloacas de la gran ciudad, y yo era el encargado de hacerlo mal que me pudiera pesar.

Bien, la verdad es que, una vez que conseguí dejar de lado mis escrúpulos, la cosa no resultó demasiado difícil... Aunque no podía evitar que me siguiera desagradando ese trabajo. Así pues, me armé de paciencia a la espera del ansiado traslado a otra sección más gratificante.

Mientras tanto, tan sólo me cabía esperar y seguir dedicándome a los sucesos. Durante los primeros meses ninguna de las noticias que cubrí destacó especialmente por su singularidad o su importancia, convirtiéndose en simple relleno de las páginas interiores. Pero las circunstancias cambiaron radicalmente cuando el redactor jefe me encargó que investigara el caso de un padre que había asesinado a sangre fría a su hijo de cinco años... Y aquí comenzó mi calvario.

El parricida confeso -se había entregado a la policía inmediatamente después de cometer el crimen- se encontraba recluido en un hospital psiquiátrico debido a que el forense había albergado serias dudas sobre el estado de su salud mental. El asesino no paraba de repetir que el niño al que había estrangulado con sus propias manos no era su hijo, sino un intruso culpable de la muerte de su madre -al parecer ésta había fallecido durante el parto- y de su hermano gemelo, cuya muerte había tenido lugar apenas un año después del nacimiento de ambos.

Haciendo de tripas corazón solicité, y obtuve, permiso del juez para interrogar al detenido, encaminándome al centro sanitario donde éste permanecía detenido. Si he de ser sincero, esperaba encontrarme con un psicópata, un chalado con unos cuantos tornillos flojos o alguien que rezumara maldad, pero no con un hombre de treinta y tantos años de

aspecto normal y cara de buena persona... Y ciertamente lo era, como pude comprobar más tarde. Según me dijo, tras recibirme con una gran amabilidad, era, o había sido, funcionario en un ministerio, y tanto su vida privada como su actividad laboral habían sido siempre ejemplares. Evidentemente el traumático drama que le golpeó por partida doble le había afectado mucho tal como cabía esperar en estas circunstancias, pero esto no se tradujo en modo alguno en un desequilibrio mental hasta que, de forma inesperada, cometió el parricidio por el que estaba detenido. De hecho, fue un padre ejemplar con su único hijo superviviente hasta que ocurrió aquello.

Pero todo esto no lo supe hasta más adelante. En ese momento él me explicó que comprendía perfectamente que le hubieran encerrado allí asegurándome que asumía con todas sus consecuencias el castigo que su acción le iba a acarrear aunque, eso sí, manifestó su convencimiento de que se había tratado de algo inevitable y que, de darse de nuevo las mismas circunstancias, obraría de idéntica forma, puesto que el niño al que había estrangulado no sólo no era suyo, sino que además era un monstruo en ciernes que suponía una amenaza latente para la humanidad.

Ante mi pregunta, teñida de extrañeza, de en qué se basaba para realizar tan terrible afirmación, me respondió que le era imposible explicármelo con palabras, ya que se trataba de algo que sólo se podía describir en base a sensaciones. Obviamente, le objeté, ese argumento no me resultaba convincente debido a su subjetividad que, cuanto menos, resultaba ser cuestionable. Él suspiró reconociendo que yo tenía razón, tras lo cual volvió a insistir en la certeza del peligro que había conjurado antes de que fuera demasiado tarde.

“Pero hay otros, -añadió- y cada vez serán más. La invasión no ha hecho más que empezar, y se cierne sobre nosotros la amenaza de la extinción de la especie humana... Al menos, tal como la conocemos ahora”.

Nada más pude sacar en claro de la entrevista, así que opté por completar mi trabajo interrogando al forense y al abogado defensor. El primero de ellos se reafirmó en su opinión de que el parricida estaba loco, por lo que había recomendado al fiscal que en el juicio solicitara su internamiento en un centro psiquiátrico. Asimismo me comunicó un dato interesante: Ante la insistencia del detenido en negar la paternidad del pequeño asesinado, a instancias del abogado defensor, que consideró la posibilidad de alegar un tardío móvil pasional, el juez instructor había ordenado la determinación de la prueba del ADN no sólo al detenido y al niño, sino también a los cadáveres de la madre y de su hermano. Las pruebas habían dado un resultado concluyente: Los dos niños eran hijos biológicos de ambos, y genéticamente idénticos entre sí. Puesto que la autopsia del pequeño no había revelado nada anormal, ni sus profesores habían detectado tampoco, en su breve carrera escolar, nada particular en su conducta salvo una precoz, aunque en modo

alguno excepcional, inteligencia, la única hipótesis razonable era la de una repentina locura de su progenitor.

Poco más pudo aportarme el abogado defensor, nombrado de oficio ante la negativa del detenido a defenderse, salvo que intentaría alegar una enajenación mental transitoria siempre que consiguiera, algo que preveía difícil, que el reo se olvidara de su extraña historia.

Para completar el trabajo, y a la vista de lo que ya sabía, decidí indagar sobre las circunstancias de las muertes de la madre y el hermano del niño, para lo cual conté con la ayuda de un oportuno contacto en el hospital donde se custodiaban sus respectivos historiales clínicos. Y para mi sorpresa, la información que obtuve no pudo ser más desconcertante. Efectivamente la madre había muerto durante el parto, algo bastante excepcional hoy en día pero en modo alguno inusitado; lo extraño era que ésta ocurrió a consecuencia de un repentino paro cardíaco, algo difícilmente previsible en una mujer joven que gozaba de excelente salud.

Todavía más sorprendente resultaba el historial del niño, el cual había aparecido muerto una mañana en su cama, en la habitación que compartía con su hermano. La autopsia no determinó nada relevante salvo la obvia parada cardiorrespiratoria, por lo que se diagnosticó una muerte súbita. Huelga decir que en su año escaso de vida el chaval jamás había padecido el menor problema de salud salvo las enfermedades normales en los niños de su edad.

Un último detalle me llamó poderosamente la atención: El historial clínico de la madre no reflejaba nada anormal durante el embarazo, salvo el llamativo hecho de que hasta muy avanzada la gestación no se detectó la presencia de gemelos. Los médicos firmantes lo achacaban a un fallo de los métodos de diagnóstico, pero un ginecólogo amigo al que consulté me mostró su extrañeza ante el hecho de que tardaran casi cuatro meses en descubrirlo.

Aunque todas estas evidencias no probaban en modo alguno la disparatada tesis del padre, sí convertían el caso en algo peculiar. Así se lo hice notar al redactor jefe, ganándome una reprimenda junto con órdenes tajantes de limitarme a cubrir la noticia olvidándome de elucubraciones peregrinas, probablemente inspiradas -así lo creía él- en mi nunca ocultada afición por la literatura fantástica. Evidentemente le hice caso dando el tema por zanjado -finalmente no pasó de una breve gacetilla sepultada en las páginas de *Sociedad*- dado que estaba en juego mi sueldo, y no me podía permitir el lujo de tener el menor desliz. Eso sí, nadie me podía impedir que me dedicara a ello en mi tiempo libre, lo cual aproveché para continuar con mis averiguaciones ya a título personal. Me picaba la curiosidad, y estaba dispuesto a llegar hasta el final.

Gracias a la ayuda de internet -mi mujer protestó reiteradamente por lo que consideraba un gasto inútil, pero acabó cediendo ante mi testarudez- pude obtener una información muy interesante que, cotejada con lo que ya sabía, resultó encajar como las piezas de un inquietante rompecabezas... Porque a la luz de los datos obtenidos se llegaba a la conclusión de que, desde hacía unos años, se había incrementado de forma espectacular la proporción de embarazos gemelares en mujeres primíparas sin que ningún médico se atreviera a aventurar una hipótesis que pudiera explicarlo y, para mayor sorpresa, muchos de ellos no habían sido detectados hasta que las madres no se encontraban en un avanzado estado de gestación. El fenómeno era mundial, y mostraba indicios de seguir yendo cada vez a más.

Si todo lo extraño hubiera sido eso, habría bastado con invocar a cualquiera de los fantasmas de moda para intentar explicarlo: El agujero de la capa de ozono, el efecto invernadero, la contaminación con compuestos halogenados, los aditivos alimentarios... Pero había más, mucho más.

Un artículo publicado en una oscura revista médica llamaba la atención sobre un fenómeno asimismo singular pero que, al parecer, había pasado inadvertido al grueso de la comunidad científica: Tras realizar un minucioso muestreo estadístico, el autor del estudio - un médico hindú, creo recordar- llegaba a la conclusión de que, en los últimos cinco años, se había incrementado de forma notable la mortalidad infantil entre los gemelos univitelinos... Con el sorprendente añadido de que, en la práctica totalidad de los casos, tan sólo afectaba a uno de los dos hermanos y había tenido lugar alrededor del primer año de vida de los afectados.

Lo verdaderamente importante a la hora de realizar cualquier investigación no es la cantidad de información obtenida, sino la capacidad de interrelacionar entre sí datos heterogéneos sin aparente vinculación mutua. En este caso toda la documentación necesaria estaba ahí, en la red, al alcance de cualquiera, y bastaba con tener conciencia de ello, buscarla y ensamblarla... Algo que procedí a hacer con el mayor entusiasmo.

Los resultados obtenidos fueron realmente escalofriantes. Comparando ambos estudios, el del incremento de nacimientos gemelares con la mortalidad en este tipo de hermanos, llegué a la conclusión de que, descontando el número estadísticamente normal de gemelos univitelinos, era entre los restantes -es decir, el incremento anormal de los últimos años- donde se registraba entre el 80 y el 90% de los fallecimientos. Ambos fenómenos tenían su origen en idéntico momento, alrededor de unos cinco años atrás, coincidiendo casualmente con el nacimiento de los dos hermanos cuyos avatares habían provocado mi interés por el tema.

Pese a la existencia evidente de una correlación entre el incremento de la natalidad de gemelos y su llamativa mortalidad selectiva, seguía considerando paranoica la hipótesis del padre parricida. El fenómeno era significativo en sí mismo, pero no admitía ninguna

explicación para ello que no fuera científica, rechazando de plano cualquier hipótesis que contemplara algo tan surrealista como una posible intervención alienígena, e incluso demoníaca, al estilo de las descritas en películas tales como *La invasión de los ladrones de cuerpos* o *La Profecía*, o bien de añejas series televisivas como la clásica de *Los invasores*.

La explicación tenía que ser sencilla y, por supuesto, racional y lógica. Pero carecía de datos suficientes, por lo que procedí con gran disgusto de mi mujer, que me reprochaba no sin razón mi mayor interés por el ordenador que por ella, a seguir investigando vía internet. En ese momento lo que más me interesaba era descubrir si en algún caso el gemelo superviviente, o sus padres, habían llegado a mostrar cualquier tipo de comportamiento digamos extraño. Evidentemente este factor era mucho más difícil de determinar que lo anterior, pese a lo cual conseguí encontrar dos o tres casos que coincidían casi milimétricamente con el que yo conocía: En China unos campesinos habían sido ejecutados acusados de asesinar a su hijo de tres años, el único superviviente de una pareja de gemelos, por estar ambos convencidos de que en el cuerpo del pequeño residía un espíritu maligno. En la isla de Sicilia otro niño de características similares había sido exorcizado con el beneplácito de las autoridades religiosas, pero la fuente consultada -la edición digital de un periódico italiano- no aclaraba si el exorcismo había tenido éxito. Un tercer caso dudoso parecía haber tenido lugar en un remoto rincón de la amazonía peruana, aunque me resultó imposible concretar los detalles.

Sin llegar a ser tan explícitos, también pude encontrar algún que otro ejemplo asimismo significativo. Gracias a una página de cotilleo me enteré de que una famosilla del tres al cuarto había descubierto, en su cuarto mes de embarazo, que iba a traer al mundo gemelos. De algunos lugares del Tercer Mundo llegaban rumores de infanticidios, algo por desgracia habitual pero que, en ocasiones, parecía estar relacionado una vez más con este problema. Sumamente llamativo fue también un reportaje, aparecido en un diario virtual argentino, en el cual se hablaba de niños superdotados; se ponían varios ejemplos, siendo uno de ellos el de una pequeña de cuatro años sumamente precoz, a la cual se le había calculado un cociente intelectual de casi 200... Y que era además la única superviviente de una pareja de gemelas, ya que su hermana había fallecido de forma repentina cuando ambas contaban apenas con ocho meses de edad.

Aunque la muerte del hermano parecía ser un factor común en todos los casos, no siempre ocurría lo mismo con el resto de las circunstancias, tales como la muerte de la madre o un comportamiento extraño o sospechoso del gemelo superviviente, algo por otro lado difícil de discriminar respecto a las mortalidades normales que siempre se habían dado. No obstante, cada vez estaba más claro que algo insólito estaba ocurriendo desde hacía alrededor de unos cinco años.

Una vez que di por terminada la búsqueda de datos, procedí a escribir un documentado artículo -casi un ensayo- que presenté al redactor jefe del periódico. Puesto que mientras

tanto el parricida había sido juzgado y condenado, el interés informativo del tema, si es que alguna vez había existido, era ya nulo, y por si fuera poco una inoportuna campaña sobre no recuerdo que cuestión *políticamente correcta* había absorbido la mayor parte de los esfuerzos del periódico. Así pues, no me sorprendió demasiado -aunque sí me irritó- que el artículo fuera tajantemente rechazado; pero lo que más me dolió, fue la forma tan despectiva con la que se me comunicó que se trataba de un medio de comunicación serio en el que no tenían cabida las elucubraciones esotéricas de cualquier índole. De hecho a punto estuve de dar el portazo y mandarlos con viento fresco, pero mi delicada situación económica no me permitía tomarme esas alegrías. Así pues, tragué.

Bien, si no podía ser dentro del periódico -me dije- lo intentaría fuera... Y así lo hice, aunque sin el menor resultado. Quedaban ya lejanos los tiempos en los que presuntos apóstoles de la heterodoxia tales como Erich von Däniken, Charles Berlitz, Peter Kolosimo, Jacques Bergier y tantos otros consiguieron poner de moda toda una suerte de disciplinas presuntamente rigurosas que eran, no obstante, rechazadas de plano por la ciencia oficial; ahora nadie mostraba el menor interés por estos temas, y solamente los charlatanes y embaucadores de baja estofa lograban vivir a costa de engañar a los más incautos camuflando sus burdas artimañas en forma de mil diferentes artes adivinatorias.

Huelga decir que yo no quería mantener la más mínima relación con esta ralea ni por supuesto me interesaban lo más mínimo sus ingenuos *clientes*, razón por la que me encontré frente a un callejón sin salida: No podía publicar mi trabajo en ningún medio de comunicación mínimamente serio, y no quería hacerlo en aquéllos que sí lo hubieran aceptado... Todavía me quedaba un último cartucho, y lo aproveché abriendo una página web -lo que me costó un serio disgusto con mi mujer cuando se enteró de lo que me había costado- que me vi obligado a cerrar tan sólo dos meses más tarde al constatar su fracaso, puesto que al parecer los únicos interesados en ella resultaron ser chiflados de todo tipo, justamente aquéllos que yo pretendía evitar a toda costa.

Finalmente acabé tirando la toalla, aunque no por ello dejé de seguir discretamente la evolución de los acontecimientos; una vez que disponía de las claves, me resultaba sencillo hacerlo. Y según transcurría el tiempo, pude comprobar con impotencia cómo el fenómeno se revelaba de forma cada vez más evidente, pese a lo cual yo parecía ser el único ser sobre el planeta consciente de ello. Aunque los casos dramáticos, tales como el que había motivado inicialmente mi interés, resultaron ser excepcionales, -no todas las madres morían, y muy pocos de los gemelos supervivientes eran rechazados por sus progenitores- según fueron creciendo estos niños empezó a resultar patente que no se trataba de seres corrientes, sino de unos superdotados de impredecibles capacidades mentales que, sin duda alguna, estaban muy por encima de las de los humanos normales.

Aunque seguía rechazando de plano cualquier posible interpretación que no estuviera respaldada por argumentos racionales, lo irrefutable de los acontecimientos me obligó a

ampliar mis criterios; como dijo Arthur Conan Doyle, una vez descartado todo lo imposible lo que resta, por improbable que sea, ha de ser cierto. Y desde luego, mi afición a la ciencia ficción, que yo había procurado mantener escrupulosamente al margen por razones obvias, comenzó a aflorar de forma incontenible ofreciéndome las explicaciones que me negaba la ciencia oficial. ¿Estaba en lo cierto? Lo ignoraba, y lo sigo ignorando, pero se trataba de la única hipótesis coherente que se me ocurría.

Imaginemos una raza galáctica que, al igual que los cucos, precise de unos huéspedes involuntarios para criar a sus vástagos y que, al igual que ocurre con los pajarillos víctimas de tan singular parasitismo, sean incapaces de descubrir la superchería. Imaginemos -esto es fundamental para cumplir con el requisito anterior- que estos parásitos cósmicos carezcan de cuerpo propio y su identidad como especie no venga determinado por un código genético que configure su fisiología, sino por unas pautas mentales capaces de ser implantadas en el cerebro de cualquier ser con un mínimo de complejidad -o inteligencia- imprescindible para que pueda soportarlas; un cerebro virgen, evidentemente, como sería el de un recién nacido.

Esta hipótesis, por descabellada que pudiera parecer, hacía encajar todas las piezas. Al igual que los pollos del cuco se deshacían de sus hermanos adoptivos expulsándolos del nido, para poder acaparar así toda la atención de los engañados padres, estas réplicas infantiles de los parásitos cósmicos provocarían la muerte de sus gemelos por métodos imposibles de determinar para la ciencia médica, y por idénticos motivos sus verdaderos progenitores se asegurarían la falta de competencia, en forma de hermanos mayores, eligiendo siempre madres primíparas; la posterior muerte de éstas les garantizaría aún más su primacía.

La cuestión de su origen gemelar resultaba asimismo relativamente fácil de interpretar: Probablemente provocar o inducir un embarazo estaría fuera del alcance de estos alienígenas, y lo mismo cabía decir de infiltrar sus larvas mentales en los cerebros todavía inmaduros, pero ya perfilados, de los fetos humanos. Cabía pensar que para hacerlo necesitaran disponer de un cerebro totalmente en blanco pero ya desarrollado, lo cual conseguirían generando una réplica exacta del embrión, en principio único, moldeándole el cerebro conforme a sus propios parámetros. Esto explicaría asimismo la razón de estas detecciones tardías: Con anterioridad a ellas el falso gemelo, simplemente, no existiría aún.

Claro está que su mecanismo de reproducción, aunque sofisticado, no era en modo alguno perfecto, como lo demostraba el hecho de que hubiera habido padres capaces de detectar un comportamiento anómalo en sus *hijos*, habiéndose llegado incluso en algunos casos, principalmente a raíz del surgimiento del fenómeno, al exterminio de las crías; pero un estudio detenido de la evolución de sus *nacimientos* a lo largo del tiempo no dejaba lugar a dudas: Estos seres estaban refinando continuamente sus técnicas, de forma que a los padres adoptivos cada vez les resultaba más difícil descubrirlo.

La cuestión era saber qué nos depararía el futuro. Por un lado -mi formación fantacientífica me inducía estos temores- me aterraba pensar una evolución similar a la planteada en la clásica novela de anticipación *Soy leyenda*, en la cual los humanos sufrían una mutación que los convertía en seres distintos mientras el protagonista, único humano superviviente como tal en toda la faz de la Tierra, se veía abocado a aceptar su irreversible marginalidad. ¿Acabaría siendo la humanidad un simple contenedor carnal de esas mentes extrañas procedentes de otros mundos?

Pero existía una esperanza. La regla de oro del parasitismo consiste en no dañar al huésped más de lo estrictamente imprescindible, puesto que un perjuicio grave del mismo mermaría irremisiblemente las posibilidades de éxito del parásito que alberga. De ser así, cabría esperar que el número de larvas alienígenas se mantuviera lo suficientemente bajo y disperso como para pasar desapercibido.

Todavía es demasiado pronto para conocer la respuesta, al igual que tampoco resulta posible predecir el comportamiento de estos seres una vez que alcancen la edad adulta, algo que ni siquiera podemos predecir cuando ocurrirá. Los más mayores de ellos rondan los diez años y han demostrado poseer unas mentes superdotadas, aunque por lo demás se comportan como niños normales... Por ahora.

¿Qué ocurrirá más adelante? ¿Abandonarán sus cuerpos humanos -para ellos una simple envoltura física- metamorfoseándose en adultos incorpóreos, tal como ocurre con las larvas de algunas avispas que crecen en el interior de las orugas? ¿Los conservarán manteniendo con ellos algún tipo de simbiosis? ¿Serán genios o demonios? ¿Ayudarán a la humanidad a resolver sus problemas seculares apoyándose en sus portentosos intelectos o, por el contrario, la abandonarán a su suerte una vez logrados sus objetivos? Son muchas incógnitas, demasiadas para un simple mortal reducido a la condición de mero espectador del proceso. Lo que tengo claro, lo único evidente, es que a partir de ahora las cosas nunca podrán ser como antes.

En realidad poco me importa el futuro de la humanidad una vez haya cubierto mi propio ciclo vital, algo que ocurrirá dentro de varias décadas, y no creo que de aquí a entonces las cosas hayan podido cambiar lo suficiente para afectarme de forma significativa... O al menos eso creía hasta que, a los cuatro meses de gestación, los médicos descubrieron que mi mujer albergaba en su vientre a dos gemelos.

COBAYAS

-Puedes ahorrarte todos tus argumentos; por mucho que insistas, no vas a convencerme. Me parece inmoral que se realicen ensayos con animales.

-Tampoco hay que exagerar; no son inteligentes.

-¡Sólo faltaría eso! Pero son conscientes y sensibles, y sufren como podríamos sufrir nosotros. ¿Qué derecho tenemos a disponer tan alegremente de sus vidas? Además, esa crueldad con la que se les trata es la mayor parte de las veces gratuita. En realidad, ¿qué falta hacen esos ensayos? Podrían ser sustituidos perfectamente por simulaciones de laboratorio sin necesidad de tener que torturar a seres vivos.

-Tus planteamientos son nobles y bienintencionados, lo reconozco, pero resultan ingenuos. El avance de la ciencia exige a veces estos sacrificios...

-¡Ya estoy harto de oír esas excusas! ¿A qué avance de la ciencia te refieres? Porque ambos sabemos que la inmensa mayoría de estos experimentos no tienen por objeto una investigación científica seria e imposible de realizar de otra manera; casi siempre, por no decir siempre, se trata bien de estudios innecesarios cuya única finalidad real es la de satisfacer la vanidad de sus responsables, bien de iniciativas de industriales sin escrúpulos que nada tienen que ver con la defensa de la salud y sí mucho con el lucro personal de los mismos. En cualquier caso, las motivaciones no pueden ser más bastardas.

-Aunque fuera como dices, algo en lo que por cierto discrepo, conviene que los abolicionistas tengáis en cuenta una cuestión fundamental que soléis pasar por alto: Los ensayos nunca se realizan con animales salvajes, esto es algo que está completamente prohibido, sino con poblaciones criadas ex profeso para ello las cuales no existirían de no ser por nuestra tutela, ya que serían incapaces de valerse por sí mismas; dejadas a su libre albedrío no sobrevivirían, extinguiéndose al cabo de tan sólo unas pocas generaciones. Añade a esto que el animalario reproduce a la perfección, mejorándolo incluso, su hábitat original; de hecho ellos ignoran el carácter artificial del mismo, y creen vivir en libertad sin sospechar siquiera nuestra existencia.

-A pesar de ello...

-Y no queda todo en eso. Los ensayos tan sólo afectan a una mínima parte de la población total, con lo cual la inmensa mayoría de los especímenes llegan a desarrollar su ciclo vital completo, bastante corto por cierto, sin la menor interferencia por nuestra parte.

-No, si todavía tendrán que daros las gracias esos pobres animales a ti y a los que piensan como tú...

-No lo dudes; son extraordinariamente prolíficos, y de no ser diezmados periódicamente con esos experimentos científicos que a ti te parecen tan execrables, acabarían muriendo todos ellos a causa del hambre, la superpoblación y la intoxicación con sus propios detritus... Eso sin contar con su agresividad innata, que se exagera en los momentos de crisis. Lo creas o no, les estamos haciendo un gran favor. Ten en cuenta que nosotros somos los primeros interesados en mantenerlos con vida y razonablemente sanos, algo que ellos serían incapaces de hacer por sí mismos.

-Déjame que me ría; con estos argumentos tan hipócritas os resulta sencillo evitar los remordimientos de conciencia, justificando de paso cualquier cosa que se os ocurra hacer... Pero en la práctica ni siquiera os contentáis con eso, ya que cada vez diseñáis experimentos más crueles. Eso se llama sadismo.

-Yerras de nuevo. Ten en cuenta que estos animales tienen un increíble poder de adaptación, y las enfermedades que les inoculamos acaban convirtiéndose en inocuas para ellos. Si queremos que nos sigan siendo útiles, no nos queda otra solución que incrementar su virulencia o desarrollar nuevas cepas...

-Claro. Y ésta es la razón por la que el próximo ensayo que tenéis previsto realizar tendrá una mortalidad tan elevada que dejará en mantillas a todos los anteriores...

-Estás en lo cierto, pero ¿por qué no le buscas el lado bueno? Los resultados de este proyecto nos permitirán ayudar a la mejora de nuestro nivel de vida.

-¿A qué precio? Morirán millones de animales.

-¿Y qué? Últimamente se han reproducido de forma tan explosiva que amenazan con agotar todos los recursos, e incluso el propio espacio, de que disponen. Resultaba imprescindible sacrificar los excedentes de población para mantener su equilibrio, y los métodos tradicionales se han revelado insuficientes uno tras otro. Puesto que había que hacerlo, por lo menos así aprovecharemos para obtener unos resultados útiles.

-Dejémoslo estar; está visto que en este tema jamás nos podremos poner de acuerdo.

-Como prefieras.

* * *

En la Tierra todas las alarmas se habían disparado. Dominadas, cuando no erradicadas, la mayor parte de las enfermedades que habían flagelado a la humanidad desde la noche de los tiempos; controlados cada vez más el cáncer y las enfermedades cardiovasculares, principales fuentes de mortalidad hasta hacía poco; contenidas ya las plagas modernas del sida y el ébola, una nueva epidemia se extendía ahora con tintes apocalípticos hasta el

último confín del planeta, causando millones de víctimas sin que las impotentes autoridades médicas pudieran hacer nada por evitarlo.

La *Peste Roja*, así bautizada por la similitud de su propagación con la de su mortífera homónima medieval y por el color que adoptaba la piel de los enfermos antes de que éstos cayeran fulminados en el breve plazo de unas cuantas horas, se resistía impune a los frenéticos esfuerzos de la comunidad científica por ponerle freno, sin que todos los conocimientos existentes sobre enfermedades, ni todo el arsenal disponible de medicamentos, mostraran la menor efectividad contra esa nueva plaga bíblica, frente a la cual cualquier otro mal anterior se asemejaba a un simple juego de niños.

En aquellos atribulados tiempos no faltó quien aventurara que se trataba de una maldición divina precursora del fin del mundo, y también hubo fatalistas que recordaron a la doliente humanidad su naturaleza mortal. No faltaron tampoco pesimistas que pronosticaran la próxima extinción de la raza humana, ignorantes de que, pese a la muerte de centenares, de miles de millones de personas, el *Homo sapiens* seguiría existiendo sobre la faz de la Tierra; pero no por sus propios medios, sino porque a sus ignotos y todopoderosos criadores no les interesaba en modo alguno perder a sus útiles cobayas cósmicos.

REALITY SHOW

Juan García escondía, tras su anodino nombre, un considerable poder. No era el suyo un poderío político, económico, religioso, periodístico ni deportivo, sino televisivo... Porque era él quien cortaba el bacalao en los más importantes programas eufemísticamente denominados *reality shows* y, más coloquialmente, telebasura.

A pesar de ello, era un perfecto desconocido para todos los millones de telespectadores que seguían embobados las bazofias que caían bajo su responsabilidad: No las presentaba, ni las dirigía, y su nombre ni tan siquiera aparecía en los títulos de crédito de los programas; algo lógico, puesto que su misión era la de seleccionar a los concursantes y participantes que luego exhibirían impudicamente su intimidad y sus miserias humanas frente a medio país cuanto menos. Y aquí era el rey, por lo que bien podía decirse que al menos nueve de cada diez ciudadanos corrientes que tenían su momento de gloria en televisión pasaban por sus manos, y si alguno se le escapaba era debido a que, pese a la implacable dictadura de los índices de audiencia, algunas cadenas se empeñaban, tan romántica como inútilmente, en mantener en antena algún concurso cultural de esos que sólo veían cuatro gatos...

Pero a Juan García, al igual que a los propietarios de la productora para la que trabajaba, no le interesaba lo más mínimo la calidad sino exclusivamente la cantidad, que a fin de cuentas era lo que se traducía en dinero. Y por supuesto, carecía por completo de escrúpulos. ¿Qué la gente quería mierda? Pues mierda les daba, para satisfacción suya y de ellos. Al fin y al cabo, el hecho de que muchos millones de moscas pudieran o no estar equivocadas era algo que le resultaba por completo irrelevante; lo único que le importaba era el hecho de que esos muchos millones de moscas consumían una ingente cantidad de mierda, y él estaba dispuesto a venderles cuanta necesitaran... Porque él había hecho suya la cínica frase con la que Vespasiano, el pragmático emperador romano, rechazó los escrúpulos de su hijo Tito asegurándole, al tiempo que le ponía bajo la nariz uno de los sestercios recaudados en los urinarios públicos de Roma, que el dinero nunca olía independientemente de cual hubiera sido su origen.

Por su despacho habían pasado multitud de personajes y personajillos de toda laya, parte de los cuales, generalmente aquéllos más morbosos, habían sido seleccionados para participar en alguno de los innumerables programas basura que plagaban la parrilla televisiva, siempre diferentes y siempre idénticos entre sí... Y haciendo buena la máxima periodística que recomendaba evitar que la realidad estropeará un buen reportaje, siempre que estimaba que alguno de aquellos *strippers* de la intimidad no alcanzaba el nivel de escándalo requerido, no tenía el menor empacho en convertirlo en un improvisado actor supliendo con imaginación aquello que la vida no le había otorgado. El fin, en definitiva,

siempre justificaba para él los medios, sobre todo cuando este fin significaba un mayor beneficio económico.

Huelga decir que, con estos antecedentes, su especialidad eran los *bichos raros*, reales o fingidos, tanto más apetecibles cuanto más se desviaran de la normalidad, sin importarle demasiado que fueran atletas sexuales, coleccionistas de imposibilidades, monstruos de la naturaleza o cultivadores de la abyección cotidiana; todos ellos servían para sus fines, que no eran otros que los de exaltar el morbo y, a ser posible -aunque esto resultaba cada vez más difícil- escandalizar a las mentes bien pensadas que, pese a todo, todavía continuaban existiendo aunque fueran una especie en serio peligro de extinción.

Claro está que también se veía obligado a rechazar a toda una pléyade de infelices que, convencidos de que sus patéticas *habilidades* les abrirían las puertas del olimpo mediático, lograban llegar hasta sus dominios salvando los filtros previos de sus competentes subordinados, los cuales conseguían evitarle, no obstante, tener que bregar con la mayor parte de ellos; era desagradable, por supuesto, pero suponía una de las servidumbres de su trabajo que, como buen profesional, se veía obligado a aceptar.

Pero hoy estaba furioso con ellos, puesto que se les había colado el insignificante hombrecillo que, sentado frente a él, pretendía convencerlo de su singularidad... Cuando saltaba a la vista que no podía existir un ser más vulgar en toda la faz de la Tierra. Le iban a oír, se dijo, pero mientras tanto se veía obligado a soportar, bien a su pesar, a ese imbécil empeñado en exhibir vete a saber qué presunta habilidad que no fuera la de aburrir hasta a las ovejas...

-Entonces, señor...

-Discúlpeme, todavía no le he dicho mi nombre. En realidad resulta intraducible a su idioma, así que será mejor que me llama Xrñpqs.

-Bien, señor... -torció el gesto reprimiendo a duras penas su desagrado- Equisreñepecús -era lo más parecido que le resultaba posible pronunciar- ¿Cuál es su habilidad? Porque supongo que sabrá que a nuestro programa tan sólo acceden personas originales, cuando no excepcionales... Y la competencia es dura.

-Lo sé; soy seguidor y admirador del mismo desde su estreno en pantalla. -fingida o real, la coba no le iba a servir de nada frente al fogueado ejecutivo- Por ello estoy convencido de que nadie, ni antes ni después que yo, podrá competir conmigo.

-Pues dígame en qué consiste su habilidad. -la impaciencia comenzaba a hacer mella en él- Pero le ruego que sea breve, pues hay mucha gente esperando.

-Es sencillo. -respondió el hombrecillo- Soy marciano.

-¿Marciano? -la sorpresa de Juan García era auténtica- ¿Usted? -remachó, mirándole de arriba abajo- Pues lamento decirle que no tiene el menor aspecto de ello...

-Lo sé. -musitó compungido el aspirante a estrella- Supongo que las cosas hubieran resultado más sencillas de haberme presentado con antenas, pies palmeados, piel verde y una trompetilla por nariz... Por desgracia los marcianos no somos así, lo siento.

-Ni así ni de ninguna otra manera. -la amabilidad prefabricada se había disipado, sustituida por una creciente irritación ante la certeza de encontrarse frente a un torpe chiflado que le estaba haciendo perder miserablemente su precioso tiempo- ¡Hasta los niños saben que en Marte no existe el menor atisbo de vida, y mucho menos marcianos! ¿Ha oído hablar usted de las sondas espaciales de la NASA? Se han paseado por allí como Pedro por su casa, sin encontrar siquiera el más minúsculo bichito...

-Cierto, pero usted está hablando de este Marte; yo provengo de otro situado en un universo paralelo.

-¡Ah, acabáramos! -estaba claro que su interlocutor era el típico excéntrico amante de los encuentros en la tercera fase y zarandajas similares; lástima que el tema estuviera tan pasado de moda, porque años atrás podría haber conseguido tan buena audiencia como otros charlatanes similares- Eso lo explica todo.

-Me alegra que lo comprenda. -respondió con alivio el lunático, sin percibir aparentemente la patente sorna del comentario- Así me resultará más fácil explicárselo.

-Supongo que en ese universo paralelo Marte será perfectamente habitable, y en la Tierra seguirán reinando los dinosaurios... -ya que tenía que aguantarlo, se dijo, al menos intentaría burlarse un poco antes de desembarazarse de él.

-Se equivoca usted en la segunda afirmación. En la Tierra de mi universo los dinosaurios también fueron reemplazados por los mamíferos, pero el hombre jamás llegó a aparecer en ella.

-Bueno, al menos eso habrá evitado la extinción de animales como el moa, el dodo o el lobo marsupial... -comenzaba a divertirse la chifladura del tipejo- Lo que me sorprende es que los marcianos sean tan parecidos a nosotros; de hecho, yo hubiera sido incapaz de descubrir su origen de no habérmelo revelado usted.

-En realidad no somos así como usted me ve, sino muy diferentes físicamente a ustedes; de hecho, somos completamente distintos. Pero las normas que regulan los viajes interuniversales son muy estrictas en lo referente a este punto: debemos adoptar el aspecto de los aborígenes sometidos a estudio, con objeto de poder mezclarnos con ellos sin causar sospechas que pudieran provocar que fuéramos descubiertos.

-¡Ah, ya! -fingió- Y dígame, ¿cuáles son los motivos de su visita? ¿Espíarnos con vistas a preparar una invasión de nuestro planeta? -ciertamente le resultaba muy molesto sentirse calificado de *aborigen*- Supongo que con su tecnología infinitamente superior a la nuestra les resultaría sumamente sencillo conquistarnos...

-¡Oh, no! Pierda cuidado. -las explicaciones del hombrecillo parecían sinceras, tan sinceras como podrían ser proviniendo de un loco- Nuestras intenciones son pacíficas. Tan sólo deseamos ampliar nuestros conocimientos sobre otras culturas sin hacerles el menor daño.

-Sí, es lógico. -fingió asentir siguiéndole la corriente- Pero lo que no acabo de entender es la razón por la que desea proclamar públicamente su verdadera naturaleza; a tenor de lo que me ha dicho, cabría suponer que tuviera buenas razones para permanecer oculto.

-Y así hubiera sido en condiciones normales. -suspiró el presunto marciano rebulléndose intranquilo en su asiento, cual niño pillado en falta- Pero... verá. Yo soy solamente lo que ustedes llamarían un becario, y mi financiación digamos que deja bastante que desear. Por esta razón me he visto obligado a intentar ganar algún dinero. En mi planeta esto no hubiera sido necesario dado que la economía está basada en la energía social concomitante, pero aquí... Bien, necesito euros para terminar mi curso de doctorado, y se me ocurrió que ésta podría ser una buena manera de conseguirlos.

-Evidentemente. -por prudencia prefirió renunciar a preguntarle qué demonios era eso de la *energía social concomitante*- Y si por mí fuera no habría inconveniente, pero por desgracia... Me temo que existe un problema.

-¿Qué problema? -una expresión de alarma se encendió bruscamente en el rostro del hombrecillo.

-Muy sencillo. Tenga en cuenta que el grueso de nuestros espectadores no suelen ser demasiado... ¿cómo diría? intelectuales, y necesitarían una demostración palpable de su naturaleza marciana. Si su aspecto físico hubiera resultado ser suficientemente convincente bastaría con haberle mostrado a las cámaras aunque usted no tuviera ni antenas ni color verde, pero así... Habría que buscar alguna prueba fehaciente capaz de convencer hasta al más escéptico. No tendría por qué ser demasiado espectacular, bastaría con una pequeña muestra de levitación, telepatía, teletransportación... O, si lo prefiere, podría mostrar algún objeto de tecnología marciana tal como una pistola de rayos desintegradores, un transmutador de materia o cualquier otra minucia por el estilo; nada importante y que no resultara complicado para usted.

-¡Oh, no! Eso no puede ser. -la desolación de Xrñpqs era patente- Tenemos terminantemente prohibido hacer nada de lo que usted dice. Tendrán que creer en mi palabra.

-Pues lamento decirle que, de no ser así, será de todo punto imposible que usted participe en nuestro programa. Ya conoce su título: *Real como la vida misma*. Eso lo dice todo. -la compunción del ejecutivo estaba tan bien fingida que parecía real- Y ciertamente le aseguro que lamentaría infinito no poder contar con usted en el programa; me ha caído simpático. Por esta razón, me gustaría ayudarle. ¿No podría hacer algún pequeño milagrito, algo que se saliera de lo común, para probar sus afirmaciones?

-No sé, lo que me pide es muy difícil... Claro que podría hacerlo, bastaría con kmelear un psifronte redocalmular, o bien podría erosipear un clorutrino simpatoso... Pero es ilegal hacerlo fuera de Marte. Hasta un simple glopunt podría acarrearle problemas. A no ser que... -de repente se le iluminó el semblante antes de caer de nuevo en el desánimo- No, esto sería demasiado fuerte. No me atrevo.

-¿Por qué no me lo explica? -invitó- Quizá esa idea no sea tan descabellada como usted piensa.

Media hora más tarde al presunto marciano le era entregado un sustancioso cheque a cambio de su participación en el programa. Juan García estaba cada vez más convencido de que el pobre hombre estaba como una regadera, pero había llegado a la conclusión de que podría servir de contrapunto cómico a la fauna habitual que pululaba por el mismo; un bufón nunca venía demasiado mal, y últimamente andaban bastante escasos de ellos. Por supuesto el pobre hombre acabaría cayendo en el más espantoso de los ridículos, pero eso era algo que a él no le importaba lo más mínimo. Además, ¿no había cobrado? Pues que realizara su trabajo, que para eso le pagaban.

* * *

-Y hoy traemos para ustedes, en exclusiva mundial, a un personaje excepcional... Bueno, en nuestro programa, como bien saben ustedes, todos los invitados lo son. Pero no todos los días podemos contar con alguien llegado de tan lejos, de fuera de nuestro planeta. Señores, con ustedes ¡Míster Xrñpqs, procedente de Marte!

La introducción del empalagoso presentador fue rubricada por la parafernalia típica del programa: Música estridente capaz de volver loco a cualquiera, juegos de luces de discoteca barata y rodoble final de tambor al más puro estilo circense, todo ello rematado con un apoteósico -y sobado, puesto que era más viejo que la televisión misma- enfoque del personaje anunciado mientras el resto del estudio se sumía en la sombra. Al pobre individuo le habían caracterizado como si de un Flash Gordon de opereta se tratara, ataviado con un traje plateado que remedaba a los de los astronautas de ciencia ficción de serie B y maquillado con un peinado a lo Mr. Spok que hacía resaltar el tono decididamente verdoso que le habían dado a su tez. El patético resultado, a mitad de camino entre lo *kisch* y lo decididamente hortera, satisfacía no obstante, como bien sabían los astutos redactores, los escasamente sofisticados gustos de los telespectadores.

Cumpliendo con el ritual típico del programa, los aleccionados espectadores que asistían en directo dieron la bienvenida al *marciano* con un estruendoso recital de aullidos, silbidos, pateos e incluso algún que otro insulto, todo ello entremezclado, claro está, con la necesaria dosis de aplausos también de *cla*. Por supuesto, todo era normal y estaba previamente ensayado.

Una vez amainado el temporal, el presentador retomó las riendas del programa procediendo a relatar un currículum de Xrñpqs convenientemente aderezado por los guionistas en aras de acrecentar su *interés humano*. A continuación llegó el turno de los despellejadores oficiales del programa, los cuales sometieron a la pobre víctima a un interrogatorio en tercer grado del que no faltaron preguntas tales como si existían homosexuales en Marte o si era posible mantener relaciones íntimas con seres de otros planetas... Asimismo todo amañado, por supuesto.

El último punto del elaborado guión consistía en un reto lanzado por una viborilla de la prensa rosa, cuya misión consistía en manifestar su escepticismo y rematar la faena exigiendo a su antagonista una demostración irrefutable de sus afirmaciones. En este caso, claro está, a Xrñpqs se le pidió que probara su condición de marciano.

-Y bien, señor Xrñpqs, usted nos ha contado una historia muy bonita... Que yo no me creo. Ante mí lo único que veo es a una persona vulgar -el hiriente adjetivo no había sido elegido al azar- disfrazada de payaso. Yo le exijo que nos demuestre, aquí y ahora y con las cámaras de testigo, que usted no nos está mintiendo y procede realmente del planeta Marte. Si no lo hace, le pondré una denuncia en el juzgado por intento de estafa a los españoles. ¿Está dispuesto a seguir adelante, o prefiere retirarse ahora que todavía está a tiempo?

Por supuesto todo era puro teatro, pero añadía un toque de dramatismo barato muy del gusto de los guionistas del programa; incluso tenían preparado a un gancho que, camuflado entre los espectadores, saltaría en su momento al escenario intentando agredir al *marciano* por mentiroso, algo que por supuesto evitaría el fornido vigilante jurado -también de *atrezzo*- encargado de impedir este tipo de *incidentes*.

Xrñpqs parpadeó con timidez ante la fuerte luz que le deslumbraba, carraspeó un par de veces y dijo finalmente con un hilo de voz:

-Estoy dispuesto a demostrar que digo la verdad.

Una vez calmada la barahúnda que se organizó en el estudio, a indicación del avisado presentador continuó:

-Soy perfectamente capaz de hacer desaparecer a la Tierra, a todo este universo. Y voy a hacerlo, en castigo a su incredulidad.

Nueva jarana, todavía más fuerte que la anterior. Los productores deberían estar frotándose las manos ante el éxito de audiencia y a Juan García, que asistía al programa detrás de las cámaras, le satisfacía comprobar que su intuición había vuelto a estar acertada.

-¡Silencio! ¡Silencio, por favor! -el presentador hacía esfuerzos, tan denodados como fingidos, para calmar a la rugiente masa- El señor Xrñpqs ha afirmado que va a hacer desaparecer ¡a todo el planeta! Señores, éste es el mayor reto al que nos hemos enfrentado en toda la vida del programa. ¡Qué digo! El mayor reto de toda la historia de la televisión. No se lo pierdan, pero antes... Unos instantes de publicidad y enseguida estaremos de nuevo con ustedes.

Los *instantes de publicidad* fueron, claro está, quince minutos largos. Cuando finalmente la barahúnda de coches maravillosos, cuerpos diez y detergentes que lavan más blanco remitió por puro agotamiento, en las pantallas de los televisores volvió a aparecer el chillón decorado en el que media docena de chicas, ataviadas con una indumentaria presuntamente futurista y llamativamente escasa, bailaban al son de una estruendosa música discotequera.

-Bienvenidos de nuevo a su programa favorito. -saludó el presentador dando rienda suelta a su verborrea- Les recuerdo que míster Xrñpqs ha aceptado el reto y va a intentar hacer desaparecer a todo el planeta, ustedes por supuesto incluidos. ¿Lo conseguirá? Míster Xrñpqs, ¿sería usted tan amable de explicarnos cómo lo va a conseguir?

-Yo... -tartamudeó el hombrecillo, cuya palidez quedaba resaltada por el fantasmagórico maquillaje que le cubría la cara- Es fácil. En realidad ustedes no existen, nada de este universo existe. Todo ustedes son ficticios, los creé yo con el poder del pensamiento y sólo existen en el interior de mi mente, por lo cual si lo deseo puedo hacerlos desaparecer sin más que olvidándolos.

Nuevo escándalo, por supuesto. Los responsables de las cadenas rivales debían de estar subiéndose por las paredes. Cuando pudo volver a hablar, añadió:

No es cierto lo que les dije acerca de los universos paralelos; no existen, ni han existido nunca. El único universo real es el mío, en el cual en la Tierra jamás prendió la chispa de la inteligencia. Pero los marcianos somos una raza perezosa, y nada odiamos más que abandonar nuestro acogedor planeta. Por esta razón, en lugar de visitar otros mundos nos los inventamos en nuestra mente, introduciéndonos en ellos para participar de forma activa en los mismos... Hasta que nos cansamos. Entonces empezamos otra partida.

»Ustedes, todos ustedes, todo lo que conocen, son una mera creación mía, solamente existen en mi imaginación. -un silencio sepulcral se había cernido sobre el plató- Y basta con que yo lo desee para que desaparezcan como si nunca hubieran existido... Porque realmente nunca han existido.

-¡Eso es mentira! -gritó de repente el falso espectador bajando a saltos de su asiento- ¡Embaucador! ¡Te voy a partir la cara para que aprendas a no reírte de nosotros!

-Ustedes lo han querido. -suspiró el marciano con displicencia- Hasta nunca.

Y el mundo se borró de un plumazo.

* * *

-Xrñpq̄s, me parece que esta vez te has pasado.

-¿Por qué? Ya me estaba hartando de ese mundo tan estúpido, y de todos modos de alguna manera tenía que darle carpetazo, digo yo... Se me estaba acabando el tiempo.

-Sí, ¿pero tan a lo bruto? ¿No podías haber ideado una catástrofe cósmica, una guerra nuclear, una extinción masiva de la vida sobre el planeta?

-Eso está ya muy visto. Para obtener una buena puntuación estaba claro que tenía que buscar un final original.

-Original sí, pero no excéntrico... No sé, mucho me temo que el jurado no te vaya a seleccionar como finalista.

-¡Mira quién habló! Tú sí que no tienes la menor posibilidad con esas ridículas criaturas de energía pura incapaces de convencer a nadie...

Enzarzados en la discusión los dos marcianos, unos seres ameboides que reptaban plácidamente por el rojizo suelo del planeta, abandonaron con marcha pausada el recinto en el que acababan de competir telepáticamente con sus congéneres imaginando mundos inexistentes que posteriormente eran evaluados y premiados por un jurado instituido al efecto. No tenían prisa alguna por conocer el veredicto; los marcianos eran unos seres longevos y perezosos cuya única ocupación eran estas olimpiadas mentales, puesto que desde hacía eones su avanzadísima tecnología había resuelto todas sus necesidades materiales.

Mientras tanto, allá en lo alto, en un firmamento tachonado de estrellas, brillaban pálidamente las dos pequeñas lunas del planeta, eclipsadas por el rutilante fulgor de un astro de bellos tonos azulados.

NO ES ORO...

I

Durante mucho tiempo se había especulado, largo y tendido, sobre las circunstancias en las que tendría lugar el primer contacto entre la humanidad y una hipotética civilización extragaláctica, así como sobre las posibles consecuencias que acarrearía éste, las cuales se presumían trascendentales. Sin embargo, la realidad fue mucho más prosaica de lo esperado. Nada hubo que se pareciera, ni aun remotamente, a una invasión extraterrestre trufada con la parafernalia de platillos volantes y rayos desintegradores tan del gusto de Hollywood. Nada hubo tampoco que tuviera que ver con gloriosas expediciones al estilo de la épica consagrada por las películas del Oeste ya que, para empezar, ni los terrestres habían conseguido poner el pie siquiera en Marte, ni en ese planeta alentaba el menor atisbo de vida. También habrían de sentirse defraudados los seguidores de la teoría de los encuentros en la tercera fase, incluyendo claro está en la nómina de frustrados a toda esa caterva de iluminados que habían hecho una religión, o casi, de su pintoresco culto a los ovnis.

En la práctica, las cosas fueron infinitamente más sencillas. Era evidente que los extraterrestres -los *pkarr*, por usar el término con el que ellos mismos se autodenominaban- habían estudiado previamente con objeto de establecer las condiciones idóneas para el siempre delicado primer contacto; pero ni se habían paseado por nuestros cielos en unos inexistentes platillos volantes, ni habían abducido a ser viviente alguno para destinarlo a ignotos experimentos científicos o sociales. Simplemente, se habían limitado a estudiar las emisiones de radio y televisión, a rastrear por internet y a realizar observaciones orbitales para recabar la información deseada sin necesidad alguna de mancharse las manos. Por supuesto tampoco este estudio se había extendido desde la más remota antigüedad; de hecho, ni tan siquiera se había iniciado a raíz del final de la II Guerra Mundial fecha *oficial* del inicio de las visitas alienígenas según la ufología más ortodoxa... En realidad, su llegada al Sistema Solar había tenido lugar tan sólo veinte años antes del primer contacto aunque, eso sí, conocían la existencia de vida inteligente en nuestro planeta desde mucho tiempo atrás sin que nunca hasta entonces hubiéramos suscitado aparentemente su interés.

Pero cuando decidieron que las cosas estaban maduras, se presentaron un buen día en las sedes de gobierno de los principales estados del planeta o, al menos, en las de los que ellos consideraron como principales, para decepción de más de un aspirante a estadista... Lo hicieron simultáneamente y con toda sencillez, tres de ellos para cada embajada, retransmitiendo su llegada -sólo Dios sabría cómo habían conseguido hacerlo- por todas las cadenas de televisión del mundo.

Nada aficionados a los complejos rituales diplomáticos que tan caros resultaban a sus perplejos anfitriones, los *pkarr* fueron directamente al grano expresándose con toda claridad -al menos en eso sí habían acertado los escritores populares de ciencia ficción- en las correspondientes lenguas vernáculas de los países visitados. En resumen, vinieron a afirmar que sus intenciones eran amistosas, y que no tenían la menor intención de inmiscuirse en los asuntos internos de la Tierra... y eso que motivos no les habrían faltado, con tres o cuatro guerras de regular tamaño desatadas en esos momentos junto con un buen puñado de conflictos locales de *baja intensidad* y nula trascendencia en los delicados engranajes económicos del planeta, amén claro está, de la habitualmente abultada nómina de tiranos y tiranuelos de toda laya desperdigados a lo ancho y largo del orbe.

Tampoco pretendían, advirtieron de forma explícita, practicar nada que pudiera ser considerado como colonialismo, neocolonialismo o neoneocolonialismo de ningún tipo; de hecho, ni tan siquiera estaban interesados en la explotación de los yacimientos minerales existentes en las distintas regiones del Sistema Solar, unas riquezas por otro lado de las que habrían podido apropiarse tranquilamente, de haberlo querido, sin el menor inconveniente y, por supuesto, sin necesidad de pedirnos el menor permiso.

Entonces, ¿qué era lo que buscaban realmente los visitantes en nuestro planeta? Para sorpresa de los gobiernos terrestres, que no entendían una iniciativa de ese tipo ajena a cualquier pretensión de anexión o conquista, éstos manifestaron con la mayor ingenuidad o, según los más desconfiados, con la mayor hipocresía, que tras asentarse en los sistemas solares cercanos, deshabitados hasta entonces, habían estimado oportuno cursar una visita de buena vecindad. Dado que el grado de desarrollo de nuestra civilización distaba aún mucho de alcanzar el mínimo requerido para entrar a formar parte de la Comunidad Galáctica -una especie de ONU interplanetaria-, las leyes vigentes en este sector de la Vía Láctea prohibían taxativamente cualquier tipo de intervención, por parte de los estados miembros, que pudiera suponer una perturbación en nuestro proceso natural de evolución, que debería ser dejado exclusivamente a merced de nuestras propias fuerzas.

Lo que no impedían las citadas leyes era el conocimiento mutuo, así como los contactos, eso sí, estrictamente controlados, que no supusieran perjuicio alguno para nuestra cultura. Dicho con otras palabras: Si bien los terrestres podíamos contar con la seguridad de que los *pkarr* ni nos iban a invadir ni nos iban a someter a ningún tipo de dominio, colonización o esclavitud, la otra cara de la moneda era, para decepción de muchos, su negativa tajante, amparada en la aludida prohibición, a permitir que nos beneficiáramos de su increíblemente avanzada tecnología debido a la consabida excusa de que todavía no estábamos preparados para ello. En definitiva, tanto para lo bueno como para lo malo, tendríamos que seguir ventilándonos los unos solos.

Huelga decir que estos hechos provocaron una auténtica tormenta dialéctica entre quienes aprobaban la para ellos prudente actitud de los *pkarr* y quienes, por el contrario,

denunciaban su injustificable egoísmo, sin que prácticamente nadie, en ninguno de los dos bandos, atendiera a los sensatos argumentos de algunos -no todos- antropólogos que resaltaban el hecho cierto de que, siempre que se había producido un contacto entre dos sociedades de diferente nivel cultural hasta entonces ajenas, era a la más débil a quien le había tocado bailar con la más fea, no siendo infrecuente, incluso, su extinción...

Ni tan siquiera los propios eruditos conseguían ponerse de acuerdo acerca de las consecuencias que habría de acarrear el simple conocimiento de que no estábamos solos en el universo, agravándose además la cuestión por la circunstancia, no por evidente menos desagradable, de que nosotros éramos ahora los *primitivos*. Así, para unos el contacto sería una humillación cultural de consecuencias incalculables, siendo necesario advertir, eso sí, que la preocupación de éstos sólo tan sólo se extendía a lo que pudiera ocurrirle a la orgullosa cultura occidental; aunque en realidad no se trataba de algo que quitara el sueño a colectivos sociales tales como los esquimales, los papúes, los aborígenes amazónicos, los nativos australianos, los pieles rojas o los bosquimanos, nada sospechosos de compartir el etnocentrismo de europeos y norteamericanos.

Otros, por el contrario, creían que esta certeza habría de servir de acicate a la humanidad en su conjunto para que, abandonando de una vez todos sus instintos autodestructivos, volcara sus energías en un desarrollo armónico que le permitiera salvar, en el menor tiempo posible, la brecha que nos separaba del apenas entrevisto paraíso galáctico.

En cualquier caso las consecuencias prácticas del contacto con los *pkarr*, no por limitadas menos tangibles, no tardaron en hacerse notar. Los visitantes querían de nosotros, básicamente, información de todo tipo, sin que ninguna rama del conocimiento humano quedara al margen de su interés. Y, aunque ya habían recogido, sin necesidad de permiso alguno, cuanto circulaba libremente por el éter -radio, televisión- o por las redes informáticas e internet, deseaban asimismo acceder a toda aquella documentación disponible únicamente mediante una visita directa, tanto bibliotecas y archivos no informatizados, como monumentos y yacimientos arqueológicos. Esto último se debía, tal como reconocieron, a que sus sistemas de registro gráfico estaban infinitamente más desarrollados que los nuestros, por lo cual no se conformaban con una fotografía del Taj Mahal prefiriendo fotografiarlo -o como se denominara su técnica equivalente- personalmente. Por supuesto se comprometieron a realizar sus actividades de la manera más discreta y menos perturbadora posible, respetando los tabúes locales o adaptándose a ellos con un exquisito tacto, lo que les permitió culminar satisfactoriamente sus visitas a lugares tan comprometidos como la Meca o Salt Lake City.

En agradecimiento a la hospitalidad de sus anfitriones terrestres, y ante la imposibilidad legal de compensarnos con ningún tipo de regalo de índole tecnológica, los *pkarr* propusieron reclutar un selecto grupo de nativos excepcionalmente inteligentes, a los

cuales llevarían consigo a sus planetas de origen con objeto de familiarizarlos con su cultura. Estos pioneros serían entrenados con objeto de convertirlos en una élite que, a su vuelta, tendría como misión facilitar nuestro ingreso en la Comunidad Galáctica. Este tipo de influencia, benéfica y controlada, era la única permitida por la estricta legislación interplanetaria, estando enfocada fundamentalmente a la difusión entre nosotros de una filosofía humanista, no muy diferente de la moral propugnada por las principales confesiones religiosas, pero carentes de los componentes dogmáticos y autoritarios que solían arrastrar éstas. La evolución de la Tierra teniendo como meta su integración en la galaxia, advertían nuestros mentores, no tendría que ser tecnológica, sino ideológica y cultural, debiendo volcar nuestros esfuerzos en la erradicación de la violencia y las injusticias económicas, culturales y sociales. Y eso lo tendríamos que hacer nosotros solos, sin más ayuda que la inestimable de nuestros catecúmenos tras ser adiestrados éstos por los benévolos *pkarr*.

El número de candidatos presentados a la convocatoria fue, como cabía esperar, inmenso. Millones y millones de hombres y mujeres, en todos los países del globo, se ofrecieron como voluntarios de forma masiva para viajar a los mundos *pkarr*. Puesto que éstos habían limitado el número de invitados a tan sólo cinco mil personas, los procesos de selección fueron extraordinariamente duros y exigentes, primero realizados por los propios gobiernos locales y, finalmente, por los propios *pkarr*, deseosos de que sólo los mejores entre los mejores lograran superar la rigurosa criba. Los finalmente elegidos cumplían una serie de requisitos que hacían de ellos unos dignos representantes de la raza humana: no eran aventureros ni, mucho menos, fanáticos, sino unas personas sensatas y equilibradas con gran estabilidad emocional, alto cociente intelectual y un nivel cultural muy por encima de la media. En resumen, se trataba de la mejor embajada con que la Tierra hubiera podido soñar, para orgullo de todos sus habitantes y satisfacción de los exigentes y puntillosos *pkarr*. Embarcados todos ellos, alienígenas y terrestres, en la enorme nave interplanetaria que habría de conducirlos hasta su remoto destino, la humanidad volvió a encontrarse frente a sus quehaceres habituales, aguardando con expectación las noticias de sus afortunados hijos.

El vínculo con ellos no había quedado roto del todo. Antes de partir, los *pkarr* habían instalado en Nueva York una estación trasmisora mediante la cual, en tiempo real a pesar del abismo de varios años luz que separaba a la Tierra de sus planetas, los pioneros podrían comunicarse con nosotros. Una semana después de su partida éstos llegaban al planeta capital de sus anfitriones, y a partir de entonces fueron narrando periódicamente las maravillas que descubrían de forma continua.

Han pasado más de diez años, y muchas son las cosas que han cambiado en nuestro planeta desde entonces. Los cinco mil voluntarios siguen allí, aunque sus contactos con la Tierra son cada vez más infrecuentes a causa, sin lugar a dudas, de su creciente grado de integración en la fascinante cultura *pkarr*. Se trata de un indicio sumamente positivo por

mucho que puedan augurar los sectores más agoreros de la opinión pública, ya que prueba la capacidad de los terrestres para adaptarnos sin traumas de ningún tipo a la sociedad interplanetaria a la que tarde o temprano estamos predestinados a pertenecer. Podemos, y debemos; tan sólo tendremos que conseguir que el conjunto de nuestra población comparta las virtudes que enaltecían a nuestros héroes, aguardando con paciencia, pero con perseverancia, la llegada del feliz momento en el que una nueva y esplendorosa era abra de par en par sus puertas a la gozosa humanidad.

G.W. Bushman. "La llamada del Universo". Prólogo. Editorial Prometeo. Buenos Aires, 2027.

II

Ciudad de Pkarr, 7 de agosto de 2018

Hoy he vuelto a conectarme a esa maravilla que, traducido al español, podría describirse como *transductor cerebral*, una especie de interfaz que permite la conexión directa del cerebro con la red informática global que se extiende, teóricamente, por todo el orbe galáctico habitado... Aunque en nuestro caso las restricciones son rigurosas, a la par que necesarias, dado que, según nos han explicado los instructores *pkarr*, nuestras mentes serían incapaces de asimilar el ingente volumen de información con el que nos encontraríamos. Pero con el acceso restringido del que disponemos nos basta, es tal el cúmulo de maravillas desplegado ante nosotros, que uno desearía poder estar conectado las veinticuatro horas del día (en realidad unas veintiséis y media en este planeta) olvidándose hasta de las necesidades fisiológicas más perentorias, como comer o dormir.

Claro está que no nos lo permiten; incluso en las razas más evolucionadas de la galaxia, aquéllas frente a las cuales los propios *pkarr* son unos recién llegados, existe el peligro de la adicción; cuanto más entre nosotros, que no estamos habituados a esta técnica por lo demás tan común para ellos como lo es hablar por teléfono, o navegar por internet, en la Tierra. Nuestros anfitriones, siempre velando por nuestra comodidad y nuestra salud, desean que aprendamos todo cuanto pueda sernos útil para catalizar en un futuro el desarrollo de nuestro planeta, evitando al mismo tiempo que un exceso de celo por nuestra parte pudiera acabar redundando en una situación perniciosa. Por esta razón el acceso a los terminales cerebrales nos está rigurosamente limitado, pareciéndonos eterna la espera hasta la llegada de un nuevo turno.

Esto no quiere decir, en modo alguno, que nos aburramos mientras tanto; los estímulos son numerosos, y tan variados, que nos falta tiempo para abarcarlos todos. Las visitas turísticas, físicas y virtuales, no sólo por el territorio *pkarr* sino también, vía holograma, por todos los rincones conocidos de la galaxia, son una de las actividades más ansiadas, excepción hecha, claro está, de las visitas al *transductor*. El arte *pkarr* en todas sus vertientes (pintura, arquitectura, música y varias disciplinas más difícilmente describibles, como la *meteorología artística*, la *gimnasia argumental* o los *pensamientos lánguidos*) es asimismo fascinante aunque, en ocasiones, de difícil percepción.

Y estudiamos. Estudiamos constantemente, descubriendo nuevas ramas de la ciencia insospechadas hasta ahora, como la *metatermodinámica* o la *sociometría estadística*, o profundizando en algunas tan clásicas como las matemáticas, la física, la química o la tecnología. Claro está que la comprensión de muchas de las teorías científicas desarrolladas por los *pkarr* resulta en ocasiones extremadamente compleja incluso para los más aptos de nosotros, por lo que nuestros profesores nos recomiendan que no nos impacientemos, ya que todo llegará a su tiempo. ¡Que tengamos paciencia! Tener delante de los ojos la *Teoría Multipolar del Espacio Tiempo*, por poner un ejemplo, que es la que justifica y permite los

viajes espaciales a mayor velocidad que la luz, y no poder entenderla, es tan desesperante para un físico, como lo es para un biólogo no ser capaz de desentrañar los sutiles mecanismos bioquímicos involucrados en la vacuna universal que nos fue aplicada nada más llegar aquí, la cual nos pone a salvo de cualquier tipo de infección, reacción alérgica o proceso canceroso de por vida.

Pese a todo aprendemos, aprendemos mucho, y no vemos llegada la hora de nuestro retorno... Ni lo deseamos, puesto que ante tal despliegue de maravillas resultaría extremadamente duro tener que asumir la vuelta a la atrasada sociedad terrestre a la que pertenecemos. Desconocemos cuanto tiempo permaneceremos todavía aquí, ni tan siquiera los *pkarr* lo saben; pero esperamos, y deseamos fervientemente que cuanto más tarde llegue la hora del retorno, mejor.

J.A. García. Crónicas de un viajero a los planetas pkarr. Editorial Universo. Madrid, 2030. Vigésimocuarta edición.

III

A LA OPINIÓN PÚBLICA

La Asociación Ecologista Universo Libre, en su lucha por la preservación de la vida salvaje en el orbe galáctico, denuncia públicamente las prácticas ilegales que, de forma continua, viene realizando impunemente el gobierno de la República Pkarr con el consentimiento tácito de la Comunidad Galáctica, conculcando los Derechos Universales de la Fauna y Floras Silvestres sancionados internacionalmente por el Protocolo de Aashum, firmado por el gobierno pkarr.

Este Protocolo, en su artículo tercero, párrafo cuarto, prohíbe explícitamente todo tipo de explotación de índole comercial, así como cualquier otra actividad que pueda resultar perjudicial, de especímenes salvajes y, en especial, de animales procedentes de reservas naturales sometidas a un régimen de protección especial. Violando la prescripción, el gobierno pkarr ha procedido a importar en secreto, de una reserva natural ubicada en su ámbito territorial, varios miles de individuos pertenecientes a la especie dominante en el planeta.

Estos especímenes han sido utilizados aparentemente en investigaciones científicas tendentes al desarrollo de redes informáticas de naturaleza orgánica basadas en sustratos de tejidos neuronales vivos, lo cual incumple asimismo los convenios internacionales Seti I y Seti II, así como las recomendaciones de la Organización Galáctica de la Salud sobre prevención del maltrato animal y minimización de daños en razas de laboratorio.

Por todo ello, exigimos a la comunidad interplanetaria que obligue al gobierno pkarr a respetar el Protocolo en todos sus términos, interrumpiendo los experimentos y devolviendo a estos especímenes a su hábitat natural, debiendo comprometerse asimismo a no realizar en un futuro ninguna actividad que conculque la normativa legal o resulte perjudicial para cualquier tipo de especie viva, independientemente de su grado de desarrollo mental.

Asimismo, convocamos a los ciudadanos preocupados por la preservación del medio ambiente galáctico a asistir a las manifestaciones de protesta que tendrán lugar, en fecha y hora de las que se avisará oportunamente, frente a las embajadas y consulados pkarr, así como a la marcha pacífica al sistema planetario expoliado de la Caravana por la Vida, que será encabezada por nuestro buque insignia *Guerrero del Universo*.

En Nueva T'iilith, a 7.358-65-47A (Era Galáctica).

IV

COMUNICADO DEL MINISTERIO DE INFORMACIÓN DE LA REPÚBLICA PKARR

A LA OPINIÓN PÚBLICA

Ante la calumniosa campaña de desprestigio lanzada contra el Gobierno de esta nación por parte de la autodenominada Asociación Ecologista Universo Libre, este Ministerio desea hacer público el siguiente comunicado:

1.- Son completamente falsas las acusaciones vertidas por la citada Asociación Ecologista Universo Libre respecto a una presunta violación, por parte del gobierno de la República Pkarr, de tratados internacionales tales como el Protocolo de Aashum o los Convenios Seti I y Seti II, y tampoco se han incumplido en ningún momento las recomendaciones de la Organización Galáctica de la Salud sobre prevención del maltrato animal. Este Gobierno entiende que todo se debe a una conjura orquestada por los enemigos del orden y el progreso, que buscan la debilitación deliberada del estado de derecho como única manera de alcanzar aquello que jamás conseguirían recurriendo a las vías legales establecidas. Sabido es quien se esconde en realidad tras el camuflaje de ese falso ecologismo, y sabido es también que, de lograr sus propósitos, tan sólo provocarían el caos de la sociedad que carcomen.

2.- Aunque este Ministerio estima que no sería necesaria ninguna justificación al no haberse violado precepto alguno, por deferencia a los honrados ciudadanos pkarr quiere dejar bien claro que el condominio establecido sobre la Reserva Natural QW-258, conocido también por el nombre aborígen de *La Tierra*, está plenamente reconocido por la Comunidad Galáctica, hallándose sometida su administración a la Ley Qulan-Ñge/2 que estipula, tanto su preservación integral en las condiciones originales, como la prohibición de explotación de sus materias primas, tanto vivas como inanimadas. El Gobierno de la República Pkarr asume plenamente estas restricciones, habiéndolas cumplido en todo momento.

3.- La Enmienda Xxrstp/4 a la citada Ley Qulan-Ñge/2 determina, no obstante, la posibilidad de que *“la potencia administradora de una Reserva Natural ejerza su derecho a seleccionar porciones limitadas de la fauna autóctona, siempre y cuando éstas no excedan de la millonésima parte de la población total y se destinen a investigaciones científicas que tengan por objeto un mejor conocimiento de las condiciones de vida, y las aptitudes, de los citados especímenes. Queda explícitamente excluida de la autorización toda aquella intervención que pudiera provocar interferencias irreversibles en el desarrollo ecológico de la Reserva Natural. Si del estudio de los especímenes derivara la sospecha de que éstos pudieran ser catalogados como Especie Afecta de Raciocinio, o bien*

tendente a alcanzarla, la Ley Qulan-Ñge/2 será sustituida en su aplicación por la Ley Zweip/1 de Protección de Especies en Vías de Desarrollo”. Además de la citada enmienda existe numerosa jurisprudencia al respecto, tal como Ziryab versus Badoom, Finan versus Nahum o Noidim versus Fymo, por citar tan sólo los ejemplos más conocidos.

4.- Acogiéndose a la citada enmienda, el Gobierno de la República de Pkarr procedió a la selección de cinco mil especímenes (muy por debajo del límite máximo permitido) de la especie dominante en el planeta, con objeto de someterlos a un proceso de investigación que pudiera determinar la existencia o no de raciocinio en la misma. Este proceso de investigación se está llevando actualmente a cabo conforme a los protocolos establecidos por la Organización Galáctica de la Salud, estando prevista la devolución de los especímenes a su hábitat natural una vez haya terminado la investigación en curso.

5.- Este Ministerio, fiel a su política de transparencia informativa, invita a todos los interesados a consultar, si lo desean, la documentación completa de que dispone, sin más restricciones que las impuestas por la Ley de Protección de Secretos Oficiales y las determinadas por motivos de seguridad nacional.

6.- Este Ministerio, por último, anuncia la firme decisión del Gobierno de la República Pkarr de defender sus derechos intergalácticamente reconocidos sobre el control y la administración de la Reserva Natural QW-258, lo que incluye la potestad de implantar una Zona de Exclusión en un radio de tres megapunts alrededor del sol central del sistema. Cualquier navío no autorizado que fuera descubierto en el interior de la Zona de Exclusión será abordado, y a sus tripulantes y ocupantes se les aplicará el Código Penal Intergaláctico en su sección relativa a los supuestos de estados de sitio y de excepción. En el caso de que los arrestados por este concepto fueran ciudadanos de la República Pkarr, serán sometidos a proceso penal bajo la Jurisdicción Militar. El Gobierno de la República Pkarr, en pleno ejercicio de sus atribuciones, se reserva asimismo el derecho a la incautación de las naves y los bienes intervenidos en el interior de la aludida Zona de Exclusión. Esta normativa entrará en vigor, de forma automática, con la publicación del presente comunicado.

En Ciudad de Pkarr, a 7.358-66-03K (Era Galáctica).

EL GUERRERO DEL UNIVERSO ABORDADO

(De nuestro corresponsal en Ciudad de Pkarr)

Según fuentes oficiales, la Armada Pkarr abordó al *Guerrero del Universo*, el conocido buque insignia de la Asociación Ecologista Universo Libre cuando, desafiando la prohibición, acababa de internarse en la Zona de Exclusión fijada en torno a la Reserva Natural QW-258 junto con la media docena de navíos que lo acompañaban formando la autodenominada Caravana por la Vida. Aunque al resto de los buques se les ha impuesto una fuerte sanción expulsándolos del territorio pkarr, el *Guerrero del Universo* ha sido incautado y sus tripulantes detenidos y procesados bajo la acusación de violación de las leyes militares de la República Pkarr.

La Asociación Ecologista Universo Libre ha elevado una protesta formal ante la embajada pkarr en el vecino estado de Conti, amenazando con llevar el caso a la Corte Suprema Galáctica si el buque y sus tripulantes no son liberados de inmediato. Sin embargo, según fuentes diplomáticas dignas de crédito la posibilidad de que esto suceda es muy remota, tanto por la firmeza del gobierno pkarr como por su alianza con los poderosos tokais, árbitros como es sabido de las decisiones de la Comunidad Galáctica. Según un comentario que corre por aquí, más les valdrá a los de Universo Libre ir recaudando fondos para comprar otro nuevo buque con el que sustituir al perdido.

VI

**Del : COMITÉ CIENTÍFICO DEL PROYECTO BIORDENADOR
AL: MINISTRO DE CIENCIA Y TECNOLOGÍA
ALTO SECRETO**

Excelentísimo señor:

Conforme a lo estipulado, procedemos a remitirle las conclusiones finales del estudio biotecnológico realizado sobre los especímenes originarios del sistema QW-258.

Tal como se sospechaba por los estudios previos, los miembros de esta especie animal presentan unas peculiaridades cerebrales únicas en todo el universo conocido. Aunque su nivel de inteligencia promedio apenas alcanza el nivel 4 de la escala de Zeiss y su capacidad de raciocinio queda por debajo del umbral doble cero, lo que descarta su catalogación como Especie en Vías de Desarrollo, los estudios no destructivos realizados mediante sondas cerebrales indican una idoneidad óptima para su uso como unidades de procesamiento de datos una vez implementados con los oportunos soportes inorgánicos. Estimamos que, en una primera etapa, bastaría con apenas diez o quince millones de ejemplares, junto con la cantidad necesaria de excedentes para reposiciones dada su corta esperanza de vida, para incrementar la capacidad de almacenamiento de datos de la Red Informática Global lo suficiente para satisfacer el aumento de la demanda al menos durante diez secs.

Lamentablemente, lo reducido de la población objeto del estudio -tan sólo cinco mil individuos- y la necesidad de respetar su integridad física nos han impedido alcanzar conclusiones más definitivas. Estimamos que, de poder disponer libremente de individuos a los que se pudiera extirpar el cerebro conectándolo a tiempo completo a la red, los rendimientos obtenidos habrían sido mucho mayores. Por esta razón, solicitamos la aprobación de una segunda fase de investigación en la que se puedan llevar adelante estos proyectos.

Si por alguna razón los responsables políticos estimaran improcedente la captura de especímenes salvajes del sistema QW-258, proponemos la crianza en laboratorio de los mismos a partir del material genético a disposición del equipo. No obstante, este último recurso retrasaría la obtención de suficiente material biológico durante un tiempo superior al límite de saturación de la infraestructura de la red, razón por la que consideramos conveniente la utilización, al menos en una primera fase, de individuos salvajes. Teniendo en cuenta la superpoblación del planeta y la existencia de la Zona de Exclusión, estimamos que no resultaría demasiado complicada la captura de estos especímenes sin poner en peligro el proyecto por pérdida del secreto del mismo. Esto nos permitiría dar un importante paso adelante acortando de forma considerablemente los plazos previstos para la potenciación de la Red Informática Global.

En Ciudad de Pkarr, a 7.359-00-82F (Era Galáctica).

Tlön Spaar, científico-jefe.

DOS MEJOR QUE UNO

Sucedió de repente, sin el menor aviso previo. Un día cualquiera, exactamente en el mismo instante y en la totalidad de la superficie del planeta, la mitad de la población humana desapareció como por ensalmo sin dejar el menor rastro.

La ley del cincuenta por ciento se cumplió a rajatabla. Los desaparecidos constituían exactamente la mitad de la población de todos y cada uno de los países, desde los Estados Unidos hasta el principado de Andorra pasando por Alemania, Mozambique, Mongolia o las islas Fidji. Eran, mitad y mitad, hombres y mujeres, y abarcaban proporcionalmente todas las edades, desde los recién nacidos hasta los ancianos centenarios. Cosa curiosa, las desapariciones afectaron siempre, de forma escrupulosamente selectiva, a familias enteras, mientras otras permanecían intactas sin perder a uno solo de sus miembros.

Entre los volatilizados se contaban desde premios Nobel hasta analfabetos, abarcando políticos, médicos, albañiles, braceros, literatos o vagabundos, sin respetar profesión, estamento social, religión o nivel cultural alguno de entre todos los existentes en la compleja sociedad humana. Ni tan siquiera los propios monarcas quedaron a salvo, puesto que la mitad exacta del cada vez más reducido número de casas reales se esfumaron al completo sin dejar el menor rastro, mientras la otra mitad se mantenía incólume para desconsuelo de sus súbditos republicanos.

La mitad de los presidentes y primeros ministros del planeta corrieron idéntica suerte, y lo mismo ocurrió con el cincuenta por ciento de todos y cada uno de los miembros de los parlamentos, los gabinetes ministeriales, los gobiernos regionales y aun de los ayuntamientos y organizaciones políticas o gubernamentales de cualquier nivel. Curiosamente ninguna agrupación deportiva, como los equipos de fútbol, o cultural, como las orquestas sinfónicas, se vieron escindidos en dos partes iguales, pero el cincuenta por ciento de ellas desaparecieron al completo mientras el resto se mantenía incólume.

Como cabe suponer tal fenómeno conmocionó profundamente a todos los países del planeta, aunque la precisión quirúrgica del mismo impidió que los delicados engranajes de la vida cotidiana se detuvieran en ningún momento. Superado el desconcierto inicial, y resueltas las necesarias reestructuraciones provocadas por el repentino vacío -algunos países con tronos vacantes aprovecharon muy inteligentemente la ocasión para acogerse al régimen republicano-, la vida siguió adelante rigiéndose por pautas similares a las existentes con anterioridad al gran colapso.

Cierto era que ahora sobraba la mitad de todo, desde viviendas hasta automóviles, desde fábricas a comida; pero también se habían reducido a la mitad cosas tan molestas y perjudiciales como la superpoblación de las grandes áreas urbanas, la contaminación, el

efecto invernadero o la escasez de alimentos o materias primas. Esto tuvo la virtud de hacer mucho más soportable la otrora agobiante presión ejercida sobre el planeta por la cada vez más ávida especie humana, con lo que tanto la Tierra como la propia humanidad salieron ganando.

Nunca sabrían los supervivientes de la *Gran Criba* -así fue denominado el desconcertante fenómeno- las causas que la motivaron, ni conocerían tampoco la suerte que le cupo a la mitad desaparecida de la humanidad; a decir verdad, inmersos en su nueva prosperidad pronto se olvidaron de ellos. Sus hijos ni siquiera los recordarían.

* * *

Quienes sí lo sabían, puesto que habían sido los responsables del ingente éxodo, eran los miembros de una antiquísima raza estelar a la que podríamos denominar, a falta de un calificativo mejor, como los *Grandes Galácticos*. Surgidos muchos eones atrás, cuando el universo era joven y el sol no había nacido aún, habían recorrido sobradamente las sendas de la evolución hasta alcanzar unas metas inimaginables siquiera para la todavía recién nacida -según sus parámetros- humanidad.

Convertidos por decisión propia, y con la autoridad que les proporcionaba ser los indiscutidos decanos del universo, en los guardianes y protectores de una galaxia a la que consideraban su casa, velaban porque la armonía y la prosperidad reinaran a lo largo y ancho de sus inconmensurables dominios. Muchas de las razas inteligentes que poblaban la galaxia, la inmensa mayoría de hecho, ignoraban por completo su existencia, lo que no impedía que experimentaran en carne propia las consecuencias de sus iniciativas y decisiones.

A los *Grandes Galácticos*, imbuidos como estaban por un espíritu que se podría comparar muy remotamente con el budismo terrestre, les disgustaban profundamente las intervenciones drásticas, por cuanto suponían de trastorno para sus protegidos. Siempre preferían las influencias suaves e imperceptibles a los bruscos golpes de timón en mayor o menor medida traumáticos, pero no renunciaban a ellos cuando no existía ninguna otra solución posible.

Para desagrado suyo la Tierra, uno de tantos jardines cósmicos de los que disfrutaban sin interferir en su devenir cotidiano, había desviado su rumbo encaminándose hacia rutas peligrosas que hacían peligrar la integridad misma del planeta. El crecimiento explosivo de la especie humana y, lo que era peor, el expolio y la degradación cada vez mayores a los que sometía su entorno, lo conducirían irremisiblemente a la catástrofe si su destino seguía ligado durante suficiente tiempo a la irresponsable conducta del hombre. Esto era algo que sus verdaderos propietarios no estaban dispuestos en modo alguno a consentir; así pues, y una vez agotado cualquier otro tipo de medidas menos dramáticas, decidieron reducir a la mitad la población humana en el convencimiento de que ésta era la única manera de que el

inquieto hombre pudiera disponer de una nueva oportunidad para convivir armoniosamente con su entorno en lugar de destruirlo y destruirse con él.

Los *Grandes Galácticos* no eran crueles. Para ellos la humanidad no era más que para los hombres las hormigas, pero a diferencia de éstos sentían un respeto total por la vida, incluso en sus manifestaciones más inferiores. Por esta razón, previamente a la gran diáspora habían procedido a construir un duplicado exacto de la Tierra, al que denominaremos en aras del entendimiento Tierra-dos, con objeto de convertirlo en el nuevo hogar de la mitad excedente a la que habían decidido desterrar.

En nada se diferenciaban ambas Tierras, la original y la réplica, y hasta el firmamento de la segunda era indistinguible del de su gemela pese a estar situada en un rincón remoto de la galaxia; los *Grandes Galácticos*, además de su omnipotencia, nunca dejaban nada al azar. Por esta razón, cuando los exiliados de la Tierra -la primitiva, se entiende- se encontraron en su nuevo hogar, creyeron erróneamente ser ellos los supervivientes, y los verdaderos herederos de la Tierra original los desaparecidos. Qué más daba; lo importante era que pudieran vivir felices y tranquilos.

CROMOFOBIA

Vivir en los Mundos del Borde tiene sus ventajas, eso es innegable, pero también acarrea unos inconvenientes nada despreciables que, en ocasiones, pueden acabar alcanzando niveles problemáticos.

Por un lado la Frontera ofrece oportunidades difíciles de encontrar en los organizados y reglamentados mundos interiores, lo que la convierte en un poderoso imán que atrae a su seno a multitud de desheredados de la fortuna, o simplemente inconformistas, que buscan aquí la posibilidad de prosperar lejos de una sociedad que se les muestra esquiva, cuando no hostil. Nada de particular hay en ello, puesto que se trata de algo que se ha repetido una y otra vez a lo largo de toda la historia de la humanidad, sirviendo de válvula de escape para las tensiones sociales.

Pero no todo es de color de rosa; los riesgos existen, y no se pueden ignorar. Aunque los Mundos del Borde pertenecen teóricamente a la Federación Terrestre, en la práctica la soberanía de la misma sobre estos territorios fronterizos es meramente nominal. Ciertamente existe un delegado del gobernador de Nahum, el planeta federado más cercano, pero su principal -y casi única misión- es la de recaudar los impuestos con los que está gravado el comercio interfronterizo, principal medio de vida en estos mundos dejados de la mano de Dios. Por lo demás, y salvo las cuatro patrulleras dedicadas al control del contrabando, ésta es una tierra de nadie en la que resulta muy conveniente saber bandearse solo.

No es que no haya autoridad aquí; la hay, aunque heterodoxa y, por supuesto, al margen de la legalidad federal. Como cabe suponer existen aquí varios *Consortios*, un eufemismo bajo el cual se esconde algo muy parecido a las antiguas familias mafiosas, los cuales detentan el poder real en toda la vasta región del Borde. Estos *Consortios* tienen sus propias reglas y, a su modo, son mucho más estrictos a la hora de aplicarlas que el habitualmente corrupto delegado federal, quizá porque a diferencia de éste sus responsables no alientan ningún tipo de ambiciones políticas. Y como ambos poderes se respetan mutuamente y al delegado federal se le permite enriquecerse de forma razonable, la coexistencia entre ellos no suele resultar problemática.

Cuestión aparte es la de los astronautas independientes, tolerados a regañadientes por unos y otros debido a su tendencia natural a saltarse ciertas trabas burocráticas, lo que les convierte en contrabandistas de cara a la ley y en simples intrusos para los capos de los *Consortios*. Pero como el volumen de mercancías transportadas por éstos en sus vetustas astronaves es en su conjunto lo suficientemente pequeño como para no perjudicar en demasía a los negocios de sus poderosos vecinos, y además acostumbran a hacerse cargo de todos aquellos fletes de escasa o nula rentabilidad previamente rechazados por las compañías, se les permite acceder a las migajas del pastel, aunque no al reparto del mismo.

La vida cotidiana de estos astronautas independientes es dura y, por lo general, azarosa. Y desde luego, no resulta ser lo más recomendable para espíritus delicados ni para débiles de carácter. Pero como dijera un antiguo filósofo hay gente para todo, y aunque la selección natural sea fuerte y sólo unos pocos consigan salir adelante, no son candidatos lo que falta, sino todo lo contrario. Son muchos los desheredados de la fortuna, aventureros o, simplemente, gente con los cables cruzados, que desean probar suerte, alegando como principal aliciente para ello la libertad casi absoluta que se disfruta en este oficio, una libertad existencial imposible de encontrar en otros ambientes menos bárbaros pero que implica, las más de las veces, una arriesgada apuesta cotidiana en la peligrosa ruleta rusa.

Yo, lo confieso, soy de otra pasta. Aunque los admiro e incluso, secretamente, los envidio, jamás hubiera conseguido reunir el valor suficiente para embarcarme en una de esas cafeteras rescatadas de los desguaces y navegar con ella por rutas poco seguras cuando no apenas exploradas, sin olvidar tampoco el nada desdeñable riesgo en que se incurre al trapichear con extrañas razas alienígenas de idiosincrasia hermética e impredecibles reacciones, a los cuales les suenan a música celestial nuestros más elementales conceptos éticos... incluyendo el del respeto a la vida ajena. Comparado con todo esto, sortear las artimañas de los *protectores* de los *Consortios* o las marrullerías de los patrulleros federales es tan sólo un simple y aburrido juego de niños.

Mi trabajo es mucho más tranquilo, para fortuna mía, y es que no en vano iba para funcionario hasta que se descubrieron accidentalmente ciertas irregularidades contables en mi gestión sobre las que no es necesario entrar en detalles, las cuales me obligaron a abandonar precipitadamente mi plácida vida en la Vieja Tierra. Pero no me quejo. Actualmente soy agente de una importante compañía naviera especializada en transportar mercancías de todo tipo entre los Mundos del Borde y los sectores vecinos de Nahum, Ibajay y Redención e incluso los más lejanos de Badoom y Noidim, aunque no solemos llegar más allá, es decir, hasta la Tierra y los sectores centrales de la Federación, puesto que mi compañía carece de licencia para hacerlo... al menos de forma legal.

De todos modos, oportunidades de hacer negocio no nos faltan. En el Borde se mueve mucho dinero y, si no eres demasiado escrupuloso intentando averiguar su origen, puedes hacerte con una fortunita sin correr demasiados riesgos. Entre mi comisión por los fletes que gestiono a la compañía y mis propios negocios particulares, aun después de descontar impuestos -los menos- y gabelas, sobornos y *protecciones* de todo tipo -los más-, calculo que de aquí a unos años podré retirarme tranquilamente a disfrutar de los ahorros en alguno de los mundos tropicales del Cinturón de Venus, si es que para entonces ha prescrito ya el *asuntillo* que me alejara de la Tierra. Mientras tanto, y puesto que por suerte no soy esclavo de ningún vicio, por lo demás extremadamente onerosos en estos lugares, me dedico a pasar el tiempo de la forma más plácida posible, huyendo de las complicaciones y cultivando mis relaciones sociales con todos los poderes fácticos del lugar, representante federal incluido, que nunca se sabe cuando vas a necesitar que te echen una mano.

Pero a veces, lo confieso, me aburro. Los miembros de los *Consortios*, aunque educados y amables -hasta el propio Luigi *el Calabrés* me concede el honor de invitarme de vez en cuando a sus fiestas-, son bastante reservados y, como cabe suponer, prefiero no tirarles de la lengua. De los alienígenas mejor no hablar; son seres tan extraños, que toda posible relación excepto la puramente comercial roza lo imposible. No, no se crean que se trata de xenofobia; puesto que no creo lo más mínimo en la humanidad -me refiero a la nuestra-, tanto me da que mi interlocutor tenga brazos y piernas que tentáculos y antenas. Ni siquiera los seres ameboides de Uhlán, y ya es decir, me causan la más mínima repulsión; pero, ¿qué conversación se puede mantener con un telepata mudo incapaz de establecer el menor contacto mental contigo?

Además, como es sabido, cualquier persona civilizada siempre desarrolla sus relaciones sociales en el bar, como Dios manda... De hecho, y aunque dispongo de una oficina propia en pleno bulevar de Sagitario, la mejor zona de la ciudad, me gusta más hablar de negocios en la taberna de Klaatu, un garito portuario donde puedes saborear el único sucedáneo de orujo de todo el Borde que no te hace vomitar, al tiempo que disfrutas del abigarrado ambiente local. Claro está que esto me proporciona también la necesaria discreción para mis gestiones particulares, de las que la compañía no tiene por qué enterarse... así que, mato dos pájaros de un tiro.

Aquella noche, y en contra de lo habitual, el garito de Klaatu estaba excepcionalmente tranquilo. Habían corrido rumores de que los *federatas* iban a hacer una redada -al parecer los *negocios* del delegado no iban tan boyantes como él deseaba-, y el que más y el que menos había decidido poner tierra por medio, que a nadie le gusta tener que pagar el *impuesto revolucionario* si es posible evitarlo. Yo no tenía nada que temer, pues estaba completamente *limpio*; al menos eso cabía suponer, teniendo en cuenta el abultado sobre que hacía llegar todos los meses de forma anónima al representante máximo de la autoridad terrestre en el Borde. Además, y esa era mi mejor garantía, era conecedor de ciertas historias que había puesto por escrito y guardado a buen recaudo en una caja fuerte de la agencia local de los barpturanos, la raza alienígena especializada en banca intergaláctica. Por supuesto que se trataba de una simple precaución a la que jamás recurriría salvo en casos muy extremos, como muy bien sabía -de hecho procuraba recordárselo siempre que estimaba conveniente- el propio delegado; les aseguro que soy un hombre de honor.

Bien, no nos desviemos de nuestro tema. Iba ya por el tercer orujo con agua, y estaba más aburrido que una mona debido a la falta de interlocutores; Klaatu no me servía para darle a la sin hueso puesto que se trata de un androide clase A, emancipado con todos los derechos legales pero tan aburrido como cuando trabajaba como recolector de talén en las ciénagas del planeta Badoom. Además, me saca de quicio su manía de sacarle brillo a todo, aunque esté más limpio que la patena. En fin, como dijo otro filósofo, de casta le viene al galgo.

Aparte de Klaatu, que secaba imperturbablemente los vasos con el delantal mientras con la mirada perdida ensoñaba quizá con hembras multimamarias de su estirpe, y de un servidor, los únicos ocupantes del tabuco eran un ruidoso grupo de *protectores* que jugaban a las cartas en un rincón y un solitario pkarr que, con los tentáculos superiores acodados -es un decir- en la barra, sorbía con parsimonia de una botella de litro de coca-cola utilizando su lengua retráctil a modo de pajita.

Ninguno de ellos me interesaba lo más mínimo. Los *protectores*, aunque humanos como yo, solían ser unos personajes toscos y violentos, capaces de partírte la cara por el motivo más nimio; supongo que se tratará de algún tipo de deformación profesional. En cuanto al pkarr, se trataba de un pobre alcoholico que acostumbraba a vegetar allí noche tras noche siendo ignorado por todos; bueno, en realidad habría que decir *coca-cólico* ya que, como es sabido, esta raza tiene un metabolismo muy peculiar en el que la fórmula secreta de esta bebida, sea ésta la que sea, produce en sus organismos unos efectos similares a los que provoca el alcohol en el nuestro, sin necesidad de añadirle aditivo alguno; y el pobre alienígena se colocaba a base de bien. De hecho, una de las principales escuelas filosóficas de su planeta -el equivalente más o menos aproximado a nuestras religiones- prohíbe a sus acólitos toda ingestión de bebidas refrescantes de cola por considerarlo pecaminoso, habiendo conseguido hace ya tiempo, pese a la oposición de muchos de sus ciudadanos, que el gobierno pkarr prohibiera su importación desde los mundos pertenecientes a la Federación... lo que había servido tan sólo para poner en pie un floreciente tráfico clandestino de las mismas. Pero yo no me dedicaba a estos negocios ya que no me gusta tener que bregar con fanáticos, así que me traía sin cuidado.

Comenzaba a plantearme la conveniencia de emigrar a algún lugar más animado, cuando vi entrar por la puerta al bueno de Angus Smith, más conocido como *Angus el Piojo* debido a lo menguado de su envergadura. Angus es un astronauta independiente, uno de los más veteranos y también uno de los mejores, y podría haber estado viviendo tranquilamente de sus ahorros desde hacía mucho de no mediar su exacerbada afición a los juegos de azar y a la xenopornografía; pero es un buen tipo, resulta de fiar y yo le aprecio todo lo que se puede llegar a apreciar a alguien en este agujero del universo.

Habitualmente Angus se suele mostrar jovial, pero en esta ocasión aparecía abatido. Además no venía acompañado por el calamariforme *Aaaaght*, su inseparable socio a la par que copiloto de la *Vieja Bruja*, el casco con el que ambos se ganan la vida dando tumbos de un planeta a otro del Borde... y eso sí que era algo excepcional, ya que Angus antes hubiera abandonado a su madre, de tenerla, que a ese amasijo de tentáculos verdosos.

-¡Hombre, *Piojo*, cuánto tiempo sin verte el pelo! -le saludé alegremente ante la perspectiva de conjurar el aburrimiento- ¿Quieres tomar algo?

-Gracias. -respondió el piloto con voz apagada al tiempo que se dejaba caer en el taburete contigoo- Klaatu, por favor, ponme una cazalla doble.

Eso era una sorpresa. Angus no acostumbra a beber alcohol, y su bebida habitual suele ser algo tan inocente como el zumo de madroño.

-¿Dónde te has dejado a *Ventosas*? -éste era el apodo de su compañero, todo el que se precie tiene uno en el Borde; el mío es... bueno, dejémoslo estar, resulta irrelevante para el relato.

-Está ingresado en el hospital de alienígenas, con el manto hecho un colador y un par de tentáculos desgarrados; por suerte no tiene huesos, y la regeneración de los tejidos dañados será relativamente rápida.

-¿Qué le ha pasado? -mi preocupación era sincera- O mejor dicho, ¿qué os ha pasado?

-Los shhhhhs. -masculló a media voz al tiempo que atisbaba furtivamente el recinto, como si temiera ser escuchado.

-¡Los shhhhhs...! -exclamé yo en tono mucho más alto, provocando la alarma de mi interlocutor; por fortuna ni los atareados *protectores*, ni el colgado pkarr ni, por supuesto, el hierático androide parecieron haberse enterado.

No era para menos. De entre todas las razas alienígenas existentes en la galaxia, y eran realmente muchas, los shhhhhs eran sin ningún género de dudas la más extraña de todas ellas. No por su aspecto físico, que recordaba vagamente a los artrópodos terrestres, sino por lo hermético e incomprensible de su cultura.

Los shhhhhs no son belicosos, pero sí tremendamente ariscos. Forman una sociedad cerrada que rehuye cualquier tipo de contacto con otras razas, y tan sólo en ocasiones excepcionales aceptan a regañadientes -o a *regañaquelíceros*-, y sin disimular lo más mínimo su repugnancia, relacionarse con cualquiera de sus vecinos cósmicos. En realidad no suelen crear problemas siempre y cuando se les deje en paz; simplemente nos ignoran y, sospecho, nos desprecian. Eso sí, como les toquemos las narices -perdón, las antenas- pueden llegar a cabrearse mucho... y un shhhh cabreado es alguien realmente peligroso con sus dos metros y medio de estatura, sus brazos armados con afiladas sierras y sus mandíbulas acorazadas, esto sin contar con las pistolas protónicas y las microgranadas atómicas que suelen llevar siempre encima. Ah, y además vuelan.

Puesto que los planetas shhhhhs son mundos cerrados y sus habitantes tan poco sociables, tanto los *Consortios* como los astronautas independientes procuran evitarlos en sus correrías comerciales, por más que sean vecinos relativamente cercanos del Borde; pero cuando alguien te recibe a tiros sin siquiera darte tiempo a saludar, lo mejor que puedes hacer es poner tierra por medio y encaminar tus pasos hacia lugares más hospitalarios, que los hay a montones en esta región de la galaxia. Allá ellos con sus manías.

Circula no obstante la leyenda, ignoro si verídica o no, aunque el episodio que me relató el bueno del *Piojo* parece indicar lo primero, de que por detrás de su fachada de rotunda hostilidad los shhhhhs sí realizan a escondidas algunas transacciones comerciales con los mundos de su entorno, aunque por las razones que sean -vete tú a saber qué es lo que puede bullir en el interior del caparazón quitinoso que les sirve de cabeza- se empeñan en mantenerlas en el más absoluto de los secretos. Difícilmente se puede hablar de comercio clandestino, o de contrabando, cuando no existe la menor relación oficial entre ellos y el resto de los estados planetarios, pero lo cierto es que se empeñan en negarlo como si en ello les fuera la vida... algo que quizá pueda ser cierto, dado que su organización social parece ser -nada se sabe con certeza- una especie de híbrido entre la estructura jerarquizada de los hormigueros y el revuelto Japón feudal de los samurais. Vamos, lo que se dice un paraíso para pasar allí unas vacaciones. Eso sí, si pretendes mantener relaciones con ellos más vale que te andes con pies de plomo, puesto que la probabilidad de salir descalabrado con tan irascibles interlocutores es realmente elevada... tal como les había ocurrido, según todos los indicios, a mis dos amigos.

-*Piojo*, no me digas que anduvisteis en tratos con esos bichos... -susurré a su oído- ¿Estabais locos?

-Así fue, en mala hora. -rezongó mi interlocutor al tiempo que se echaba al colete un generoso trago del combustible para cohetes reciclado que el pillo de Klaatu pretendía hacer pasar por cazalla. Por fortuna, y a indicación mía, el androide lo había rebajado previamente con una generosa proporción de agua; en su turbación Angus no parecía haberse percatado de ello, y por lo menos tardaría algo más en emborracharse.

El astronauta me contó su historia. Los propietarios de la *Vieja Bruja* pasaban por una mala racha, y las deudas comenzaban a acuciarlos... pero los fletes no llegaban. Desesperados por conseguir algún ingreso que les permitiera siquiera seguir tirando, habían decidido finalmente recurrir al concurso de Mac el *Garrapata*.

Éste es uno de los personajes más repulsivos de todo el Borde, y no será precisamente por falta de candidatos para el puesto. Su apodo le viene del hecho de que los de su raza, de nombre impronunciable para una garganta humana, se alimentan de los fluidos vitales de unos grandes animales nativos de su planeta, con los que mantienen según ellos una relación de simbiosis aunque existen motivos para sospechar que pueda tratarse más bien de parasitismo. Cómo consigue este fulano su suministro alimenticio en un lugar en el que el bicho más cercano se encuentra a varios centenares de años luz es un absoluto misterio, pero la certeza de que su metabolismo es completamente incompatible con el nuestro tranquiliza algo.

Pero si bien Angus y *Ventosas* podían estar tranquilos en lo referente a la integridad de sus respectivos flujos sanguíneos -o lo que fuera en el calamar-, no podía decirse lo mismo de sus anémicas finanzas. Haciendo honor a su apodo, el *Garrapata* acostumbraba a

esquilmar concienzudamente a sus clientes; pero cuando se te han cerrado todas las puertas, como les ocurría a los astronautas, ésta era la única posibilidad que les quedaba en todo el Borde de conseguir algún trabajo, aunque el precio a pagar por ello fuera poco menos que vender su alma al diablo.

El *Garrapata* es oficialmente un intermediario que gestiona fletes entre las empresas consignatarias y los transportistas, pero en la práctica pasan por sus garras -les aseguro que las tiene- buena parte de los negocios más sórdidos de todo este sector estelar. Incluso en un lugar de moral tan relajada como es éste es aborrecido universalmente; pero al igual que sucede con los buitres y demás carroñeros, repulsivos pero imprescindibles para el equilibrio ecológico, alguien tenía que encargarse de procesar los detritus más indigeribles de la turbia economía local, razón por la que su actividad es tolerada e, incluso, alentada.

De hecho, al *Garrapata* jamás le faltan encargos; otra cosa es que se tengan escrúpulos a la hora de aceptarlos. Pero como dijo Aristóteles -¿o fue Platón?- a buen hambre no hay pan duro, y sus víctimas potenciales suelen acudir a su cubil con los bolsillos repletos de telarañas y el rabo -virtual o real, dependiendo de las especies- entre las piernas.

El *Garrapata*, una especie de centollo gigante con sensores en las pinzas gracias a los cuales se comunica con un sintetizador de voz, les recibió abrumándoles con quejas lastimeras acerca de lo mal que le iba el negocio; pura coreografía, como cabe suponer, ya que es *vox populi* que nada literalmente en dinero. Pero los miembros de su especie muestran una exagerada tendencia al victimismo, lo que les mueve a camuflar su agresividad natural -en asuntos comerciales, se entiende- bajo una densa capa de untuosidad a todas luces falsa.

Al cabo de media hora de lloros y gimoteos ininterrumpidos, cuando ya la paciencia de sus interlocutores estaba a punto de saltar hecha añicos, *recordó* oportunamente la existencia de un encargo que todavía no había *colocado* debido a que lo reservaba para sus mejores clientes. En realidad llevaba meses con él empantanado debido a que todo el mundo se negaba en redondo a mantener tratos con los temidos shhhhhs; pero el *Garrapata* tiene a gala publicitar sus productos y se muestra muy orgulloso de sus habilidades retóricas. Tarde o temprano siempre acaba picando algún incauto, y los desesperados astronautas mordieron no sólo el anzuelo, sino también buena parte del sedal.

La oferta era, aparentemente, sencilla. Los shhhhhs, como todos los mortales y quizá incluso alguno de los inmortales, también tienen su lado oscuro, por mucho que lo camuflen. Y como todo hijo de vecino, sienten una atracción inequívoca por lo peligroso, lo dañino o lo prohibido... y mejor todavía si va todo junto. Dicho con otras palabras, son tan golfos a su manera como cualquiera, y sólo las diferencias culturales y -en caso de adicciones físicas- las metabólicas suelen marcar las diferencias entre unos y otros. Así pues, basta con buscar el punto flaco de cada cual para tener la batalla ganada.

Y los shhhhhs también lo tienen, por muy desconocido que pueda resultar para el común de los habitantes del universo. Bastaría con transportar un cargamento de lo que para ellos es una poderosa droga, para volver cargados con su equivalente económico en iridio, un metal al que por su abundancia no consideran valioso -de hecho lo utilizan para construir cañerías debido a que no se oxida- pero que en los mercados del Borde puede llegar a alcanzar unos valores exorbitantes.

Por si fuera poco esta droga es una sustancia no sólo inocua para nosotros, algo habitual dadas las grandes diferencias que existen entre los metabolismos de las diferentes especies, sino además cotidiana; de hecho, es un residuo que normalmente suele ir a parar a los tanques recicladores de la basura. Me estoy refiriendo a algo tan simple como la quitina o, para ser más precisos, a un derivado suyo, el quitosano... vamos, que los shhhhhs se colocan a base de bien con algo tan simple y tan vulgar como son las cáscaras de gamba.

Huelga decir que el consumo de quitosano o quitina está rigurosamente prohibido por las autoridades shhhhhs, mitad porque para ellos son unos potentes alucinógenos, mitad por la inveterada costumbre de todos los mandamases de implantar prohibiciones como forma de fastidiar al personal. A ello se une, al parecer, una cuestión religiosa que lo convierte en tabú: los shhhhhs, como ya he dicho, son artrópodos, y poseen un exoesqueleto constuido principalmente por un compuesto químico similar a la quitina. En tiempos la práctica del canibalismo ritual, frecuente entre hormigueros rivales, traía como consecuencia unas orgías psicotrópicas de mucho cuidado, por lo que no es de extrañar que los antepasados de estos fulanos fueran tan dados a guerrear entre ellos. La aparición de una feroz religión monoteísta, que habría de acabar implantándose en la mayor parte de los estados feudales, supuso la práctica desaparición del canibalismo, es de suponer más por cuestiones morales que para acabar con las matanzas, puesto que los shhhhhs se siguieron exterminando alegremente aunque, eso sí, se abstenían escrupulosamente de devorar los cadáveres.

Hubo entonces un avispaado -¿dónde no los hay?- que descubrió la manera de obtener la droga a partir de otras especies, entre ellas los propios animales domésticos de los que se alimentaban, y cuyos cascarones hasta entonces habían desechado. No era lo mismo, evidentemente, pero tras un conveniente tratamiento químico se obtenían unas sustancias de aceptable calidad que, además, no violaban aparentemente el tabú.

Eso se creían ellos. Los sacerdotes de la religión oficial, poco dispuestos a consentir que se les desmandara el rebaño, se apresuraron a proscribir el uso del *manjar de los dioses* -así se denomina en su idioma, en una clara herejía politeísta- alegando que tan pecaminoso era éste como el que procedía de los cuerpos de los fieles. Y así quedó la cosa, con un consumo clandestino y minoritario de la droga -el castigo por su tráfico o consumo es nada menos que la pena de muerte, aparte de excomuniones varias- y la mayor parte de la población alejada por su propio bien, aunque sin su consentimiento, de los males del cuerpo y del espíritu.

Y he aquí que un buen día los tripulantes de una patrullera shhhhh que acababa de dar buena cuenta de un incauto mercante al que un error de navegación había acercado más de lo conveniente a su territorio, descubrieron un cargamento de marisco congelado en las bodegas del mismo. Huelga decir el colocón que se pegaron, ya que al parecer la quitina de origen terrestre es mucho más adictiva que la autóctona, y no resulta demasiado difícil suponer lo que hicieron a continuación: tras obligar a su superior a abandonar la nave sin permitirle ponerse el traje espacial, decidieron echarse al monte, digo al espacio, trocando su mal pagada profesión militar en una mucho más lucrativa carrera como narcotraficantes.

El mercado lo tenían asegurado, pero necesitaban garantizarse un suministro de materia prima lo suficientemente continuado como para mantenerlo abastecido. Tan ignorantes de los hábitos sociales de las otras razas de la galaxia como éstas desconocían los suyos, dejáronse llevar por un instinto tan universal como es la pereza, optando por la alternativa que consideraron más simple.

Así pues, se convirtieron en piratas. Las indefensas naves mercantes que se arriesgaban a surcar las rutas más alejadas del Borde fueron sus fáciles presas, pero para desesperación de sus captores ninguna de ellas resultó transportar ni tan siquiera un mísero gramo de la ansiada mercancía.

Estaban ya a punto de dar por concluidas sus correrías, cuando la suerte les deparó el abordaje de la *Cthultu*, un carguero nahumita que navegaba en vacío con destino a Facundia, un mundo minero situado en el extremo exterior de Borde. Su capitán era un viejo astronauta de raza humana curtido en mil avatares, el cual no se arredró ante el asalto de los belicosos, y a estas alturas ya exasperados shhhhhhs pese a lo peligroso de la situación en la que se encontraba. Muy al contrario, se las apañó no se sabe como para dialogar con ellos -desconozco el medio que utilizaron para entenderse-, convenciéndolos de que, en vez de asesinarlos a él y a su tripulación tal como pretendían, les interesaba más admitirle como socio en su negocio. Sus argumentos, ciertamente, no podían ser más convincentes: prometió a los shhhhhhs proporcionarles cuanta quitina pidieran sin necesidad de que tuvieran que asaltar ninguna nave, aunque el viejo zorro se cuidó muy mucho de decirles que pensaba obtenerla de la basura. Claro está que como éstos creyeron engañarle a su vez pagándole con un metal que no tenía ningún valor en su planeta, todos quedaron satisfechos con el acuerdo.

El capitán volvió a Nanum convencido de que acababa de ser agraciado por la veleidosa diosa Fortuna. Así pues sentó sus reales en Viritia, el principal planeta del Borde, y procedió a montar discretamente su nuevo negocio de exportación de quitina o, lo que es lo mismo, de cascarones vacíos de marisco. Aunque tanto al poder oficial -la Federación- como al fáctico -los *Consortios*- les traía sin cuidado el contrabando con un mundo al que oficialmente ignoraban, no desdeñarían reclamar su tajada si llegaban a descubrir lo fructífero del negocio. Así pues, camufló precavidamente el verdadero destino de la basura

recolectada declarando que ésta era enviada a una empresa química de Tarka. La empresa existía realmente y procesaba quitina con fines industriales y médicos, pero este planeta se encontraba ubicado en la otra esquina del universo conocido, y entre Tarka y Viritia había centenares de mundos habitados que podrían ser perfectamente unas fuentes alternativas de esta materia prima.

Pese a lo endeble de la excusa, ésta funcionó. Durante algún tiempo el comercio de quitina entre Viritia y los traficantes shhhhhs marchó viento en popa para satisfacción de ambas partes, pero hacía varios meses una patrullera federal más entrometida que de costumbre abordó a la *Cthultu* cuando ésta retornaba a Viritia con un cargamento de iridio que su capitán no pudo justificar. Aunque gracias a varios sobornos estratégicamente distribuidos su capitán consiguió parar momentáneamente el embate de la ley, corrompida pero ley al cabo, la prudencia aconsejaba dedicarse durante una temporada a otros quehaceres potencialmente menos conflictivos, razón por la que la ruta shhhh fue abandonada por un buen tiempo. El problema surgió cuando sus socios nativos comenzaron a impacientarse reclamándole imperiosamente la mercancía... así pues, recurrió al taimado *Garrapata* para que le sacara del brete.

La mayor parte de estos detalles los he conocido no por Angus, que estaba en Babia cuando aceptó el encargo, sino gracias al propio *Garrapata* -siempre es bueno que te deban favores, aunque sea en el infierno- y a varios amigos que estaban al corriente, siquiera parcialmente, del tema. El caso es que a *Piojo* se le informó tan sólo lo más indispensable, diciéndole que su misión se limitaría a transportar unas cajas selladas hasta un lugar del espacio en el que éstas serían trasbordadas a una nave shhhh que les saldría al encuentro, recibiendo a cambio una caja asimismo sellada que deberían entregar a *Garrapata*, tras lo cual cobrarían lo acordado por el flete. Así de fácil... aunque dada la peculiar idiosincrasia shhhh, fueron advertidos acerca de la forma en que tenían que comportarse con éstos para evitar posibles y desagradables percances.

-¡Y todo por culpa del maldito color verde! -gemía una y otra vez el pobre *Piojo*, completamente borracho a esas alturas a pesar de que la cazalla que ingería a cubos estaba cada vez más aguada.

Los colores... uno de los asuntos más espinosos en el siempre difícil trato con los puñeteros shhhhhs. Estos alienígenas, como ya he comentado anteriormente, son artrópodos, entendiendo como tal que tienen un exoesqueleto quitinoso, extremidades articuladas y algo parecido a unas antenas en la cabeza; pero cometeríamos un grave error considerándolos parientes, siquiera lejanos, de nuestros insectos. En realidad, se trata de unos seres completamente distintos a cualquier bicho viviente que podamos imaginar ya que sus peculiaridades anatómicas son muchas, y una de las más importantes son sin duda sus ojos.

Éstos no tienen nada que ver con los ojos múltiples de nuestras moscas; en realidad, no tienen parangón alguno con los órganos visuales de ningún animal terrestre ni, si me apuran, de ningún otro planeta habitado. La percepción del color en los shhhhs es asombrosa, y está infinitamente más allá que la nuestra; no es que vean mejor, es que ven *distinto*. Y eso que los humanos o, si se prefiere, los primates gozamos de una visión del color superior a la de la mayor parte de los seres vivos de nuestro planeta, muchos de los cuales son daltónicos por más que nos sobrepasen en agudeza visual o en capacidad de visión nocturna. Pero eso no es nada comparado con lo que se supone debe de ser la capacidad cromática de esta raza, que algunos estudiosos han llegado a calificar de espectroscópica. Su intervalo visible no sólo se extiende bastante más allá que el nuestro, tanto en la región del infrarrojo como en la del ultravioleta, sino que además son capaces de distinguir infinidad de matices de un mismo color con mucha más precisión que nosotros.

Esta sensibilidad tan extrema ha condicionado necesariamente la cultura shhhhh. Ellos no ven los colores, sino que los *sienten*. Es, por poner un símil, algo equivalente al o que nos ocurre a nosotros con los olores; algunos nos encantan, otros nos dejan indiferentes y otros, por último, nos resultan nauseabundos... Imagínense ustedes que de repente les llegara un alienígena que exhalara un fuerte hedor a huevos y pescado convenientemente podridos. ¿Cómo reaccionarían?

Si a ello sumamos que los shhhhs son una de las razas más belicosas, si no la que más, de todo el universo conocido, y que en su cultura hasta las discrepancias más nimias suelen resolverse con frecuencia en forma de duelos mortales, cabe deducir que tratar con ellos no es precisamente un camino de rosas, y que resulta extremadamente conveniente vigilar, entre otras muchas cosas, el color de nuestros atuendos so pena de ser decapitados *in situ* sin la menor explicación. Teniendo en cuenta, por si fuera poco, que los shhhhs desprecian profundamente a cualquier otra raza (de hecho son unos xenófobos furibundos), y que nuestro conocimiento sobre sus complejos hábitos sociales y sobre sus no menos complejos tabúes culturales es además extremadamente limitado, la conclusión inmediata es que los infelices *Piojo* y *Ventosas* no tenían ni idea de en que berenjenal se estaban metiendo. Los tripulantes de la *Cthultu* habían conseguido llegar, con el tiempo, a una especie de *modus vivendi* que les garantizaba de una forma más o menos razonable su integridad física siempre y cuando respetaran escrupulosamente las complejas pautas de conducta exigidas por sus anfitriones, pero las instrucciones que los ingenuos astronautas recibieron de *Garrapata* no podían ser, para su desgracia, más incompletas.

Todo esto lo supe, claro está, con posterioridad a la entrevista del garito de Klaatu. Por aquel entonces, me bastaba con saber lo que todos, que era conveniente para la salud mantenerse alejado de esos energúmenos; y por fortuna mi trabajo me lo permitía, puesto que los shhhhs jamás viajan a otros planetas y yo desarrollo mi labor sin moverme prácticamente de Viritia.

Eso sí, mis dos amigos fueron advertidos seriamente del asunto de los colores, proporcionándoseles una tabla en la que se informaba de la reacción que presuntamente provocaba cada uno de ellos en la susceptible mentalidad shhhhh. Pero había un inconveniente. Ocurre que el tono de nuestra piel, digamos el color rosáceo, no es precisamente de los más recomendables; los miembros humanos de tripulación de la *Cthultu* resolvían el problema cubriéndose con una máscara y unos guantes de tonalidad adecuada, con la excepción de uno de ellos, oriundo de Tarzania -un planeta colonizado por africanos-, al que su piel achocolatada le permitía exhibirla sin pudor al ser éste un color que tranquilizaba en apariencia a los malditos bichos. En cuanto a los alienígenas, se buscaban la vida como buenamente podían, dependiendo de sus características corporales.

El color favorito de los shhhhhs es el verde o, por hablar con más propiedad, determinadas tonalidades de verde que, al parecer, les resultan tan embriagadoras como a nosotros el *Chanel 5*, sobre todo cuando constituye la única indumentaria de su portadora... pero dejémoslo estar.

Creo que había olvidado decir que *Ventosas*, como buen calamar -en realidad no es un calamar ni tampoco vive en el agua, pero algún parecido tiene con estos animalitos-, posee la facultad de cambiar el color de su piel. Claro está que su gama de posibles tonos es limitada, pero esforzándose un poco es capaz de revestirse con una capa verdosa bastante aceptable. No llega a ser un verde esmeralda, pero no está mal del todo y, conforme a la tabla proporcionada por *Garrapata*, entraba dentro de lo aceptable.

Así pues, y de común acuerdo, ambos astronautas decidieron que *Piojo* permaneciera en la *Vieja Bruja* mientras *Ventosas* viajaba en el bote hasta la nave shhhhh para proceder al intercambio de mercancías. Puesto que los miembros de su raza no utilizan ningún tipo de vestimenta ya que todas las partes de su anatomía susceptibles de atentar contra el pudor permanecen invaginadas habitualmente en el interior del manto, nada resultó más fácil que *vestirlo* de verde de pies -o tentáculos- a cabeza, sin necesidad de maquillaje o ropaje algunos.

Aunque el piloto estaba ya a esas alturas borracho como una cuba, conseguí sonsacarle con dificultad lo ocurrido. *Ventosas* condujo el bote hasta el lugar, situado en la frontera del territorio shhhhh, donde sus corresponsales nativos aguardaban, y tras identificarse por radio -los shhhhhs rechazan la televisión alegando que perturba los colores- acopló su pequeño vehículo a una de las esclusas de la nave alienígena, evitándose así el engorro de tener que ponerse el traje espacial. Una vez que las presiones estuvieron equilibradas abrió la compuerta, atravesó la esclusa y, finalmente, entró triunfante en el interior de la nave llevando consigo el cofre que contenía la preciada mercancía. Saludó en galáctico utilizando la fórmula ritual aprendida y...

Se desató la catástrofe. Sin darle la más pequeña explicación, los tres energúmenos que allí se encontraban esperándole montaron en cólera -dicen que oírles chirriar los élitros al

tiempo que agitan las antenas es un espectáculo estremecedor- y se abalanzaron sobre él impelidos por instintos asesinos.

El pobre *Ventosas* apenas si tuvo tiempo de soltar su mercancía y huir despavorido, no sin antes sentir en sus carnes las feroces caricias de sus agresores, las cuales le habían mandado al hospital. Por fortuna para él es un invertebrado, lo que le proporciona una flexibilidad y una resistencia que a buen seguro le salvaron la vida; de haber sido un humano, habría muerto despedazado. Despavorido como jamás lo estuviera en su vida, se refugió en su bote, lo desatraco de la esclusa sin esperar siquiera a que terminaran de cerrarse las compuertas y huyó cual alma que persigue el diablo en busca del refugio de la *Vieja Bruja*.

Fue la confusión creada por su precipitada fuga la que le salvó la vida. Ocupados en cerrar la compuerta de la esclusa por la que se les escapaba el aire, los shhhhhs perdieron un tiempo precioso mientras *Ventosas* ponía tierra por medio. Cuando quisieron apuntar con los cañones de plasma al bote para desintegrarlo en mitad del vacío cósmico, éste ya se había introducido en la *Vieja Bruja*, la cual huía a toda velocidad en dirección al territorio del *Borde*.

Esto es todo en lo que al relato de *Piojo* se refiere, aunque picado por la curiosidad realicé posteriormente mis propias indagaciones. Al parecer, los shhhhhs se pusieron en contacto con sus corresponsales en *Viritia* protestando airadamente por las injurias recibidas, ya que según dijeron el mensajero -es decir, el infeliz *Ventosas*- se había mofado obscenamente de sus huevos -como cabe suponer son ovíparos- lo cual, al parecer, es uno de los peores insultos que se puede inferir a los miembros de esta raza. Eso sí, como lo cortés no quita lo valiente y su código de honor es digno de un samurai, solicitaron el envío de un nuevo correo respetuoso con su cultura -recalaron mucho esto último-, con objeto de que se hiciera cargo del pago en iridio.

Supongo que así lo harían, y supongo también que echarían tierra al asunto por la cuenta que les traía. En cuanto a mis dos amigos, salieron relativamente bien parados teniendo en cuenta las circunstancias; *Garrapata* se negó en redondo a entregárselos a los vengativos shhhhhs, tal como éstos pretendían, alegando ignorancia y falta de mala fe por parte de los mismos, aunque me consta que el motivo real de su *altruismo* no fue otro que el de evitarse problemas con los astronautas independientes. Eso sí, como el negocio es el negocio, no les pagó ni un solo crédito por el fallido transporte, siendo el propio gremio de astronautas independientes el que se vio obligado a sufragar los gastos de hospitalización del maltrecho *Ventosas*. Y por supuesto, tampoco se preocupó demasiado en averiguar la causa que provocó el enfado de las cucarachas, aun existiendo la firme sospecha de que la culpa la tuvo una información incompleta por parte suya; pero así camuflaba su propia responsabilidad en el desgraciado asunto.

Piojo y Ventosas, como es natural, lo ignoraban, y bastante tenían con lamentarse amargamente de su mala suerte. Pero como yo soy curioso por naturaleza, conseguí averiguar algo interesante. No, no se crean que lo supe por mis fuentes de información a las que he hecho referencia antes; todos ellos suponían que *Ventosas*, sencillamente, habría metido el tentáculo sin pararse en más elucubraciones.

En realidad fue mucho más sencillo; bastó con recurrir a mis oxidados conocimientos de física, los cuales refresqué consultando las referencias correspondientes. Como ya comenté en su momento, a la visión de los shhhhhs se le puede considerar como espectroscópica. ¿Qué quiere decir esto? No sólo que su capacidad de discriminación entre dos colores prácticamente iguales es muy superior a la nuestra, sino que además son perfectamente capaces de separar cualquier mezcla de ellos en sus componentes unitarios.

Como es sabido, nuestros ojos funcionan de una manera similar a la de una cámara de televisión. En realidad la retina tan sólo distingue entre tres colores básicos que, combinados en distintas proporciones, nos dan toda la escala cromática. En principio, a cada radiación luminosa de una longitud de onda determinada le corresponde un color específico, que podemos considerar puro; pero si en vez de iluminar nuestros ojos con una luz monocromática lo hacen con un conjunto de dos radiaciones, nosotros no vemos los dos colores por separado, sino tan sólo el resultado de la mezcla de ambos. Dicho con otras palabras, cuando nosotros vemos algo verde, pongo por caso, no podemos saber si se trata de un color puro, o de una mezcla de colores amarillo y azul. Sin embargo, si hacemos pasar esa luz por un espectroscopio, en el primer caso veremos una única banda de color verde, mientras en el segundo encontraremos separadas las bandas amarilla y azul.

Justo así es como funciona la visión de los shhhhhs. Ellos sí detectan la presencia de los distintos colores, y lo que para nosotros es un verde homogéneo, es para ellos algo similar a un mosaico bicolor. Y ahí radicó el problema. *Ventosas*, como todos los seres capaces de cambiar la tonalidad de su piel, posee en la misma unas células especializadas, creo que se llaman cromatóforos, capaces de alcanzar distintos colores mediante la combinación en distintas proporciones de determinados pigmentos que contienen en su interior. Puesto que el número de pigmentos presentes en estos cromatóforos es obviamente limitado, las tonalidades resultantes son en todos los casos producto de una mezcla de colores, y no un color puro.

Para desgracia suya, el hermoso color verde con que se revistió el piloto no era tal a los ojos de los shhhhhs, sino una abigarrada combinación de varios pigmentos diferenciados; y tuvo la mala suerte de que uno de ellos, de tonos ocres, coincidiera con lo que para los artópodos es algo nauseabundo, mientras el otro, violáceo, equivalía aparentemente al peor de los insultos posibles. La mezcla de ambos debió de ser explosiva, con lo cual su reacción era de todo punto inevitable.

Por supuesto no he contado esto a nadie, ni tan siquiera a los propios interesados; la vida en el Borde es dura, y todos tenemos derecho a ganarnos la vida. La información es poder, y en este caso todavía más puesto que mi descubrimiento abre las puertas a una posible manera de *tratar* como se merecen a estos bichos; bastará con ensayar con distintas combinaciones de colores hasta encontrar la más adecuada. Al fin y al cabo no es sino una variante de la guerra química, que podríamos denominar *guerra cromática*. Teniendo en cuenta que su planeta es rico en iridio y quizá también en otros metales nobles, siempre habrá alguien interesado en conocer la forma de neutralizarlos. Tan sólo es cuestión de tener paciencia y esperar a que llamen a mi puerta.

LOS HOMBRES DE NEGRO

Sin duda, todos ustedes habrán conocido en alguna ocasión a gente como mi amigo Juan; buenas personas e ingenuos a la par que vehementes y, si no fanáticos, sí exageradamente obsesionados respecto a algún tema concreto en el que acostumbran a perder su habitual compostura. Quizá la diferencia fundamental entre estas personas y los verdaderos fanáticos radique no tanto en el talante, sino en la naturaleza de sus filias y fobias; si descartamos la política, la religión y el fútbol, o el deporte de masas equivalente en determinados países, si prescindimos también de otros fanatismos antiguos, hoy trasnochados y en declive, tales como el taurino o el operístico, tendremos en todo lo que nos queda una imagen bastante fiel de estos inofensivos obsesos por temas tan dispares como puedan ser la filatelia, la colombofilia o los libros de caballerías, por poner tan sólo algunos ejemplos.

La manía de Juan, en concreto, no era otra que el sobado tema de los ovnis y los visitantes extraterrestres, en su variante paranoica que veía conspiraciones gubernamentales por doquier para ocultar la Verdad, así con mayúscula, de la existencia de nuestros hermanos cósmicos. Ciertamente es que tiempo atrás, justo en los años de nuestra común adolescencia -ambos teníamos la misma edad-, estas chifladuras llegaron a estar bastante de moda gracias a la labia y la falta de escrúpulos de una serie de charlatanes que, utilizando técnicas copiadas de la publicidad comercial, lograron hacerse famosos, y de paso millonarios, explotando la credulidad de la gente mediante una estudiada combinación de verdades a medias, jerga pseudocientífica y una calculada dosis de mentiras hábilmente intercaladas; pero toda esta pirotecnia hueca se había apagado por sí sola hacía ya mucho, y los escasos seguidores que le quedaban a ese extraño refrito de dioses astronautas, triángulos varios de las Bermudas y encuentros en diversas fases no pasaban de ser ya unos patéticos *frikis* conocidos en mundillos cercanos, pero en modo alguno afines tales como el de la ciencia ficción, con el poco piadoso mote de *magufos*, neologismo procedente de la contracción de las palabras *mag*o y *ufo*.

Mi amigo era una persona inofensiva, pero pesado, muy pesado; de hecho, se puede decir que era, en la práctica, virtualmente monotemático... y, claro está, acababa aburriendo hasta a las ovejas. Aunque su pesadez era ecuménica y alcanzaba por igual a todo aquel ingenuo que se pusiera a su alcance, sentía especial predilección por clavar sus garras en los integrantes de ciertos colectivos tales como los militares y los científicos -según él los principales conspiradores a nivel mundial- o los inocentes aficionados a la ciencia ficción entre los cuales, para mi desgracia, yo me encontraba.

Por si fuera poco, además de aficionado a la ciencia ficción, y solamente por ello víctima propiciatoria ya de su verborrea, se unía mi condición de amigo de la infancia, y ya se sabe que donde hay confianza da asco; pero una sabia dosificación de paciencia bíblica

con autoritarismo puntual me permitían ir capeando el temporal sin necesidad de recurrir a medidas más drásticas y desagradables porque, pese a todo, yo apreciaba a ese entrañable cabezón.

No obstante, dentro de su monomanía podían diferenciarse algunas variantes que la hacían menos monótona dentro de lo que cabe. Una de ellas, producto de la mala digestión de un tema recurrente de la prensa sensacionalista, era la que *denunciaba* la extensión de los largos tentáculos de la censura anti-extraterrestre hasta los mismísimos viajes espaciales; ya se sabe, asuntos tales como la famosa cara tallada en la superficie de Marte, el presunto monolito de Fobos y cosas por el estilo, todas ellas silenciadas taimadamente por la NASA. En especial Juan solía descargar su artillería en lo referente a los viajes tripulados a la Luna; no, no era de aquellos que pensaban que el proyecto Apolo fue un montaje fraudulento sino todo lo contrario, ya que defendía que los astronautas habrían encontrado demasiadas cosas en la yerba superficie de nuestro satélite y, en su mayor parte, éstas habían sido mantenidas en secreto por deseo expreso del gobierno norteamericano. Argumentos no eran precisamente lo que le faltaban, sin que la debilidad de las presuntas pruebas hiciera la menor mella en su entusiasmo.

-Fíjate. -solía decirme con vehemencia- Fíjate en lo que ocurrió con el programa *Apolo*. En 1957 los rusos pusieron en órbita al *Sputnik*. En 1961 Yuri Gagarin fue el primer humano que abandonó la Tierra, aunque tan sólo durante unas horas. Ese mismo año John F. Kennedy prometió que antes del final de esa década un astronauta norteamericano pondría el pie en la Luna; y lo cumplió, puesto que en 1969 el *Apolo XI* aterrizaba en nuestro satélite. A partir de entonces hubo otros seis vuelos tripulados más, incluyendo el fallido del *Apolo XIII*, y luego... nada. ¡Si ni tan siquiera se llegó a completar el proyecto *Apolo*, puesto que las últimas cápsulas las utilizaron para los programas del *Skylab* y la misión *Apolo-Soyuz*! ¿Es lógico que desde entonces no se haya vuelto a mandar ni a un solo astronauta a la Luna? ¿Cómo te explicas que la Luna sea el único astro importante del Sistema Solar que no ha recibido la visita de una triste sonda en todas estas décadas?

Bueno, esto último no era del todo cierto, ahí estaban los *Lunajod* rusos, pero a Juan no le faltaba razón; claro está que había explicaciones para ello mucho más sencillas y verosímiles que su pretendida conspiración científico militar; pero resultaba completamente inútil intentar convencerle de ello.

-Tienes que tener en cuenta que el móvil principal de la carrera espacial era la guerra fría entre rusos y americanos, -argüía yo sin demasiado éxito- y es sabido que llegó un momento en el que los soviéticos tiraron la toalla, con lo cual no tenía sentido, desde un punto de vista político, seguir insistiendo en ello, sobre todo teniendo en cuenta que el proyecto *Apolo* era escalofriantemente caro. A la NASA le recortaron drásticamente su presupuesto, por lo que tuvo que centrarse en proyectos más baratos tales como las sondas

automáticas o el proyecto del trasbordador espacial... no les quedaba dinero para mucho más.

-Pamplinas-. -era su imperturbable respuesta; el tesón de mi amigo corría parejo a su inquebrantable fe- Si tuvieron dinero para enviar sondas a todos los planetas exteriores, si se han hartado de mandarlas a Marte perdiendo la mitad de ellas por el camino, ¿no podían haber mandado siquiera alguna a la Luna, que estaba aquí al lado?

-Hubo una...

-Sí, la *Clementine*; pero tú lo has dicho. Una. Y ni tan siquiera era de la NASA, sino militar. ¿No te parece extraño?

A mí me podía chocar este aparente desinterés, por supuesto, pero no encontraba nada excepcional en ello. Al fin y al cabo la NASA necesitaba desarrollar proyectos lo suficientemente espectaculares como para recabar la atención del gran público, única manera de obtener fondos suficientes para su funcionamiento; y no cabía duda de que a esas alturas un programa de exploración lunar, por muy importante científicamente que pudiera resultar, no sería demasiado popular en su país... ¡si hasta los últimos vuelos del proyecto *Apolo* pasaron sin pena ni gloria! Bastantes descabros habían tenido ya con la pérdida de la mitad de su flota de trasbordadores espaciales -el *Challenger* primero, el *Columbia* años después-, con los consiguientes escándalos acarreados por el descubrimiento de su forma chapucera de trabajar, para meterse en más berenjenales. A estas alturas, cabía suponer que con salvar los muebles sus responsables se dieran ya con un canto en los dientes.

Pero Juan no opinaba así. Según él, los astronautas americanos habrían encontrado en la Luna determinadas cosas que a su gobierno le interesaba silenciar, y qué mejor manera de hacerlo que congelando cualquier atisbo de posible exploración lunar; los rusos, evidentemente, no contaban mucho a estas alturas. Como pruebas *irrebatibles* de su aserto esgrimía un grueso legajo de amarillentos recortes de periódico, contemporáneos del proyecto *Apolo*, en los que se exponían las más descabelladas hipótesis acerca de lo que aparentemente se habría descubierto en la superficie de nuestro satélite... pura charlatanería barata de la prensa sensacionalista de la época, pero para Juan tan dogma de fe como las leyes de Newton o incluso los mismísimos Evangelios.

La conclusión que él sacaba de todo este batiburrillo, no era otra que la certeza de que en la Luna existían unas enigmáticas construcciones levantadas allí por los Grandes Galácticos, o por sus primos hermanos, con objeto de vigilar la evolución de la humanidad en prevención de posibles desmanes que pudieran llegar a suponer una amenaza para la paz y la estabilidad de la galaxia... desde luego, lo que se dice original no lo era demasiado.

-Ya. -le solía azuzar sin que al parecer fuera consciente de mi sorna- Me estás hablando del famoso monolito de 2001...

-No exactamente, pero por ahí van los tiros. -al menos había leído a Clarke- Puede que esas bases estén habitadas por sus constructores, o puede que sean una simples estaciones automáticas... pero ellos no pueden estar muy lejos, quizá en la cara oculta de la Luna, que no visitaron los astronautas limitándose a circunvalarla a gran altura, quizá en Marte, lo que explicaría la misteriosa desaparición de tantas sondas espaciales justo antes de llegar a su destino.

-Comprendo. -fingía yo hipócritamente dándole carrete- Nuestros guardianes tienen que permanecer dentro del Sistema Solar para poder reaccionar con suficiente rapidez en caso de que nosotros nos diera por perpetrar alguna trastada. ¿Me equivoco?

Aunque Juan no lo supiera, lo que a él le parecían sólidas teorías no eran sino un cúmulo de viejos y apolillados tópicos procedentes de la ciencia ficción popular, e inspirados inicialmente en las fobias de la desaparecida Guerra Fría; pero a él esto le daba igual, imbuido como estaba por la audacia de los ignorantes.

-Y dime, -insistía yo en aquellas ocasiones en las que me encontraba con suficiente humor para aguantar sus incansables peroratas- ¿cómo puede ser que los habitantes de un planeta atrasado e inculto como el nuestro pudiéramos llegar a suponer una amenaza para nuestros poderosos vecinos? ¿No crees que exageras un poco?

-En absoluto. -solía ser su rotunda respuesta- Las ratas, o las langostas, no son excesivamente inteligentes en comparación con los humanos, y sin embargo llegan a convertirse en plagas. Puede que para los Galácticos no seamos más que las cucarachas lo son para nosotros, pero pese a ello las exterminamos...

-En ese caso, ¿por qué no aprovechan para hacerlo ahora que todavía estamos concentrados en un único planeta? Con esterilizar la Tierra con sus poderosas armas, asunto solucionado.

-Cabe suponer que ellos tendrán también sus criterios éticos o ecológicos - aparentemente tenía respuesta para todo- y, mientras no supongamos un peligro, preferirán dejarnos tranquilos; pero en el momento en que pongamos un solo pie fuera de nuestro planeta, la veda quedará levantada. -concluía sombrío.

Si su interlocutor, tras haber tenido la paciencia de aguantar hasta ese momento, osaba recordarle que el hombre había puesto en la Luna no un pie, sino los dos, y además en varias ocasiones, Juan proclamaba indefectiblemente que eso había sido jugar con fuego, y que no nos habíamos quemado de puro milagro. De ser ciertas sus pintorescas teorías, jamás en toda la historia habría estado la humanidad tan cerca del desastre, y sólo gracias a la afortunada perspicacia de los responsables del programa espacial norteamericano había

sido posible conjurar la amenaza.... a pesar de que, en lo que parecía ser una flagrante contradicción de estas teorías, tan celosos vigilantes deberían estar perfectamente al tanto de nuestros avances tecnológicos, independientemente de hasta donde hubieran llegado nuestros astronautas..

Era asimismo evidente que la carrera espacial no se había interrumpido en modo alguno a pesar de la suspensión de los vuelos tripulados a la Luna; los astronautas seguían volando con mayor frecuencia que nunca, por más que su singladura estuviera limitada a los escasos centenares de kilómetros sobre la superficie terrestre a los que orbitaba la Estación Espacial Internacional. Pero las sondas automáticas habían escudriñado casi todos los rincones del Sistema Solar, algo que en teoría debería ser potencialmente más peligroso para nuestra integridad que los tímidos desembarcos realizados décadas atrás en nuestro satélite.

Bien, pues hasta para eso tenía una explicación el bueno de mi amigo. Según él, a los Galácticos no les importaba que los gobiernos de las potencias mundiales fueran conscientes de su existencia; antes bien preferían que fuera así, puesto que sólo se puede temer aquello que se conoce. Por esta razón toleraban que la NASA, o el resto de las agencias espaciales -la rusa, la europea, la japonesa...- enviaran sondas a los distintos astros del Sistema Solar con misiones exclusivamente científicas, aunque no dudarían un instante en destruir aquéllas que se aproximaran demasiado a sus bases. Otra cosa muy distinta sería que reanudáramos la exploración y la conquista del universo, ya que hasta la propia Luna nos estaba vedada. La Tierra era, a decir de Juan, una inmensa prisión cósmica que no nos estaba permitido abandonar.

Evidentemente Juan estaba chiflado, pero su chifladura era del todo inofensiva y, si me apuran, hasta simpática. Por lo demás, era una excelente persona que jamás había hecho daño a nadie y, dada su situación social -soltero- y laboral -funcionario de nivel modesto-, difícilmente lo hubiera podido hacer incluso si éste hubiera sido su deseo. Huelga decir que su capacidad real de convicción era virtualmente nula, ya que a causa de su pesadez ahuyentaba hasta a los interlocutores más pacientes; y en estos tiempos tan abstrusos en los que los visionarios y embaudadores de toda laya pululaban y medraban por doquier, contaba con todas las papeletas para pasar inadvertido en mitad de tanta morralla.

Pero el destino quiso que los dados rodaran de una forma muy diferente a la prevista. Cuando Juan descubrió el nuevo juguete de internet se zambulló en la red con la fogosidad de un neófito, descubriendo con sorpresa la existencia de un auditorio afín que compartía plenamente sus ideas. Pronto se olvidó de sus polvorientos recortes, sustituyéndolos por la participación en un puñado de listas de correos en las que intercambiaba opiniones con gente tan zumbada como él, y con visitas asiduas a diferentes páginas web donde se *denunciaba* la ya aludida conspiración gubernamental -daba igual de que gobierno se tratara- en todo lo relativo a los extraterrestres. Pero al fin y al cabo Juan era feliz, no

perjudicaba a nadie e incluso había dejado de darnos la tabarra a los amigos. Así pues, ¿qué más se le podía pedir?

Durante algún tiempo esta situación se mantuvo sin cambios, para satisfacción de Juan y también, ¿por qué no reconocerlo?, de todos nosotros. Pero hubo un momento, sospecho, en el que en el círculo de mi amigo comenzaron a ingresar personajes menos inofensivos... al menos eso es lo que deduje a *posteriori*, puesto que en ningún momento él me dio ningún tipo de explicaciones salvo para mostrarme su entusiasmo ante el cada vez mayor número de personas interesadas en estos temas. En los últimos tiempos, eso sí, daba mucha importancia a una asociación que presuntamente se estaba formando con el fin de combatir el *oscurantismo* oficial. Según decía no pretendían en modo alguno provocar a los extraterrestres por cuanto de peligroso tenía para la humanidad, pero sí exigían el derecho de los ciudadanos a conocer la verdad.

A simple vista esto último podía parecer una extravagancia más, pero a la hora de la verdad fue probablemente lo que le costó la vida al pobre infeliz. ¿Qué pudo ocurrir para que un juego inocente acabara convirtiéndose en una trampa mortal? Lo ignoro, aunque todo parece indicar que hubo un momento en el que Juan y sus amigos, de forma inadvertida pero no por ello menos peligrosa, cruzaron una invisible línea roja que habría de marcar de forma indeleble su destino.

Vuelvo a repetir, por si acaso no hubiera quedado suficientemente claro, que no creo en absoluto en toda esta parafernalia de ovnis, visitantes extraterrestres y demás zarandajas por el estilo; mucha gente piensa que, por el simple hecho de ser aficionados a la ciencia ficción, tendríamos que estar interesados en esta sarta de tonterías, e incluso son muchas las librerías que ponen en un mismo estante los libros de ciencia ficción junto con los de realismo fantástico y ocultismo. Y eso molesta, como molestaría que te tildaron de loco por el simple hecho de haber leído el Quijote, pongo por caso.

Pero vayamos al grano. Uno de los tópicos más extendidos dentro del mundillo en el que se movía Juan, era el de los *Hombres de Negro*. No, no me estoy refiriendo a las películas de este título, unas divertidas parodias del cine de ciencia ficción, sino a esos personajes misteriosos, mezcla de espías y de matones que, según los teóricos del realismo fantástico, serían el brazo ejecutor mediante el cual se impediría que determinados secretos salieran a la luz, incluso si para ello fuera necesario silenciar para siempre a los testigos molestos..

Como cabe suponer yo no creía en la existencia de estos siniestros individuos, pero Juan evidentemente sí. Y los temía, puesto que los consideraba los esbirros de los conspiradores contra los cuales luchaba. Yo me mofaba de su ingenuidad y le insistía una y otra vez en que no se empeñara en ver gigantes donde sólo había molinos, pero...

Una mañana, hará de esto poco más de un mes, Juan fue a buscarme a mi trabajo. Se trataba de algo insólito, ya que esto suponía que él había faltado al suyo; además, su rostro pálido y demudado mostraba a la legua que algo iba mal. Algo grave, a juzgar por su desencajada expresión.

Tuve que irle a buscar un vaso de agua para que se calmara lo suficiente para poder hablar. Según me dijo con voz entrecortada, le perseguían.

-¿Quién? -pregunté incrédulo, sorprendido de que alguien pudiera acosar a una persona tan inofensiva como mi amigo.

-¿Quiénes van a ser? -respondió con apenas un hilo de voz- Los *Hombres de Negro*. Hace unos días conocí cierta información auténticamente revolucionaria acerca del tema de los extraterrestres asentados en la Luna... Y ahora me persiguen para matarme.

-¡Pero hombre, no exageres! -exclamé sin poder evitar que se trasluciera la perplejidad que me causaba lo melodramático de su historia- Eso no puede ser...

-¿Por qué no? -gimió lastimeramente ante mi patente escepticismo- Ya asesinaron a mi informante, y ahora vienen a por mí; yo soy el siguiente de la lista.

Lo confieso, me ref. Lo hice de una manera tan espontánea, sin poderlo evitar, que mi pobre amigo se apabulló todavía más.

-¿Por qué te ríes? -balbuceó dolido- ¿Es que no me crees?

Por supuesto que no le creía; su historia era demasiado truculenta como para convencerme. Pero él estaba realmente aterrorizado, así que opté por replegar velas en un intento de conseguir que se calmara; tampoco quería que le diera un arrechucho. No obstante, no fue mucho lo que logré conseguir a la hora de pedirle que me concretara los detalles, ya que tan sólo se limitaba a repetir una y otra vez que su afán por conocer los saberes prohibidos le había condenado a muerte. Pese a mi insistencia, no conseguí que me dijera, cosa rara en él, en qué consistían esos al parecer tan peligrosos datos.

-No quiero marcarte con mi desgracia. -fue su tajante respuesta- Bástete con saber que han cosas en el universo que es preferible no conocer jamás.

Bueno, en realidad esto tampoco tenía demasiado de original; creo recordar que ya a finales del siglo XIX los teósofos, unos chiflados precursores de los modernos movimientos esotéricos, ya decían algo parecido. Yo seguí sin creer una sola palabra de lo que decía mi amigo, pero temía intranquilizarlo todavía más; así pues, fingí aceptar su dramática explicación.

-Pero si te persiguen, el simple hecho de visitarme ya me convierte automáticamente en sospechoso...

-No, puedes estar tranquilo. Ellos disponen de medios infalibles para saber quiénes han traspasado el umbral y quiénes no. No me preguntes de qué métodos se sirven para ello, porque lo desconozco; pero sé que ocurre así.

-Eso me tranquiliza. -mentí piadosamente- Pero al menos podrías decirme si los dichosos *Hombres de Negro* son esbirros de nuestros propios gobiernos o si, por el contrario, obedecen órdenes de los propios extraterrestres...

-¿Qué importa eso? -de haberme creído la historia, yo hubiera pensado que sí importaba- Lo único que cuenta es que existe una conspiración de silencio, y que el precio a pagar por enfrentarse a ella no es otro que el de la propia vida.

-No creo que sea para tanto. -objeté- Al fin y al cabo, por mucho que tú supieras, dudo mucho de que pudieras hacer nada para desviar el curso de los acontecimientos.

-Puede que yo sea insignificante. -masculló con tristeza- Pero mis palabras no lo son.

A partir de ese instante la conversación derivó por otros derroteros, digamos, menos dramáticos. Juan parecía haberse resignado a su para él inevitable destino, lo que le infundía un fatalismo que no dejaba de resultar patético. Le consolé, le tranquilicé cuanto pude y, cuando un rato después me comunicó su deseo de irse, no tuve por menos que sentirme aliviado. Ya se le pasaría la murria, recuerdo que pensé. Lo que ignoraba, era que no le volvería a ver con vida.

Dos días más tarde, cuando casi me había olvidado del tema, recibí una llamada de la policía. Juan, además de ser soltero, carecía de familia cercana. Vivía solo a modo de ermitaño, y fuera de sus recientes y superficiales amistades hechas vía internet, prácticamente no contaba con ningún amigo. La policía, tras identificar su cadáver, buscó infructuosamente algún allegado, encontrando en su agenda mi número de teléfono. Así pues, me tocó bailar con la más fea.

Tras pasar por el duro trago del depósito, un inspector me invitó a un café para calmarme, al tiempo que me explicaba las circunstancias del óbito. Mi pobre amigo había sido cosido literalmente a puñaladas en una sórdida calle del casco antiguo tristemente famosa por la prostitución masculina que medraba en sus alrededores. Aunque no había testigos presenciales, tanto la hora del asesinato -un fin de semana casi de madrugada- como las circunstancias del mismo inducían a pensar en un turbio encuentro con *chaperos* saldado de forma trágica; la desaparición de la cartera hacía suponer que el móvil del crimen había sido el robo. Por supuesto la policía se hallaba investigando el caso, del que existían varios precedentes en la zona, e incluso contaba ya con una relación de posibles sospechosos; pero su detención y castigo no devolverían la vida a sus víctimas.

Me ocupé -¿quién iba a hacerlo si no?- de todos los trámites de su triste entierro, y también procedí a liquidar su escaso patrimonio. Juan vivía en un piso de alquiler, así que lo único realmente suyo eran sus magros ahorros, que se consumieron con los gastos del entierro, y sus anticuados vestuario y ajuar, que entregué a una organización benéfica. Tan sólo conservé, más como recuerdo que como verdadero interés, su colección de libros esotéricos y de realismo fantástico. Con sus amigos de la red, con los que conversaba desde un cibercafé ya que no disponía de ordenador propio, ni siquiera me molesté en contactar, aunque me consta que estaban al corriente de la tragedia.

Ocupado en estos menesteres, en un principio di por buena la explicación policial. Pero días más tarde, ya con mayor sosiego, comencé a atar cabos descubriendo con sorpresa la existencia de varios cabos sueltos que no acababan de encajar. Para empezar, tenía la absoluta certeza de que Juan no era en modo alguno homosexual, ni mucho menos pederasta. A decir verdad era una de esas personas de sexualidad atrofiada a las que el sexo apenas les motivaba, pero si escasa era la atracción que sentía por el género femenino, todavía menor era su interés por el masculino.

Además Juan era una persona de hábitos muy rutinarios y jamás le había visto trasnochar salvo en casos de estricta necesidad, y menos aún moverse por barrios tan poco recomendables a la par que tan alejados de su domicilio. De hecho, y según toda lógica, jamás debería haber estado en ese lugar. Pero allí lo encontraron, o cuanto menos a su cadáver.

No obstante, lo más inquietante estaba aún por llegar. Cuando me puse a indagar sobre las otras tres o cuatro presuntas víctimas de los *chaperos asesinos*, como empezaban a denominarlos los periódicos sensacionalistas, me encontré en todos los casos con hombres de mediana edad y un perfil similar al de mis amigos, todos ellos a decir de la policía con posibles tendencias pederastas. Lo alucinante del caso, era que todos ellos habían participado de forma activa en las listas de correos que frecuentaba Juan, como pude comprobar personalmente tras reventar su ingenua clave de acceso. ¡Si ni tan siquiera utilizaban alias informáticos!

En un principio estuve tentado de comunicar mis sospechas a la policía, pero posteriormente cambié de opinión. Si Juan no había logrado convencerme a mí, ¿cómo podría conseguirlo yo con los agentes? Me tomarían un un chiflado, y de poco serviría negar su homosexualidad dado que siempre quedaría la duda de una práctica oculta de la misma. Por si fuera poco la policía acabó deteniendo a los presuntos asesinos, una banda de menores extranjeros con muy poco que perder en su apaleada vida y las neuronas arrasadas por los estragos del pegamento; las pruebas eran al parecer lo suficientemente sólidas para inculparlos, por lo que tras ser puestos a disposición judicial el caso quedó archivado.

Yo seguía sin crearme la heterodoxa teoría de los *Hombres de Negro*, pero no obstante no me acababa de satisfacer la interpretación oficial. Había algo incómodo en ella, algo que

se revelaba como artificial; pero a falta de una explicación más convincente, hube de darla por buena...

Hasta ayer. Si han seguido ustedes -supongo que sí- las noticias internacionales durante estos últimos días, se habrán sobresaltado sin duda ante la catástrofe del ambicioso proyecto espacial chino, con su gigantesco cohete, mayor incluso que los antiguos *Saturno V*, desintegrándose en el aire apenas unos segundos después de su lanzamiento. Nada de particular habría en ello, puesto que los rusos y los americanos también habían sufrido percances similares, de no darse la circunstancia de que el destino del cohete chino no era otro que nuestro satélite, donde pretendían iniciar la construcción de la primera base lunar de la historia de la humanidad... aunque quizá no de la de otras *humanidades*.

Puede que todo haya sido tan sólo una simple y desgraciada coincidencia. Puede que la tragedia de Juan me haya afectado hasta tan punto que se hayan exacerbado mis posibles tendencias paranoicas; o puede que, pese a todo, los *Hombres de Negro* existan realmente. En cualquier caso, y de forma sorpresiva, el gobierno chino ha anunciado la cancelación irrevocable de su nonato programa lunar, desviando sus fondos hacia actividades más prosaicastales como la industrialización de las atrasadas regiones rurales de su vasto país.

En cuanto a mí, ¿qué quieren que les diga? Juan me aseguró que no tenía nada que temer al no haber llegado a conocer el secreto, ya que *ellos* conocían esta circunstancia. Pero... ¿y si estuviera equivocado?

EFFECTOS COLATERALES

Si he de ser sincero, la verdad es que la noticia del procesamiento de mi amigo Diist no me pilló en modo alguno por sorpresa. Diist es culto, inteligente, brillante y un excelente conversador, pero también, justo es reconocerlo, un impenitente crápula. Ciertamente es que yo nunca le había acompañado en sus licenciosas correrías, mis gustos son mucho más tranquilos que los suyos, y tampoco solíamos hablar demasiado de este tema puesto que él sabía que no me agradaba. Pero su fama de libertino era tal, que resultaba virtualmente imposible no tener conocimiento de ella.

Pese a todo, jamás hubiera sospechado que el motivo de su desgracia pudiera ser algo tan zafio y vulgar como la zoofilia, un vicio repugnante que provoca repulsión de forma instintiva a cualquier ser civilizado que se precie... y Diist lo era, amén de exquisitamente refinado. Así pues, no tuve por menos que desconcertarme.

En nuestra sociedad se suelen cometer, por lo general, muy pocos delitos, pero éstos son castigados de forma implacable con el ostracismo telepático durante un período de tiempo determinado, siempre proporcional a la magnitud de la falta. Y a Diist, huelga decirlo, le correspondía una buena temporada de penitencia durante la cual se encontraría completamente aislado de la sociedad, un castigo realmente demoledor... que se había ganado con contumacia.

Por supuesto las visitas físicas sí estaban autorizadas, pero ¿quién en su sano juicio sería capaz de rebajarse a ello? Si hasta los intercambios genéticos intrarraciales, imprescindibles para la perpetuación de las especies, se realizaban evitando cuidadosamente todo contacto obsceno entre los donantes, era de esperar que la gente evitara acercarse a alguien que, por si fuera poco, era convicto de zoofilia. Y no porque estuviera prohibido, que no lo estaba, sino por una simple cuestión de buen gusto.

Eso, claro está, sin contar con las dificultades añadidas de las diferencias metabólicas o fisiológicas, que en muchas ocasiones convierten en virtualmente imposible todo conato de comunicación no telepática entre miembros de dos razas lo suficientemente dispares, lo que demuestra la importancia de la telepatía como nexo de unión común en torno al cual se vertebra la increíble diversidad de modelos con los que se reviste la inteligencia a lo largo y ancho de la galaxia, al tiempo que refleja la tragedia que supone verse aislado, aun de forma temporal, del resto de la comunidad. Como acostumbra a decir los teóricos, suprimamos la comunicación mental y veremos cómo la galaxia se hunde en el caos y la anarquía.

No obstante, pese a todos mis escrúpulos acabé decidiendo visitar a mi desgraciado amigo. Primero por compasión, tras comprobar que había sido abandonado por todos a raíz

de su condena. Segundo, porque nuestras relativamente similares morfologías nos permitían, aunque con dificultades, una tosca comunicación sensorial con la que podríamos salvar, mejor o peor, las infranqueables barreras antitelepáticas implantadas por sus jueces. Y tercero, porque sentía curiosidad por conocer los motivos que le habían impulsado a cometer tamaña aberración, algo que sólo él podría explicarme... si es que quería hacerlo. Eso sí, me cuidé mucho de hacer partícipes de mis planes a ningún conocido común: una cosa es la osadía, y otra muy diferente la imprudencia.

Diist se hallaba recluido en el correccional federal de Ain'twal, a casi un cuadrante de distancia de mi residencia, pero no me arredré ante tan largo viaje y, tan sólo unos wuuns después de la partida me encontraba atravesando el umbral de la sombría prisión, de la cual era él el único ocupante. El sorprendido funcionario que lo custodiaba -un quelimorfo nativo de Sturm a tan sólo un nivel por encima de la animalidad- se mostró sorprendido ante mi solicitud de visitar al reo, pero legalmente no podía oponerse a ello... y no lo hizo, aunque me advirtió una y mil veces acerca de la abyección moral del prisionero.

Huelga decir que ignoré por completo sus admoniciones, dirigiéndome al locutorio que, al igual que la celda de Diist, estaba sumido en el interior del campo de éxtasis que anula toda posibilidad de contacto telepático. Al atravesar la frontera del campo sentí un desagradable hormigueo en mi cuerpo que, por fortuna, pasó pronto; dicen que algunas razas ven alterado su metabolismo hasta el extremo de no ser capaces de soportarlo, pero los sadray siempre hemos gozado de una merecida fama de seres resistentes ante las condiciones ambientales más inhóspitas, y lo cierto es que el efecto del campo sobre mi organismo no pasó de ser una ligera molestia.

Mucho peor resultó la sensación de sentirme repentinamente sordo y mudo, ya que en lo que respecta a la telepatía no existe la menor diferencia entre un tosco quelimorfo, un evolucionado sadray e incluso un sublime santón shaalei; todas las razas, sin la menor excepción, nos vemos privados de la capacidad de comunicarnos mentalmente mientras permanecemos en el interior de uno de estos campos... así tiene que ser, si se quiere que la condena resulte efectiva.

Acoplé mi cápsula personal en la esclusa de entrada al locutorio y, una vez que los sensores comprobaron que las condiciones ambientales del recinto eran las adecuadas, se abrió la doble compuerta dejando expedito el acceso. Aunque sabía que todo estaba correcto -de no ser así la esclusa habría permanecido bloqueada-, mi desconfianza ante la capacidad intelectual del quelimorfo me hizo ser ridículamente precavido, deslizando un seudópodo explorador al interior del recinto.

Por supuesto, esta precaución resultó innecesaria. El aire del otro lado era perfectamente respirable, y las condiciones de gravedad, presión y temperatura eran asimismo las adecuadas. Como mucho, quizá un pequeño retazo de maloliente oxígeno -vestigio probable de un antiguo visitante oximetábol- enranciaba ligeramente la fragancia

del amoníaco, pero tampoco era algo que resultara insoportable. Así pues, con una ágil convulsión deslicé el resto de mi cuerpo por la estrecha trampillas, expandiéndome a continuación en todo mi volumen. Al menos, procuraría estar cómodo mientras durase la visita.

El interior del locutorio era más confortable de lo que había esperado, y la suave ondulación del aire me acariciaba los cilios con voluptuosidad al tiempo que me permitía flotar cómodamente en él. Pese a mis anteriores prejuicios, hube de reconocer que el pobre quelimorfo había hecho bien las cosas.

Pero no estaba allí para disfrutar del habitáculo, sino para consolar al pobre Diist. Su celda, por supuesto, se hallaba aislada de mi locutorio; no podía ser de otra manera, puesto que nuestras diferencias metabólicas eran demasiado grandes como para permitir -siento náuseas sólo de pensarlo- un contacto físico entre nosotros. Tan mortal le resultaba a él mi atmósfera de amoníaco y metano, como a mí la suya de cloro y otros halógenos, eso sin contar con las incompatibilidades de temperatura -mi cuerpo se volatilizaría al contacto de lo que él consideraba un ambiente agradable-, presión o gravedad -la suya me laminaría en unos instantes-, además de otros factores tales como nuestra diferencia de tamaños, de casi cien a uno a favor mío.

Así pues, la comunicación habría de ser necesariamente vía holovisión, lo cual nos obligaría a utilizar la mímica corporal como única forma posible de mantener un diálogo; y gracias que al menos nuestros respectivos sensores de radiación electromagnética contaban con un rango de frecuencias común, aunque yo necesitaría que el holocomunicador amplificara la amplitud de las ondas emitidas por mi amigo para poder ver algo, mientras que con Diist tendría que obrar en sentido opuesto.

Vamos, que incómodo sería un rato.

Tras advertir al vigilante que ya estaba preparado, el holocomunicador emitió el zumbido que indicaba su puesta en funcionamiento, e instantes después la imagen de Diist -ampliada, claro está, de tamaño- se materializaba en un extremo del recinto. Aunque sabía que su presencia no era material -no habría podido serlo sin que uno de los dos, o ambos, muriera de forma instantánea-, no pude evitar dar un brusco salto hacia atrás de forma instintiva; cuando durante toda tu vida has estado acostumbrado a manejar imágenes mentales de la gente sin el menor contacto no ya físico, sino incluso visual con nadie, encontrarte de repente con alguien al lado tuyo, por más que su presencia sea virtual, es capaz de sobresaltar incluso al más templado.

Finalmente logré sobreponerme a mis ancestrales prejuicios y, expandiendo amistosamente mis membranas, emití unseudópodo en cuyo extremo inserté un orgánulo fotosensible en la longitud de onda adecuada, con el cual saludé a mi amigo de la manera más afable y desenfadada que supe. Por fortuna en la escuela se sigue enseñando, pese a las

continuas protestas de los alumnos, el antiquísimo y ya obsoleto código intergaláctico, pero hacía tanto tiempo que no lo practicaba, que me resultó dificultoso articular las palabras.

-Xrrrtpqsssg, ¿qué haces tú aquí? -se asombró Diist al descubrir mi presencia.

-He venido a visitarte. -respondí con torpeza- ¿Qué tal te encuentras?

-¿Cómo quieres me que encuentre? Fatal, por supuesto. -respondió malhumorado, haciendo restallar a la vez todos sus cromóforos; puesto que éstos forman parte de su anatomía, al menos se evitaba el incómodo proceso de tener, como yo, que generarlos.

Desde luego, el aspecto macilento de su antaño atildado exoesqueleto era buena muestra de que no mentía.

El inicio de la conversación no podía haber sido peor; pero la culpa no era mía, evidentemente, sino del deplorable estado anímico del desgraciado Diist. Éste, no obstante, era consciente de todo lo que significaba mi visita, por lo que adoptando el color mate que en su pueblo correspondía a la humildad -mate para mis limitados sensores cromáticos, es de suponer que se me escapaban multitud de matices a causa de mi reducida sensibilidad a esa región del espectro electromagnético- me pidió disculpas por su irrefrenable arrebato. Encima que venía a visitarlo, me dijo, no iba a echarle la culpa de sus desgracias...

Pese a nuestros mutuos esfuerzos, la comunicación visual resultaba forzosamente torpe y limitada, incapaz de reemplazar, siquiera en una mínima parte, a la transmisión telepática; pero era lo único de que disponíamos, y teníamos que apañarnos con ella.

Tras un buen rato de circunloquios -los squass, raza a la que pertenece mi amigo, consideran de muy mala educación ir directos al grano-, poco a poco comenzamos a hablar de su nefando pecado. En realidad mi amigo estaba deseando desahogarse con alguien, y mi visita le había resultado providencial. Así pues, se confió a mí como jamás lo habría hecho con nadie de no mediar tan dramáticas circunstancias.

-¿Cómo te atreviste a hacerlo? -le recriminé en todo paternal una vez que él hubo confesado su arrepentimiento- ¿Cómo pudiste caer tan bajo?

-No lo sé. -rezongó con una excitada zarabanda de colores difícilmente descifrable- Realmente, no lo sé. Supongo que por el afán de saborear un placer prohibido, o quizá por querer llegar más lejos que nadie...

-Mira, Diist. -respondí con afabilidad- Yo ni entro ni salgo en tus andanzas, sabes que jamás te he recriminado nada, y ahora no va a ser una excepción; yo no soy quien para darte sermones morales, y desde luego no tengo la menor intención de hacerlo.

»Pero -añadí, arrancando de raíz su atisbo de sonrisa luminiscente- esta vez fuiste demasiado lejos. Y no lo digo porque buscaras disfrutar sexualmente con una mente irracional, sino porque resulta una inmoralidad hacerlo sin el consentimiento de la otra parte... máxime, cuando ésta es incapaz de manifestarlo siquiera.

Mi amigo encajó el brutal reproche poniéndose literalmente negro, lo que venía a equivaler, entre los de su raza, a un enmudecimiento súbito. No era de extrañar; sabía de sobra que se había extralimitado, puesto que la intrusión no consentida en una mente ajena era considerada una abominación incluso por los individuos más depravados, pero que su mejor amigo, su único amigo, de hecho, a estas alturas, hubiera recorrido tan largo camino para venir a echárselo en cara en su propio encierro... no pude evitar sentirme como un miserable. Pero lo hacía por su bien, o al menos eso pensaba.

Finalmente logró reaccionar, doliéndose de mi dureza.

-Nunca habría sospechado, Xrrrtqsssg, que pudieras llegar a tratarme así.

-Lo hago por tu bien, Diist, y puedo asegurarte que esto no resulta nada fácil para mí. -respondí conciliador- Pero reconocerás que, de no haber obrado así, ahora no te verías en la situación que te ves...

-En eso tienes razón. -masculló- Pero es algo que ya no tiene remedio; por mucho que muestre arrepentimiento, no van a acortar mi castigo.

-¿Por qué lo harías? -suspiré. Comenzaba a sentirme cansado; el esfuerzo para comunicarme ópticamente con mi amigo me resultaba muy fatigoso, y estaba deseando volver a mi acogedora cápsula. Pero todavía no había conseguido que me explicara todo.

-Ya te lo he dicho, no lo sé. Fue una locura, lo reconozco, pero en ese momento no lo pensé. Pasaba casualmente por las cercanías de uno de los sistemas de la reserva natural del Brazo II, y sentí curiosidad por su fauna. Pedí información a la Red Central, y por ella supe que uno de los planetas del sistema, concretamente el tercero a partir de su sol, tenía vida prehumana. Los nativos son oximetábolos de clase D, y aunque poseen un instinto social muy arraigado y han desarrollado un nivel tecnológico primitivo, no están catalogados como especie inteligente debido a que no han logrado desarrollar sus potenciales mentales, a excepción de los más primitivos.

-Por ese motivo están protegidos por una reserva... una buena razón para que no te inmiscuyeras en su vida. -le interrumpí.

-Estos datos excitaban todavía más mi curiosidad. -continuó, haciendo caso omiso a mi pulla- ¿Sabes? No soy el único que ha mantenido relaciones sexuales con seres prehumanos; sólo que otros tuvieron más suerte y no los pillaron. -se lamentó con cinismo-

Y esta gente dice que el placer que se obtiene con ellos es muy superior al que nos pueda dar otro ser humano... Eso es lo que me indujo a probarlo.

-¡Por el Gran Creador Dwin! -exclamé escandalizado- ¡Si son tan... -aquí no pude reprimir una mueca de asco- primitivos que todavía no han conseguido dejar atrás la etapa del contacto físico! Si hasta se tocan... -musité, apenas con un hilo de luz.

-¡Vaya! Veo que tú también te has informado de mis andanzas. -se burló con ironía- Sí, ni siquiera han pasado de la etapa evolutiva del contacto físico, qué se le va a hacer... pero sus mentes son vírgenes, maravillosamente vírgenes, y lo que todavía es mejor, ni siquiera sospechan que el universo pueda estar habitado.

-Son tan sólo unos pobres animales sordos, mudos y ciegos. ¿Cómo pudiste encapricharte con ellos?

-¿Y por qué tenía que sentirme obligado por unas normas tan convencionales como discutibles? ¿Qué mal hacía a nadie?

-Se lo hacías a ellos. -objeté- Está demostrado que este tipo de relaciones pueden acarrear trastornos irreversibles en las mentes de estos seres primitivos.

-¿Y qué? No son personas, sino simples animales. Además, son una auténtica plaga en su planeta, se reproducen de un modo tan salvaje que están agotando sus recursos naturales a marchas forzadas... ¡e incluso se diezman entre ellos mismos! No, amigo, no te equivoques. Estos seres no evolucionarán hacia la humanidad como lo hicieron tus antepasados o los míos, estos seres caminan derechos hacia su autodestrucción. ¿Por qué protegerlos si ellos mismos son su propia plaga?

-Aunque así fuera. Siguen teniendo sus derechos, y uno de ellos es el de no inmiscuirnos en su vida.

-De acuerdo, obré mal, y estoy arrepentido... -yo no estaba tan seguro después de sus últimas afirmaciones, pero comprendía su amargura- pero tampoco se puede considerar que causara ningún daño apreciable en la especie, tan sólo me relacioné con unos cuantos individuos.

-¿Cuántos? -pregunté, sin venir realmente a cuento.

-¡Oh, no demasiados! Tan sólo unos centenares, quizá unos miles; es difícil calcularlo en mitad de tanta superpoblación. Yo lanzaba mis copuladores mentales al azar, y supongo que sólo los especímenes más receptivos respondían a mis intentos. Nunca lo supe con exactitud, resulta de todo tipo imposible discriminar entre los diferentes sujetos, tú percibes la suma de todos los estímulos individuales; éste es otro de los atractivos de la mal llamada zoofilia. -añadió malicioso- Y por si fuera poco, estos seres son tan sorprendentemente

efímeros, que pese a que mi estancia allí no pasó de dos o tres wuuns, para ellos transcurrieron varias docenas de generaciones. En tales circunstancias, ¿para qué armar tanto escándalo?

-En eso tienes razón. -concedí- A veces, las sociedades protectoras se exceden en su celo proteccionista. Pero lo peor no fue eso. ¿Sabes que tu breve jugra provocó un desequilibrio en el hábitat que obligó a intervenir a las autoridades responsables para reequilibrarlo? Mucho me temo, mi querido amigo, que organizaste una buena...

-¿Bromeas? -puesto que los squass son incapaces de falsear sus códigos luminosos, supe que su sorpresa no era fingida- Si se trató de una simple chiquillada...

“Eso crees tú”. -pensé para mí, recordando a tiempo que todo ese lío ocurrió con posterioridad a su condena y aislamiento, razón por la que el pobre Diist no tenía modo alguno de saberlo.

-Lo digo completamente en serio. Verás, resulta que esa especie es muy peculiar, digamos que sus mentes, pese a su primitivismo, son extremadamente sensibles... y tú no pudiste entrar en ellas de una manera más violenta. Hiciste mucho daño, mucho más de lo que pudieras imaginar.

-Yo no sabía...

-No tenías modo alguno de saberlo. De hecho, ni tan siquiera los científicos que custodian la reserva lo sospechaban siquiera hasta que no interviniste y descubrieron sorprendidos las consecuencias de tu incursión. Esa especie es algo extraño, sin parangón alguno con el resto de la galaxia; no son inteligentes, por supuesto, y ni tan siquiera han conseguido desarrollar algo tan básico como la telepatía subvolitiva; es más, los expertos dudan de que puedan llegar a alcanzarla siquiera.

-¿Entonces? -Diist estaba cada vez más perplejo.

-Ahí es donde radica precisamente su singularidad. Sus cerebros, aunque primitivos, presentan unas singularidades únicas que les permiten emanar una especie de... digamos empatía social, lo que los convierte en algo más parecido a un organismo múltiple que a un conjunto de individualidades independientes, tal como suele ser habitual en la inmensa mayoría de las razas.

-Pero yo no...

-Sí, lo sé, tú tan sólo te ayuntaste con un mínimo grupo de especímenes, un porcentaje irrelevante en el conjunto de su población; pero no consideraste la existencia de un efecto multiplicador, una reacción en cadena que extendió la perturbación a la práctica totalidad

de los individuos del planeta. De hecho, los técnicos todavía no han conseguido corregir totalmente los efectos de tu incursión.

-¿Cómo pudo ser eso? -preguntó afligido.

-Ya te lo he dicho, estos seres presentan un comportamiento mental y social de lo más peculiar... pese a que sus relaciones entre ellos están reducidas a algo tan arcaico como una especie de códigos acústicos. Imagínate lo que pasaría si sus cerebros llegaran a dominar mínimamente los medios de comunicación normales. Al parecer, los individuos con los que mantuviste relaciones vieron alteradas sus pautas de comportamiento y se convirtieron en catalizadores de unos extraños movimientos sociales que ningún estudioso ha llegado a comprender lo suficientemente bien. Resulta difícil transcribir sus conceptos a un lenguaje civilizado, y todavía más con este maldito código luminoso que me tiene ya más que hartado; pero al parecer comenzaron a barajar conceptos tales como *éxtasis*, *profetas*, *mensajes divinos*, *dioses*... vete tú a saber lo que querrán decir con eso. Lo cierto, es que a raíz de ello crearon unas curiosas filosofías a las que bautizaron como *religión*, un concepto inexistente para nosotros y que, por lo tanto, resulta prácticamente imposible de traducir, pero que supuso un cambio radical en la evolución social de su especie... aunque vete a saber si fue para mejor o para peor, ya que con unos seres tan raros no hay forma humana de sacar unas conclusiones fiables.

-Pues sí que la hice buena...

-Quizá te consuele saber que los etólogos te están muy agradecidos, ya que les has proporcionado un interesante problema para estudiar; hasta ahora, habían estado muy aburridos.

Aquí concluyó la parte interesante de la conversación, ya que el resto la misma derivó hacia cuestiones intrascendentes que no merece la pena recordar. Cuando finalmente me despedí de mi amigo, no sin antes prometerle que volvería a visitarle cuando pudiera, me sentía tan agotado que apenas tuve fuerzas para volver a mi cápsula y abandonar ese maldito recinto que bloqueaba todos mis sentidos. Una vez estuve fuera, saboreando las deliciosas ondas mentales que fluían por toda la galaxia, me dediqué a descansar expandiendo al máximo mis membranas, al tiempo que reflexionaba sobre la paradoja en la que se había sumido mi amigo; abyecto criminal para unos y degenerado para la mayoría, lo cierto era que había provocado una situación interesante en un mundo perdido, por lo demás insignificante e ignorado por casi todos. Gracias a él, y a su involuntaria travesura, se había originado un interesante problema científico -en esto no le había mentado- que mantendría ocupados a los estudiosos durante bastante tiempo, y eso no se podía decir que fuera necesariamente negativo... lo que no le eximiría de cumplir su castigo.

Por cierto, ¿qué diantre sería eso de la *religión*?

INVASIÓN

Vinieron los marcianos.

Y predicaron su religión.

CONTACTO

Extraterrestre octópodo busca chica sin prejuicios. Discreción.